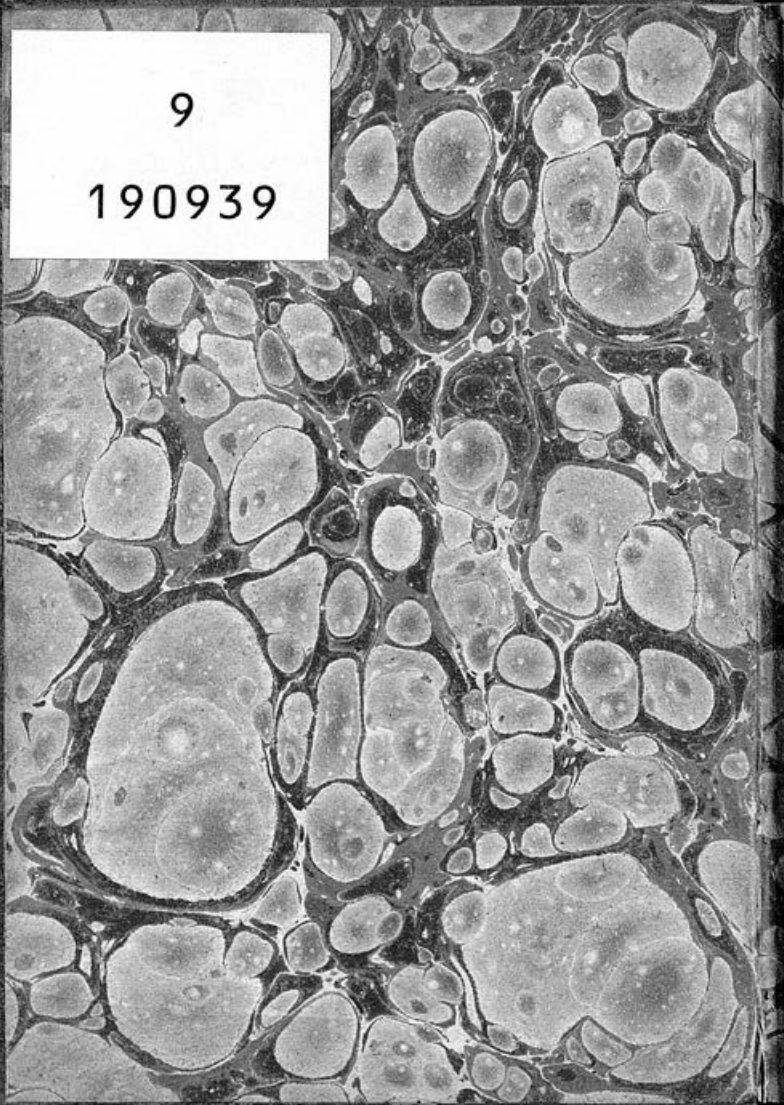


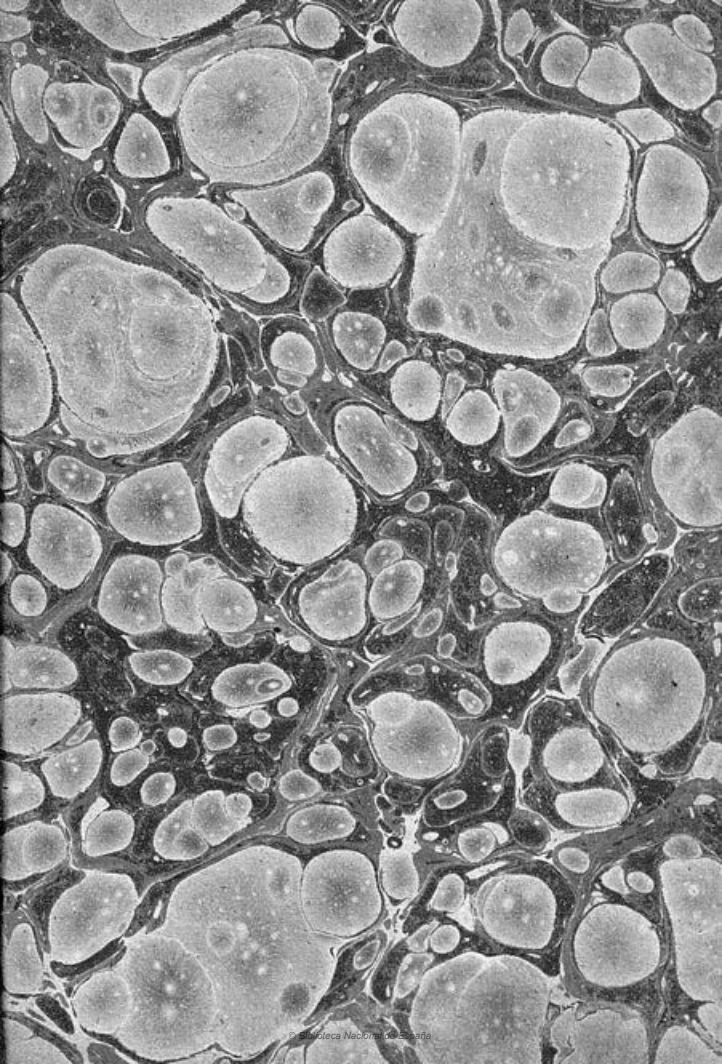
9

190939

9

190939





47/1437695

R. 3213554

FÁBULAS

DE



FILÓSOFO MORAL.

X

DE OTROS FAMOSOS AUTORES.

ARREGLADAS Á LA ÚLTIMA ORTOGRAFÍA DE LA ACADEMIA, MEJORADAS Y AÑADIDAS EN ESTA NUEVA EDICION.



Barcelona:

POR DON JUAN FRANCISCO PIFERRER,
IMPRESOR DE S. M. PLAZA DEL ANGEL.

—
1845.



EL SABER, LA VIRTUD Y LA PRUDENCIA
DIÉRONSE Á LA MAS FEA CRIATURA
NO NOS FIEMOS NUNCA EN LA FIGURA
QUE ENGAÑA MUCHAS VECES LA APARIENCIA.

PRÓLOGO.



FÁBULA es un razonamiento que tiene sombra y apariencia de verdad, inventado para avisarnos de alguna cosa. Hay fábulas racionales y fábulas morales. Las primeras son en las que para corregir las costumbres, se finge algún hecho ó dicho por un hombre, que en realidad ni lo hizo, ni lo dijo, pero pudo ser y suceder. Tales son las parábolas de que frecuentemente usaba Cristo nuestro Señor para hacer mas clara su doctrina, como la del hijo pródigo, la del sembrador, la de las diez doncellas, &c. Las fábulas morales son en las que se introducen las fieras, los árboles, las plantas y otras cosas irracionales. De este género son las que Esopo compuso para entretener sus desgracias en la servidumbre, como la del gallo y la marga-

rita, la del lobo y el cordero, la del perro, &c.

Toda fábula tiene por último fin la instrucción de los hombres y la reforma de sus costumbres. Son un documento tan hermoso y general á toda clase de personas, que bien examinadas dan la mejor enseñanza, no solo á la floreciente juventud, sino á la mas instruida y consistente edad. Mas esto lo hacen con dulzura y atractivo, mezclando con el gusto del cuento la amargura de la reprobacion.

Esta descripcion basta para manifestar al lector, que debe leer estas fábulas con el deseo de aprovechar, proponiéndose siempre por objeto su propia utilidad.

VIDA

DEL AGUDÍSIMO Y MUY ESCELENTE

FILÓSOFO MORAL

ESOPPO.



CAPITULO I.

EN las partes de Frigia, donde era la mas antigua ciudad de Troya, habia una pequeña villa llamada Amenia, en la cual nació un niño muy disforme, feo de cara y de cuerpo, mas que otro alguno se hallase en aquel tiempo. Era de grande cabeza, de ojos agudos y de negro color, de carrillos largos, cuello corto, espaldas gruesas, grandes pies y grande boca, giboso, grande vientre, gruesas piernas y tartamudo, tenia por nombre y se llamaba Esopo: y como creciese por su tiempo, sobrepujaba á los otros en astucia, el cual en pocos dias fué preso, cautivo y llevado á tierras estrangeras, y fué vendido á un ciudadano rico de Atenas llamado Arístes.

CAPÍTULO II.



Se verifica la inocencia de Esopo.

Y como este señor le tuviese por inútil, y sin provecho alguno para los servicios de la casa, le puso á labrar y cavar los campos. Un día cuando Zeneas á quien estaba encomendada la administracion de la heredad por su dueño, se levantara de dormir para trabajar, como solia hacer, vino el dueño con el mozo llamado Agatópus, y como Zeneas le mostrase la diligencia de su trabajo, sucedió que se pusieron bajo de una higuera, en la cual habian madurado algunos higos mas temprano que en las otras, las cuales dicho administrador con grande diligencia cogió, y con toda

reverencia las presentó á su señor diciendo: á tí pertenecen los primeros frutos de tu heredad. Y el señor vista la belleza de los higos, le dijo: muchas gracias te hago, Zeneas, del grande amor que me tienes; y como fuese hora, segun tenia de costumbre en todos aquellos dias, de bañarse en un baño, dijo: Agatópus, toma y guarda con toda diligencia estos higos, porque cuando vuelva del baño pueda comenzar á comer con ellos. Pero Agatópus tomando los higos y mirándolos, se encendió tanto en codicia desordenada de gula, y así mirando y remirando en los higos delante de otro compañero suyo se comió dos, y dijo: si no tuviese miedo del señor, yo me comeria estos higos, y respondió su compañero: si tú quieres que los comamos los dos, yo buscaré modo como no tengamos algun sonrojo por estos higos. Dijo Agatópus, ¿cómo podrá ser eso que dices? Dijo el otro: á nosotros es manifesta cosa, que Esopo viniendo del trabajo pedirá el pan que cada dia se le acostumbra dar, y como el señor pedirá los higos, dirémos que Esopo viniendo del trabajo, hallando los higos en la dispensa guardados, se los comió; y como Esopo será llamado, con la tardanza y tartamudez que tiene en su hablar, no podrá defenderse y escusarse, y el señor creará que él se comió los higos, y nosotros habrémos cumplido nuestro deseo. Y Agatópus oyendo el concejo, con el deseo que tenia de comerse los higos, sin mas pensar comenzólos de comer; y habiéndolos comido con gran placer, dijo Agatópus riendo: dolor y tristeza ha de ser para Esopo, pues sobre sus espaldas furiosamente el señor absolverá nuestra culpa; y así hablando y riendo se comieron todos los higos. Y viniendo

el señor del baño, pidió que le trajesen los higos para empezar á comer, y Agatópus le dijo: señor, como Esopo viniese de su trabajo, y hallase los higos en la dispensa sin dar parte á alguno se los ha comido. El señor mandó llamarle, y viniendo en su presencia le dijo: ven acá tú tacañón, sin vergüenza, ¿tan poco me reverencias, y tan poco me temes, que los higos que en la dispensa estaban guardados para mí, te has comido? Esopo no pudiendo responder á las palabras del señor por su tartamuda lengua, estaba temeroso; y el señor mandó desnudarle, pero como en astucias y cavilaciones fuese agudo, pensó que alguno de los que presentes estaban se los habria comido, y así falsamente lo acusaban de haberse comido los higos, y puestas en tierra las rodillas, por señas le pidió un poco de tiempo antes de castigarlo. Y conociendo Esopo que no podia satisfacer por palabras al engaño que le habian puesto aquellos falsos acusadores, que presentes estaban, y que le era necesario defenderse por arte y astucia, por tanto encaminándose al fuego, tomó una olla de agua caliente, que allí habia, y de ella se sorbió una ó dos tazas, y á poco tiempo que la tuvo dentro, poniéndose los dedos en la boca, vomitó solamente el agua que habia bebido, pues aquel dia no habia comido aun cosa alguna; y así pidió por merced á su señor, que aquellos falsos acusadores bebiesen de aquella agua caliente, los cuales como por mandato de su señor bebiesen de ella, y ellos tuviesen la mano en la boca, para que no vomitasen; no obstante el vientre, movido con el calor del agua, sacó fuera el agua mezclada con los higos; y viendo el señor claramente por la esperiencia quienes se

habian comido los higos, vuelto á ellos les dijo: pues habeis mentido contra este que no puede hablar, mandó desnudarlos y azotarlos públicamente; porque el que falsamente acusa á otro, será castigado con la pena misma á que era el otro condenado.

CAPITULO III.



De que manera Esopo cobró el habla distintamente.

Despues se volvió el señor á la ciudad, y como Esopo estuviese en su trabajo cabando en el

campo, vino á él un sacerdote nombrado Isidis, el cual habia errado el camino, y suplicóle le mostrase por cual camino podria ir á la ciudad. Esopo como era muy piadoso, lo tomó por la mano, le hizo sentar bajo una higuera, y le dió á comer pan, olivas, higos y dátiles; esforzóle mucho que comiese, y Esopo se fué á un pozo y trajóle agua que bebiese: y despues que Isidis hubo comido y reposado, Esopo con grande cariño y diligencia le mostró el camino de la ciudad. Considerando entre sí el sacerdote que con dineros no podia satisfacer á tanto como de Esopo habia recibido, determinó de rogar á los dioses y diosas por aquel que con tanto amor y caridad le habia tratado; y tan afectuosamente lo encomendó á los dioses, que volviendo Esopo á la heredad á la hora de la siesta, asi como es costumbre de los trabajadores en tal hora reposar y dormirse á la sombra de algun árbol, asi lo hizo Esopo. Y habiendo la diosa de la piedad y caridad oido las plegarias de Isidis, apareció á Esopo y dióle en gracia, que pudiese hablar distintamente y sin algun impedimento todas las lenguas de las gentes, y que entendiese todos los cantos de las aves, las señales de los animales, y de aquí adelante fuese inventor y recitador de muchas y diversas fábulas. Esopo despertándose dijo entre sí: he reposado dulcemente, y paréceme que he soñado un sueño de grandes maravillas; paréceme que sin trabajo hablo, y que las cosas que veo nombro por sus nombres, los cantos de aves bien los entiendo, y conozco las señas de los animales. Por los dioses que todas las cosas entiendo, y no puedo atinar de donde me ha venido tan sobrado conocimiento, sino es que

por la piedad y amor que muchas veces he usado con los huéspedes me han hecho esta gracia los dioses; porque á quien hace bien siempre se le mueven buenas esperanzas. Estando Esopo muy alegre con la gracia recibida de los dioses, tomó el azadon, y comenzó á cavar en la heredad.

CAPITULO IV.



Esopo es entregado á Zeneas y vendido por él.

Mas como Zeneas viniese á ellos para mirar el trabajo que hacian, movido de ira, sin razon alguna, pegó con una vara á un compañero de Esopo, y Esopo enojado de esto, dijo: por qué

por un nada cruelmente nos castigas cada hora, y nos matas sin razon alguna, y tú ningun bien haces? por cierto yo haré que esta tu crueldad sea manifesta al amo. Y oyendo Zeneas las palabras de Esopo fué muy maravillado, como hablaba tan distintamente sin ningun trabajo como solia, y dijo entre sí: á mí me es forzoso prevenirme ántes que aquel malvado me ponga mal con el amo, y me quite la procuracion: y luego se fué á la ciudad, y hablando al amo, mostrando el rostro muy temeroso, díjole: mucha salud logreis, señor. Y él le respondió, qué es la causa que vienes temblando? Respondió Zeneas: una maravilla sucedida en tu heredad. Y dijo el señor: por ventura algun árbol ántes de tiempo ha dado algun fruto, ó algun animal ha parido alguna cosa monstruosa? Y le respondió: señor, nada de eso; aquel esclavo malvado y criminoso de Esopo ha comenzado á hablar claramente, y sin impedimiento. Entónces dijo el señor: eso buena cosa es, y no parece monstruosa. Esto no es conforme á disposicion de naturaleza? Respondió Zeneas, así es. Y el señor dijo: si es así no es maravilla, pues vemos en muchos, que cuando se enojan no pueden hablar, y quitada la ira, sin embarazo, ni trabajo hablan cualquiera cosa. Entónces dijo Zeneas: él habla malamente; porque me ha dicho palabras injuriosas, y así á los dioses y diosas cruelmente y sin piedad blasfema: el señor movido á ira dijo: anda y ház lo que quieras de él. Pégale, véndelo, yo te lo doy y otorgo por escritura. Zeneas la aceptó. Recibida la dotacion volvióse á la heredad, y dijo á Esopo: ahora estás en mi poder; ven, que el señor te ha dado á mí, y porque eres hablador

y malo, te quiero vender. Y sucedió, que un mercader que acostumbraba comprar esclavos pasaba por aquella heredad buscando bestias por alquilar para llevar cargas y esclavos á la feria de Efeso. Y como aquel mercader encontrase á Zeneas, que era su conocido, lo saludó, y preguntó si sabia algunas bestias para vender ó alquilar. Dijo Zeneas: no sé alguna, pero tengo un esclavo muy sabio y de buena edad que te lo venderé, si me lo quieres comprar. Y el mercader dijo, que queria verlo. Entónces Zeneas llamó á Esopo, y mostróle al mercader; el cual viéndole de forma tan fea dijo: de dónde es esta fantasma? Por cierto que no parece sino trompeta de la batalla de las cosas monstruosas, y á no tener voz, juzgaria ser pellejo de viento; y por esta fealdad me has estorbado mi camino? Pues creia venir á comprar un esclavo sabio, bello y elegante: y dicho esto, quiso proseguir su camino; pero Esopo seguia al mercader y díjole, agnárdate un poco. El mercader le dijo, no embaraces mi viaje; pues no puedes haber provecho alguno de mí; porque comprándote me acusarian, diciéndome comprador de cosas señaladas y de monstruosas maravillas. Esopo le dijo: ¿por qué has venido? Respondióle: por cierto que yo venia pensando comprar un gentil esclavo, mas tú eres muy sucio y feo, y no he menester tal mercadería. Dijo Esopo: si me compras, nada perderás; y entónces el mercader le dijo: ¿en qué me podrás aprovechar? Respondió Esopo: no tienes en el lugar donde tienes tu casa, algunos niños aplaudidos ó viciados? Cómprame, y hazme maestro de ellos, que en verdad me tendrán mas miedo que una fantasma; y con estas palabras de Esopo el mercader

convino en comprarle, y vuelto á Zeneas le dijo: ¿por qué precio me das este embarazo? Zeneas le respondió: por tres libras de oro, ó por treinta dineros, pues ninguno lo quiere mercar, y esto es dártelo casi de valde. Y el mercader pagado el precio llevólo á casa, y entrando en el lugar donde estaban dos niños en los brazos de su madre, viendo los niños á Esopo amedrentados con su vista comenzaron á llorar, y esconder sus caras en los pechos de su madre; y entónces dijo Esopo á su dueño: ya tienes prueba de lo que prometí, pues ves que luego que estos niños me han visto, les he parecido alguna fantasma: y el mercader se olvidó de la respuesta de Esopo, y díjole: vé, y saluda tus compañeros. Esopo entrando, viendo los esclavos dispuestos y graciosos dijo: Dios os guarde, compañeros: y ellos mirándole dijeron: por los dioses que está loco el amo, y qué ha de hacer de este espanto, pues hasta hoy no habia comprado cosa mas disforme!

CAPITULO V.



De la astucia de Esopo en elegir su carga.

Y así entrando ellos, Esopo entró en la granja donde estaban juntos, y les dijo el señor: llorad vuestra fortuna, que no he encontrado animales por vender, ó alquilar, y así partíos estas cargas entre vosotros: y tomad vituallas para ir á Efeso. Y como ellos partiesen las cargas de dos en dos, Esopo dijo: compañeros, ya veis como yo soy el menor de vosotros, y mas flaco, suplico me deis alguna carga ligera; y los compañeros respondieron: pues no puedes, no laves nada; y Esopo

dijo: pues vosotros trabajais, no es razon que yo quede inútil y sin provecho al amo; y los compañeros le dijeron: toma lo que quieras; y Esopo mirando lo que habia de llevar por el camino, es á saber, los sacos, fardos y cestos, tomó un cesto cargado de pan, que era suficiente carga para dos, y dijo: dadme esta carga; y ellos dijeron: no hay cosa mas necia que esta. Este hombre nos suplica carga ligera, y toma la mas pesada, y uno de los esclavos dijo: pongámoslo por costumbre; y así Esopo tomando el cesto de pan, dándoles que comiesen, tanto les dió que tenia el cesto medio vacío levantándose de comer; aligerado de su carga, ántes que los otros llegó á la posada, y á la noche asimismo partió el pan á los compañeros, y así vació el cesto. Otro dia como hubiesen madrugado, Esopo iba delante con el cesto vacío, y los otros no pudiéndole conocer por el gran trecho del camino que fuese Esopo, decian los unos á los otros: ¿quién es aquel que va adelante, es de nuestra compañía, ó es algun peregrino? Y uno de ellos dijo: no veis como Esopo nos ha vencido á todos con su astucia, pues nosotros tomamos cargas que no se disminuyen en el camino, y él cargado de pan, que cada dia se gasta, va ahora sin carga holgando?

CAPITULO VI.



Esopo es vendido otra vez.

Como llegase á Efeso, el mercader puso en feria los esclavos para venderlos, no hizo pocas ganancias, y solo le quedaron tres; el gramático, el músico y Esopo; y un conocido del mercader le dijo: si llevas estos esclavos á un lugar llamado Camuntay los venderás, pues allí está el filósofo Xauto, al cual acostumbran venir muchos de las islas nombradas Ciclades por causa de aprender en su escuela. Oyendo esto, el mercader navegó para la montaña; al gramático y al músico vistió

de nuevo, y púsoles á vender al mercado, y á Esopo como era muy feo y sucio de mala disposicion corporal, púsole en medio de los dos vestido de un saco, y como los otros dos fuesen bellos y proporcionados, cuantos miraban á Esopo se maravillaban de su fealdad, diciendo: de dónde has sacado cosa tan espantable? por cierto que este con su fealdad cubre á todos los otros. Mas Esopo sintiendo ser escarnecido por palabras injuriosas, estaba enojado, y á todos miraba sañudamente. Y como el filósofo Xanto saliese de casa y entrase al mercado, mirando á una parte y á otra, vió aquellos dos mozos muy graciosos de sus personas y en medio á Esopo; maravillado de la ignorancia del vendedor, dijo: mirad qué saber de hombre! y llamando á uno de ellos, le demandó ¿de dónde era? y él respondió, que era de Capadocia; y le preguntó: ¿qué sabes hacer? respondió el esclavo: haré lo que tú querrás: y oyendo Esopo esta respuesta se rió muy desafortadamente. Los discípulos que habian venido con el filósofo viéndole reir de aquella manera, dijeron entre sí: supliquémosle nos diga la causa de su tan grande risa; y acercándose uno de ellos dijo á Esopo: sabio jóven, dime ¿de qué te ries tan fuertemente? y Esopo estando lleno de ira, por verse de todos escarnecido, le dijo: véte en mala hora, bestia, cabron de mar; y el estudiante lleno de vergüenza se fué de allí. Mas el filósofo dijo al mercader: por cuanto me darás el músico? al cual respondió: por tres mil dineros; cuyo precio reputándolo por demasiado, acercóse al otro esclavo y díjole: ¿De qué tierra eres? y él respondió: de Lidia. Y díjole el filósofo, ¿qué sabes hacer? y el esclavo respondió:

sé hacer lo que tú pensarás. Xanto dijo al mercader, por qué precio daría el esclavo gramático? Y respondió, por tres mil dineros; oyendo esto el filósofo calló y fué de allí. Entónces dijeron los discípulos: maestro, aquellos esclavos os agradan ó no? A los cuales respondió que le agradaban, mas era cosa vedada entre ellos comprar un esclavo por tan gran precio, y que caería en grande pena el comprador; y uno de los discípulos le dijo: pues aquellos tan gentiles no puedes comprar por causa de la ordinacion, compra este que no hay quien le sobrepuje en fealdad, y no ménos te servirás de este que de cualquier otro, y nosotros pagaremos el precio. Respondió el filósofo: por cierto que sería cosa muy disforme esta, pues mi muger es muy delicada y no consentiría ser servida por tan fea persona. Y otra vez le dijeron los discípulos: maestro, muchos mandamientos nos has hecho y mostrado, en los cuales tu muger no consentirá, salvo por contradiccion; y así tu mismo debes usar de ellos. Y dijo el filósofo: sabed de él lo que sabe hacer para que no perdamos el precio por negligencia, y vuelto á él, el filósofo le dijo: Dios te salve, jóven. Respondió Esopo: suplicote que no te enojés por mí. Xanto le dijo: yo te saludo, y respondió Esopo: y yo asimismo á tí; y dijo el filósofo: déjate de estas cavilaciones, y respóndeme á lo que te preguntaré. Díme, ¿de qué tierra eres tú? Respondió Esopo, de carne. Dijo Xanto, no pido eso: sino ¿en qué lugar has sido engendrado? Respondió Esopo, en el vientre de mi madre; y dijo el filósofo: ni tampoco te pido eso, sino que me digas ¿en dónde naciste? Esopo respondió: mi madre lo sabe en que apo-

sento ó sala me parió, ó en que palacio. Xanto dijo: dejémonos de eso, dime ¿qué has aprendido? Respondió Esopo: yo nada sé hacer; y Xanto le dijo: ¿de qué manera dices eso? y Esopo se lo declaró, y le respondió así: por cuanto estos mis compañeros esclavos han dicho que sabían hacer todas las cosas, no han dejado nada para mí. Entónces los discípulos maravillándose de él, dijeron: por la divina sapiencia que ha respondido discretamente, pues quien sepa todas las cosas, no se halla, y por esta razon se reía tan fuertemente; y el filósofo le pidió que le dijese, si queria que le comprase? Dijo Esopo: esto está á tí, porque nadie te obligará, y si tal voluntad tienes, abre la bolsa, cuenta los dineros, y sino cierra la boca. Oídas estas cosas, dijeron los discípulos: por cierto que este sobrepuja al maestro, y el filósofo dijo á Esopo: dime, si te compro, ¿te huirás? y le respondió: si eso yo quisiera hacer, no pediria á tí el consejo. Dijo Xanto: tú hablas honradamente, mas eres sin forma y del todo feo. Respondió Esopo: no se debe mirar el cuerpo, sino el alma y el corazon del hombre. Entónces dijo el filósofo al mercader: ¿cuánto queria por aquella fantasma? y le respondió: espera, que en verdad sabes poco de mercaderías. Xanto dijo: ¿por qué dices esto? y el mercader respondió: porque dejas los que son tus semejantes, y tomas al indigno; toma uno de estos y deja ese espantajo. Replicó Xanto: no importa, dime ¿cuánto quieres por él? Dijo el mercader: dame setenta dineros; luego los discípulos contaron el precio; y de esta manera compró el filósofo á Esopo. Los arrenda-

dores como supieron la venta, pidieron quién habia sido el vendedor y comprador? mas el filósofo y el mercader concordaron en uua, que dijesen habia costado poco. Y dijo Esopo á los arrendadores: este es el comprador, y aquel el vendedor; y si los dos niegan, yo soy fiel y por tal me afirmo.

Y por este caviloso donaire se contentaron los arrendadores del tributo, dejándolos sin pagar; y cada uno partió su camino.

CAPITULO VII.



Comprado que hubo Xanto á Esopo, se fué á casa para entregarlo á la muger.

Como Esopo siguiese á su amo Xanto, y viesse que su señor orinaba caminando, le tiró del bra-

zo, y díjole: mi señor, si no me vendes á otro, sepas que me huiré de tí. Y díjole Xanto: ¿por qué dices eso? Y Esopo respondió: porque no puedo servir á tal señor. Y por qué razon, dijo el filósofo. Porque, dijo Esopo, no tienes vergüenza, pues siendo tan gran señor no te paras para orinar; y es cierto que podrias dar algun poco de holganza y descanso á la naturaleza, á lo ménos el que bastase para orinar, pues siendo yo como soy tu esclavo, si me enviases á alguna parte y el vientre me pidiese purgacion, creo que querrás la haga volando segun tú haces esa, que no es tan fea caminando. Dijo el filósofo: no tienes que enojarte de estas cosas, ántes abre las orejas y está atento á lo que dijere: yo oriné caminando por evitar tres cosas. La primera, porque el gran calor del sol, como sea medio dia, no me dañase la cabeza. La segunda es porque la orina no me queme los pies. La tercera y última es porque el fetor de la orina no me subiese á la nariz; y orinando así, me libro de estos tres daños. Y entónces dijo Esopo, satisfecho me has. Y llegado el filósofo á su casa dijo á Esopo: espérame aquí un rato entretanto que entre en el estudio, y hable de tí á la señora. Dijo Esopo, no solo esperaré, mas haré todo lo que mandes. Xanto entrando en la casa dijo á su muger: de aquí adelante cesarás de estar malquista conmigo, y reñirme diciéndome que mude tus mozos, cata aquí que te he comprado uno tan sabio, que hasta aquí no has tenido otro mas gentil y elegante. Las esclavas cuando esto oyeron, creyendo era así verdad, comenzaron allí mismo á contender unas con otras, diciendo una: el amo me ha comprado este marido. Otra dijo: yo soñaba esta

noche que el ama me desposaba, y entre tanto que ellas así hablaban dijo la muger á Xanto: dónde está este que tanto alabas, hazlo venir aquí. Respondió el filósofo: delante la puerta está, llámele alguno, que suba el nuevo comprado; y una de las esclavas, entre tanto que las otras altercaban cual le llamaria, fué á llamarle, y decia entre sí: yo iré la primera y le tomaré por marido, y estando á la puerta dijo: dónde está mi nuevo desposado? y luego Esopo le respondió: A quien tú pides yo soy; y como ella lo mirase, turbóse, y perdido el color, dijo: huye y aparta de aquí, fantasma, y ¿dónde tienes la cola? Respondió Esopo: si la cola buscas, no te faltará. Y como él quisiese entrar en la casa, dijo la esclava: huye, fantasma, y no entres, pues por cierto cuando te verán, todos los de casa huirán; y volviéndose la esclava á sus compañeras, díjolas: por cierto que andais muy erradas vosotras y miradlo; y una de ellas saliendo fuera y viendo á Esopo tan feo y espantable, díjole: badajo de campana, hiera tu boca, no te acerques á mí; y presentóse Esopo delante la señora; y como ella lo vió, volviése hácia atras, y dijo á su marido: cómo cosa de tanto espanto, y tan monstruosa me habeis comprado por esclavo? apartadlo allá de mí. El filósofo respondió: muger, tomad paciencia, pues por esclavo os le he comprado, y para mí es suficiente, y de ciencia. Respondió ella: no soy tan necia que no conozca, que ya me aborreceis, y buscáis otra muger; mas porque claramente no me lo osais decir, por eso me habeis traído esta cabeza de perro. Pensad que ántes me iré de casa, que no le mandaré cosa; y pues es así, dame mi dote, y yo me iré

en buena paz. Y Xanto dijo á Esopo: cuando ibas por el camino hablabas mucho y ahora que es menester no dices nada? Respondió Esopo: señor, pues que tu muger es de esta condicion tan altiva y enojosa, arrójala al infierno. Díjole Xanto: calla, necio, que eres digno de azotes, pues ves que la amo como á mí mismo, y no ménos. Respondió Esopo: pues la amas mucho? Dijo Xanto, mas que otra cosa. Entónces Esopo, dando una patada en la sala levantó la voz diciendo: este filósofo está detenido y preso de la muger; y volviéndose á ella le dijo: á tí, señora, ya te amaré y trabajaré porque hayas paz y bienes; tú querrias que tu marido hubiese comprado un esclavo jóven de edad, gentil de rostro, sabio, bien compuesto y adornado, y que te esperase en el baño, te pusiese en la cama, te gratase los pies, y pudieses tú avergonzar al filósofo. O Erupides, quisiera tener tu boca de oro, en nada mentirosa! Así como decimos, que son muchas las tempestades del mar, y muchas y grandes sus olas, asi tambien decimos que es difícil de soportar la pobreza, pues todas estas cosas son malas para el hombre, pero mas mal, y de peor soportar es la mala muger; mas tú, señora, no quieras esclavos gentiles que te sirvan, que en poco tiempo puedes dar deshonor é infamia á tu marido. Y como esto oyese la señora, díjole: no solo eres feo y disforme, mas hablador y cruel, pues hablas cruelmente, y me difamas con estas palabras; pero yo me guardaré de tí. Entónces el filósofo le dijo: Esopo, guarda, que la señora está enojada; y respondió Esopo: de esta manera se ha de amanzar la señora; y el filósofo le mandó callar, diciendo: calla, que bastantemente has

hablado, toma un cesto y sígueme, para que compremos alguna verdura.

CAPITULO VIII.



Como Esopo soltó la cuestion de un hortelano.

Asi se fueron á una huerta: y dijo el filósofo al hortelano: danos verduras; y el hortelano tomó de una parte en donde habia berzas, y otras verduras mezcladas, y diólas á Esopo: y como el señor pagase el precio, y quisiese irse, díjole el hortelano: maestro, que esperes un poco, porque te querria pedir una cuestion. Díjole el filósofo: contento estoy de esperar tu propuesta, dí lo que quisieres; y dijo el hortelano: maestro,

los árboles y yerbas, que diligentemente se siembran y cultivan con gran cuidado, ¿por qué vienen mas tarde, que las que por sí mismas nacen, y no se cultivan? Xanto como oyese esta cuestion filosofal, y no pudiese responder á ella, díjole: estas y semejantes cosas proceden de la providencia divina. De cuya respuesta se rió de buena gana Esopo; y díjole su amo: necio, ríeste de mí, ó búrlasme? Respondió Esopo: no me rio de tí, sino del filósofo que te enseña; porque, qué solucion de filósofo es, que por la divina providencia proceden estas cosas tales? Eso tambien lo saben los albarderos. Y díjole Xanto: pues suelta tú la cuestion. Respondió Esopo: si me pidiera á mí, cosa fácil de hacer me fuera. Entónces el maestro volviéndose al hortelano díjole: no conviene al filósofo, que continuamente enseña en los estudios, responder en las huertas, ni soltar en ellas las cuestiones; mas este mi mozo es suficientemente sabio en estas cosas, y él soltará esta cuestion, pídeselo; y dijo el hortelano: ese sucio sabe letras? ó qué mala ventura! y vuelto á Esopo díjole: tú tienes conocimiento de estas cosas? al cual respondió Esopo: pienso que sí, y así estame atento: Tu me pides, por qué las yerbas que siembras y cultivas, crecen menos que las que de sí mismo nacen, y no se siembran, y cultivan. Oye: así como la muger viuda que tiene hijos, y se casa con otro marido, que tambien tiene hijos, de los unos es madre y de los otros es madrastra, y hace grande diferencia entre los hijos é hijastros; porque los hijos son criados diligentemente y con grande afecto, pero los hijastros con negligencia y aborrecimiento: así la tierra es

madre de las yerbas que de sí nacen, y de las otras que por manos de hombres se siembran, es madrastra. Oyendo esto el hortelano le dijo: grande melancolía me has quitado, de valde te doy todas las verduras, y cuando quieras mas vendrás por ellas, y las tomarás, que graciosamente te quiero dar cualquiera cosa de mi huerta.

CAPITULO IX.



De como Esopo coció una sola lenteja.

Despues de tres dias, como el filósofo se lavase en el baño juntamente con otros sus familiares y amigos, envió á Esopo diciendo: vé á casa, y toma el caldero y la lenteja, y lo mas presto que

puvieres cuécela. Fué Esopo corriendo, y entrando en la cocina tomó un grano de lenteja solamente, y púsola en el caldero á cocer, y aparejó prontamente las cosas que eran necesarias. Despues de bañados, dijo Xanto á los amigos: hoy comeréis conmigo lentejas; y por cierto entre amigos no se debe mirar el valor de la cosa, sino la voluntad con que se dá. Viniendo á comer, mandó el amo á Esopo, que trajese agua á manos; y él tomando el jarro de pies, y apartándose en un lugar secreto llenóle de agua y lo trajo á su señor, el cual sintiendo la olla, le dijo: qué es esto, perro maldito, estás bueno? aparta allá eso, trae la vacía, y luego Esopo trajo la vacía sin agua; y el filósofo muy enojado dijo: bellaco, sabes ahora mas de eso? Respondióle: por tí me fué mandado, que no hiciese sino lo que tú me mandases: tú no me dijiste: pon agua en la vacía, lávanos los pies, aparéjanos los paños, y las otras cosas que son necesarias; y sí solo me dijiste, trae la vacía, ya te la traje. Entónces dijo el filósofo á los amigos: yo no compré esclavo, sino maestro y mandador. Y como estuvieron en la mesa, pidió el señor, que si la lenteja estaba aparejada, que la llevase, y Esopo con la cuchara sacó del caldero la lenteja que habia puesto á cocer, y trájola á la mesa. Y pensando el señor, que traía aquella para que viesen si estaban cocidas las lentejas, rompióla con los dedos, y dijo: cocida está, tráela, y comerémos; y Esopo solamente puso en la mesa los postres, y díjole Xanto: qué es de la lenteja? Respondió: ahora os la traje con la cuchara; y el señor dijo: verdad es, que trajiste un grano de lenteja, y grano te dije yo? Dijo Esopo: tú me

mandaste que cociese la lenteja en singular, y no lentejas en plural. Entónces dijo el filósofo á los que tenia convidados, turbado de corazon: por cierto que este me ha de trastornar el juicio; y luego, porque no pareciera, que escarnecia á los amigos, le mandó diciendo: vé, y compra cuatro pies de tocino, cuézelos, y pónlos en la mesa. Luego Esopo fué, compró los pies, y púsolos á cocer en la olla. Y el señor buscando causa para castigarle, miéntras que Esopo estaba ocupado en otros negocios, sacó un pié de la olla, y escondiólo.

CAPITULO X.



Xanto queriendo engañar á Esopo, se engañó á si mismo.

Despues de un rato, reconociendo Esopo la olla, no halló mas que tres pies: y pensando lo que podria ser aquello, bajó al establo, y cortó un pié al lechon que allí estaba; y volviendo arriba púsolo á la olla. Mas Xanto, en tanto que Esopo bajó abajo, volvió el pié á la olla, y Esopo cuando los pies estuvieron cocidos vaciando la olla en un plato, halló cinco pies; lo cual viendo el filósofo Xanto, dijo: qué es esto? por ventura un tocino tiene cinco pies? Respondió Esopo: y

dos tocinos cuántos pies tienen? Xanto dijo ocho, mas aquí hay cinco. Entónces dijo Xanto á sus amigos: no he dicho yo que este me ha de volver el juicio? Esopo dijo: por ventura no sabes, señor, que todas las cosas que se hacen ó dicen en otra manera que lo justo, se apartan del medio ó virtud? Entónces el filósofo como no viese causa por la cual con razon pudiese castigarlo, calló y lo dejó pasar con disimulacion.

CAPITULO XI.



Xanto de las viandas que tenia en la mesa, envió por Esopo á su querida.

Y otro dia, como dos discípulos estuviesen en el auditorio donde Xanto leía, uno de ellos apa-

rejo la cena; y como cenasen, el filósofo tomó una ración de las viandas, y dióla á Esopo diciéndole: vé á casa mi querida, dále esto. Y Esopo yendo á casa, dijo entre sí: ahora se ofrece ocasion paraque la señora se vengue de mí, por lo que le he dicho; pero se ha de ver quien es la querida del señor: y entrando en casa asentóse, y llamando á la señora por su nombre puso el plato con la vianda delante de ella, y díjole: señora mia, de estas viandas no comerás cosa alguna. Respondió la señora: siempre has de ser loco, y hacer necedades. Esopo dijo: estas viandas no manda el señor dártelas á tí, sino á su querida la perrita, que continuamente le está agasajando, y dijo: ven acá, golosa, hinche tu vientre de estas viandas: la perrita agasajándole con la cola, vino al olor de las viandas, á la cual dándoselas Esopo de hueso en hueso, decia: el señor á tí, y no á otro me ha mandado dar estas viandas. Despues como volviese, dijo el filósofo: has dado aquellas buenas viandas á mi querida? Respondió Esopo: ya se las he dado, y delante mis ojos se las ha comido todas. Pidió Xanto, qué decia cuando se las comia? Respondió Esopo: cosa ninguna, mas parecia que se alegraba y te amaba. Pero viendo esto la muger de Xanto, llorando y suspirando se entró en el aposento. Y despues que los discípulos hubieron comido y bebido abundantemente, y con mucho gusto, cada cual por su parte propuso cuestiones; y uno de ellos pidió á Esopo, en qué tiempo será mayor la priesa y dificultad en los hombres? Esopo pronto de ingenio, estando detrás los otros, respondió: cuando los muertos en el dia del juicio buscarán cada uno sus cuerpos. Lo cual oyendo

los discípulos dijeron: por cierto, sábio y pronto es este mozo, y no es necio, ni faltado de entendimiento, mas está bien enseñado de su señor. Y despues como pidiese otro: ¿por qué los animales cuando son traídos para matarlos, calladamente vienen y no dan ningun grito, y el lechon no solamente no se deja tomar, mas luego grita y gruñe? Esopo como tenia grande cabeza respondió: los animales, como son vacas, ovejas y otros, como están acostumbrados á ordeñarse ó trasquilarse, vienen callando, porque piensan que vienen para ello; y asi no tienen miedo de hierro: mas el lechon no es así, del cual ni lana ni leche se aprovecha, sí sola la carne y la sangre, y por lo tanto el lechon grita y gruñe. Entonces los discípulos juntos alabaron y aprobaron el dicho de Esopo, y se dividieron los unos de los otros, y se fueron para sus casas. El maestro viniendo á casa, entró en el aposento, y comenzó á requebrar á su muger que lloraba, y ella volviéndole las espaldas le dijo: aparta allá, y tén la mano segura. Y el filósofo la persuadió diciendo: tú eres mi dileccion, y no conviene que estés enojosa y triste conmigo, que soy tu marido. Ella respondió, que le habian de descasar porque no era su voluntad de estar con él de aquí en adelante. Y dijo al marido, llama la perrita y agasájala, á la cual enviaste las viandas. Y como él no sabia cosa, dijo, qué llevó para tí Esopo del convite? Cosa ninguna, dijo ella, y el filósofo: por ventura estoy borracho? cierto que yo te envié tu parte por Esopo. Dijo ella, á mí? Respondió el filósofo, á tí. Respondió ella, no me enviaste á mí; sino á la perrita segun dijo Esopo. Entónces dijo Xanto, llamen aquel esclavo. Y como vinie-

se, dijole Xanto: á quién has dado aquellas viandas? Respondió él: á tu querida, como lo mandaste. Dijo Xanto á su muger: entiendes bien lo que dice Esopo? Respondió ella: entiéndolo, pero te digo y vuelvo á decir que nada llevó Esopo para mí, sí solo á la perrita lo dió. Y el señor dijo á Esopo: á quién diste las viandas, cabron? Respondió él: á quien tú mandaste. Dijo el señor: yo te lo mandé dar á mi querida: yo las dí segun mandamiento á la que tanto te ama, y llamando á la perrita dijo á Xanto: esta es la que tanto te ama, que la muger jamás tiene amor á quien le muestra amor, porque si la ofenden en la mas mínima cosa, luego revela los secretos mas criminosos de aquel; mas el perro aunque le pegues, luego al punto mostrándole alguna señal de amor, simplemente viene con la cola entre las piernas, y por tanto debias explicar, que las diese solo á tu muger, y no á la querida. Triste y dolorida quedó la avergonzada señora; y buscando forma para separarse de su marido, un dia quedándose sola en casa, tomó las mejores ropas que tenia, y se fué á la casa de sus padres. Supo Xanto de su muger la improvisa huida, y entristeciéndose mucho de ella, le dijo Esopo: ahora tienes clara noticia que no la muger, sino la perrita te ama, y aunque Xanto con todas veras la solicitó que volviese, no pudo jamas conseguirlo.

CAPITULO XII.



Esopo hace volver la muger de Xanto a casa de su marido.

Al fin viendo Esopo la grande tristeza de su señor, le dijo: deja ya el dolor que tienes por la huida de tu muger, que tanto te molesta y acaba, que yo haré que sin ser rogada vuelva. Yendo pues al mercado, compró mucha diversidad de volatería, y pasando disimuladamente por la calle donde habitaba la muger de Xanto, viendo un mozo á la puerta de su casa, dijo si sabia quien le vendiese algunos pavos, que habia menester

para unas bodas. Y pidiendo el mozo quién celebraba bodas, le dijo Esopo, que era el filósofo Xanto. Oyendo el mozo que el filósofo Xanto se casaba, entró apresuradamente en casa, y lo dijo á la fugitiva señora, la cual entendiendo una tan triste y dolorosa nueva fué con apresurados pasos á la posada de su marido Xanto, diciéndole: no pienses que de ninguna manera, viviendo yo, sufra que muger alguna ocupe mi lugar.

CAPITULO XIII.



Del convite que hizo Xanto á sus discípulos.

Convidó poco despues Xanto á todos sus discípulos, diciendo á Esopo, que les trajese una vianda que fuese dulce y sabroso. Esopo yendo al

mercado decia entre sí: ahora he de mostrar mi admirable sabiduría, y comprando lenguas de tocino las puso en la olla. Viviendo Xanto á comer con sus discípulos, dijo á Esopo trajese á la mesa la deseada vianda: y poniendo las lenguas con vinagre á la mesa, empezaron á gustar de aquella admirable sapiencia. Alabaron los discípulos del científico maestro la profundísima doctrina, diciendo: este deleitoso comer lleno está de filosofía. Mandó luego Xanto á Esopo que trajese otra vianda, y trayendo mas lenguas adobadas con ajo y pimienta decian sus discípulos: propiamente nos pertenece una lengua despues de otra lengua: mas á la fin llevando Esopo otra vez lenguas, enojados ya los discípulos juntamente con Xanto por tantas lenguas, dijo Xanto: no hemos de comer mas que lenguas? No te dije que trajeses una vianda que fuese dulce y sabrosa? Respondió Esopo: gracias hago á los dioses, que hay aquí hombres de tan alta inteligencia: qué vianda hay mejor, mas dulce y mas sabrosa que la lengua? Por la lengua son ordenadas todas las artes. Por la lengua toda la doctrina y filosofía es ennoblecida. Por la lengua las dignidades, los empleos y las riquezas son adquiridas. Por la lengua se efectúan los matrimonios. Por ella las casas y las ciudades son enriquecidas. Por ella los hombres son exaltados y respetados. Ultimamente en la lengua está casi toda la humana vida. De manera, que no hay cosa mas dulce que la lengua, ni de los dioses ha sido dada á los mortales mayor riqueza, que la lengua. Con grandísimo aplauso, alegres todos los discípulos de Xanto de la sutilísima respuesta de Esopo, le abrazaron defendiendo contra el confuso maestro la pura inocencia.

CAPITULO XIV.

*Otro convite de lenguas.*

Mas Xanto, trabajando en vengarse, dijo al otro dia á Esopo delante de sus discípulos: pues ayer comimos á gusto tuyo, mudemos hoy las viandas: yo quiero que todos mis discípulos coman conmigo, por lo tanto vos ha de llevar la peor y mas amarga vianda que encuentres. Partió prontamente Esopo, y compró otra vez lenguas, y las puso en la olla. Mas viniendo todos al esperado convite, y diciendo Xanto á Esopo, que trajese la amarga vianda, Esopo llevó las lenguas

como habia acostumbrado. Y admirados los discipulos de Xanto junto con él de que otra vez volviere á las lenguas, pidieron otra vianda: emperó trayéndoles Esopo mas lenguas, indignándose contra él, el filósofo Xanto díjole: ahora no te he mandado llevar vianda dulce, sino amarga. Respondió subitamente Esopo: qué cosa hay peor y mas amarga que la lengua! Por la lengua se pierden los hombres: por la lengua llega el hombre á miserable pobreza: por la lengua son destruidas las ciudades, finalmente por la lengua perecen todas las cosas. Dijo uno de los discipulos de Xanto: si tú lo crees, vendrás á grande locura; porque tal cual es su gusto, tal es su ánimo.

CAPITULO XV.



Esopo lleva á Xanto un hombre sin pensamiento.

Mas Xanto buscando forma para ejecutar en Esopo su crudelísima ira, le dijo: búscame un hombre sin pensamiento. Salió prestamente Esopo, y discurriendo por toda la ciudad, vió un hombre rústico, al cual dijo: el filósofo Xanto te suplica que comas hoy con él. Y el rústico no curando de inquirir la causa, porque el filósofo le convidaba no conociéndolo, no hizo mas que seguirle. Y llegando á la posada, sin mas pensar, se sentó á la mesa. Dijo Xanto secretamente á su muger: paraque yo pueda castigar á Esopo con justa causa, pon por obra lo que te dijere; y despues le dijo

en alta voz: muger, tomá el barreño con agua, y lava los pies al nuevo huesped; pensando que el rústico teniendo vergüenza de tan impertinente ministerio, se despediria, y así Xanto tendria motivo, para reprender á Esopo y castigarlo. La muger de Xanto pronta á cualquiera cosa, que fuese en daño de Esopo, tomando el barreño con agua comenzó á lavar los pies al convidado rústico. Mas él pensando en sí mismo que el filósofo, para mas honrarlo, queria que su muger le sirviese en aquella forma, estuvo inmóvil. Viendo Xanto que por este acto no habia podido conmovér al rústico, mandó á su muger le diese de beber. Empero pensando que el filósofo se enojaria, si no la obedecia, luego comenzó á beber. Haciendo despues Xanto poner un bellissimo pescado delante el inconsiderado rústico, prontamente comió de aquel. Mas viendo el filósofo que no podia alterarlo, porque el rústico estuvo siempre dispuesto á todo lo que el filósofo hiciese, llamando al cocinero y reprendiéndole de lo mal que habia cocido el pescado, empezó á castigarlo. Pero el bueno del rústico, viendo que en el pescado no faltaba cosa alguna, sin pensamiento alguno comia de él. Llamó luego Xanto al hornero, y culpándole de haber mal amasado el pan, le cubrió de grandísimo terror con palabras afrentosas; mas el hornero por disculparse dijo que la muger de Xanto le habia amasado. Si es verdad lo que me dices, respondió Xanto, que mi muger tenga la culpa, yo la haré quemar viva; y dijo á los que servian, que encendiesen un grandísimo fuego para quemarla. Respondió luego el rústico: señor, hazme favor de esperar. Cuyas palabras oidas por Xanto, admirado de la constan-

cia del rústico, se volvió á Esopo, diciendo: ya me doy por vencido.

CAPITULO XVI.



Respuesta que dió Esopo á la Justicia.

Pasados tres dias queriendo ir el filósofo Xanto al baño, mandó á Esopo que mirase si habia alguno en aqnel. Por lo que yendo Esopo hácia el baño le salió al encuentro la Justicia pidiéndole dónde iba. Respondió Esopo que no lo sabia: de cuya respuesta indignándose la Justicia luego lo hizo prender. A la cual respondió Esopo: luego justa y verdadera era mi respuesta, que no sabia donde iba, pues me mandas tú ahora ir á la pri-

sion: y así mandándolo soltar la Justicia volvió Esopo á su comenzado camino, y llegando al baño, visto que todos los que entraban y salian de él tropezaban en una piedra, no los tenia por personas, hasta que uno de ellos, llevándola de allí, hizo que los otros no tropezasen con ella: luego volviéndose diligentemente al filósofo Xanto le dijo, que en el baño no habia mas que un hombre. Fué Xanto al baño, y visto que habia en él mucha gente, indignóse contra Esopo. Respondió este: si con atencion escuchas lo que te dijere, conocerás que te he dicho verdad, que no habia en él mas que una persona: cuando yo vine, la piedra que ves allí, estaba delante el umbral de la puerta, y todos cuantos entraban tropezaban en ella; no hubo alguno que la levantase, sino uno que la puso allí donde ahora está, al cual solo juzgué por persona. Dijo Xanto: cómo has tenido pronto la excusa.

CAPITULO XVII.



Porque los hombres despues de haber evacuado el vientre, miran la inmundicia.

Volviendo Xanto del baño á su posada quiso evacuar el vientre, y estando presente Esopo con un jarro en las manos para darle agua, le pedia Xanto: por qué causa cuando evacúan los hombres en un lugar descubierto miran luego la inmundicia? Respondió Esopo: léese que evacuando el vientre antiguamente un filósofo, sacó el cerebro juntamente con la inmundicia. Por lo que recelando los hombres que no les suceda lo mismo, miran luego sus inmundicias. Pero tú no puedes evacuar lo que no tienes en el vientre. Siguióse

despues de esto, que Xanto un dia en medio de sus discípulos, teniendo el vaso en la mano para beber, turbado de la fuerza del vino, no sabia explicar y resolver muchas y sutilísimas cuestiones, que se proponian, por lo que Esopo le dijo en esta forma: refiere el famosísimo Dionis, que el vaso lleno de suavísimo vino tiene en sí tres propiedades. La primera, fuerza y brio. La segunda, jovialidad y alegría. La tercera, locura. Por eso humildemente, señor, te suplico, que bebas alegremente y te dejes de cuestiones filosóficas. Dijo entónces uno de los discípulos: maestro, un hombre solo podría beber el agua del mar? Respondió Xanto: no es cosa imposible, que yo solo me ofrezco á bebérmela toda. Replicó el discípulo: y si no la bebes, qué quieres perder? Respondió Xanto, señor te hago de mi posada si yo deajo una gota: y así puestos los anillos por señal de la apuesta de este imposible acto, el dia siguiente lavándose Xanto las manos y no viéndose el anillo, dijo á Esopo: si sabia donde estaba? Respondió: no sé donde está el anillo; pero sé que muy luego serémos huéspedes de esta casa. Dijo Xanto: por qué? Respondió Esopo: porque ayer prometiendo que beberias toda el agua del mar, quedó el anillo en señal de apuesta. La cual imposible promesa oida por Xanto, suplicó afectuosamente al sapientísimo Esopo, que con alguna sutilísima industria diese modo como no perdiese tan bestial apuesta. Respondió Esopo: porque tengo noticia de mi ingenio, yo prometo librarte de tan iguominiosa pérdida. Haz traer á la orilla del mar una mesa llena de diferentes vasos, y dirás que tienes los vasos preparados para beberte toda el agua del mar, como detengan todos los

rios que entran en él, y entonces tú darás cumplimiento al imposible pacto. Parecióle bien á Xanto la inefable defensa del prudentísimo esclavo: y requiriéndolo aquel, que pensaba tener ya ganada la puesta, para que pusiese por obra lo que prometido habia, Xanto siguiendo el consejo de Esopo, quedó no solo libre, sino tambien rogado de todo el pueblo, porque no prosiguiese adelante y el otro perdiese su apuesta.

CAPITULO XVIII.

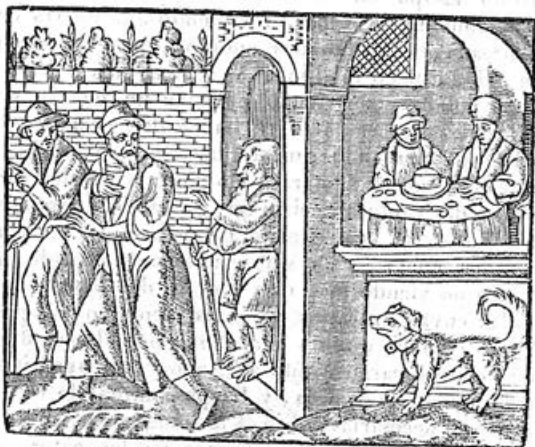


Ingratitud de Xanto con Esopo.

Suplicó el agudísimo Esopo á Xanto despues de este admirable acto, que le diese libertad, mas

no pudo conseguirla. Antes diciéndole que mirase si veria dos cuervos por ser este buen agüero, le apartó de su peticion; y así quedando el pacientísimo Esopo en el mismo cautiverio, hizo el mandamiento de Xanto. Y viniendo á la puerta de la posada, y viendo dos cuervos que estaban en un árbol, luego lo dijo á Xanto, el cual saliendo de la posada y no viendo mas que un cuervo en el árbol porque el otro se habia ido, prendiendo á Esopo, pensando que se burlaba de él, le hizo cruelísimamente azotar. Vino en esta ocasion un criado de Xanto á decirle que ya estaba aparejada la comida, al cual viendo Esopo, dijo: yo por ver dos cuervos, he sido crudamente azotado, y Xanto no viendo mas que uno le dan buena comida: cuyas graciosas palabras siendo oidas por Xanto, mandó que no le azotasen mas. Pocos dias despues dió cargo Xanto á Esopo, que aparejase una espléndida comida, y Esopo comprando todas las cosas necesarias, dijo á la muger de Xanto, que las guardase de las manos de los gatos, y dijo: bien puedes estar sin cuidado, que hasta en las nalgas tengo ojos. Por lo que aparejando Esopo lo que era menester, y volviendo al lugar donde habia dejado á su señora, la vió que dormia; y recordándole lo que habia dicho, que sus nalgas tenian vista, levantándole las faldas le descubrió el trasero. Llegó dentro poco tiempo Xanto con sus discípulos: y viniendo al lugar donde estaba aparejada la mesa, vió á su muger descubiertas las partes vergonzosas; y llamando á Esopo, quiso saber la causa de tan vergonzosa vista, y Esopo le satisfizo en la forma ya dicha.

CAPITULO XIX.



Esopo hace solamente entrar á uno de los convidados.

No pasaron muchos dias, que habiendo convidado Xanto todos los filósofos y retóricos, dijo á Esopo, que no dejase entrar idiota alguno. Sucedió que viniendo uno de los convidados, Esopo le comenzó á decir palabras injuriosas, por las cuales indignándose aquel no quiso entrar en la casa de Xanto, y muchos otros hicieron el mismo camino. Finalmente llegó uno que era de sutil ingenio, que oídas de Esopo las oprobiosas pala-

bras, le respondió asimismo con palabras injuriosas, al cual prontamente dejó entrar Esopo en la posada; y llevándolo delante de Xanto, le dijo que ningun filósofo sino aquel habia llamado á la puerta: y creyendo Xanto ser burlado de los otros, se enojó muchísimo. Pero despues de pocos dias encontrándose aquellos con Xanto, supo éste la causa de su vergonzosa huida, é indignándose contra Esopo, le respondió este con estas palabras: tú me dijiste que no dejase entrar sino filósofos y hombres de letras; y habiendo venido esos, preguntándoles yo y no sabiéndome ellos responder, juzgué que no eran ellos los que tu convidabas, hasta que vióiendo este me supo responder, y por eso no dejando entrar á aquellos, pensé que solo este merecia asistir en el convite solemne. Alabaron todos de Esopo la justa excusa.

CAPITULO XX.



Del tesoro que Esopo hizo hallar á Xanto.

Poco despues yendo Xanto en compañía de Esopo al lugar donde los antiguos se sepultaban, vió unas letras esculpidas en una coluna, á la cual se subia por grada, y estaban ordenadas en esta forma: A. G. Q. F. I. T. A., y pidiendo Esopo la interpretacion de aquellas letras, Xanto jamas pudo interpretarlas, hasta que pidiendo él á Esopo, se las declaró este de esta manera, diciendo: qué me prometes si te muestro ahí un tesoro innumerable? Respondió luego Xanto: darte he

libertad, y la mitad de él. Subiendo entónces Esopo á cuatro grados de la coluna, y cabando encontró gran multitud de tesoro, la que puso luego en manos de su amo, diciendo que le cumpliera la promesa. Pero no queriendo Xanto cumplir lo prometido, dijo Esopo: quien escondió el tesoro en este lugar, le selló con las dichas siete letras esculpidas, que en latin quieren decir: *ascende gradus quatuor, fodias, invenies thesaurum auri*. Que quiere decir: sube cuatro gradas, caba, y encontrarás tesoro. Respondió Xanto: pues eres tan sutil, no alcanzarás libertad. Vista entónces por Esopo la ingratitud de Xanto, le dijo, que aquel tesoro no podia ser suyo, porque al rey pertenecia. En qué manera? dijo Xanto. Respondió Esopo: por estas letras que son T. R. D. Q. I. T. A. que quieren decir en latin: *Tradito regi Dionisio, quem inveniste thesarum auri*. Cuyas palabras quieren decir: dá al rey Dionisio el tesoro que has hallado. Triste y adolorido estaba Xanto, viéndose huir de las manos la próspera fortuna, y supuesto que no veia camino como pudiese poseer el tesoro, puso partido á Esopo que lo dividiesen. Al cual respondió Esopo: en nada te agradezco la mitad del tesoro, pues fué esto ya convenido y tambien significado por quien lo escondió, como muestran las esculpidas letras de esta manera: E. D. Q. I. T. A. que dicen: *euntes dividite quem invenistis thesaurum auri*. Que quiere decir: vosotros que caminais, partid el tesoro que habeis hallado. Dijo entónces Xanto á Esopo: vámonos á casa, y partiremos el tesoro. Pero llegando á casa, y temiendo Xanto que Esopo divulgase el secreto tesoro, mandó ponerle en la prision. Gritaba llorando Esopo con altas voces,

quejándose de Xanto, viendo que negándole la prometida libertad lo ponía preso: pero oyendo los dolorosos clamores de aquel el filósofo Xanto, hízolo luego sacar, y dijole que si quería adquirir libertad, refrenase su mala lengua. Al cual respondió Esopo, que ántes de muy poco tiempo contra su voluntad la alcanzaría.

CAPITULO XXI.



Como los de la ciudad de Samos hacen dar libertad á Esopo, porque les descubrió la verdad de un prodigio.

Siguióse poco despues un admirable prodigio en la ciudad de Sámos. Que estando sentado el pre-

sidente en el tribunal, una águila volando le quitó el anillo del dedo, y lo dejó caer en el dedo de un esclavo. Por lo que juntándose todo el pueblo por un tan espantable prodigio, dijeron al filósofo Xanto como á uno de los principales en toda la casa pública, que les interpretase una tan monstruosa rapiña. Por lo que Xanto, vista la dificultosa interpretacion de aquella, pidió tiempo de tres dias, en los cuales estaba con grandísima tristeza, sin poder entender ni declarar lo que significaba. Acercóse á él Esopo, y viéndole tan poseido de tristeza, le dijo estas palabras: quita de tus flacos hombros una tan poderosa carga, y sobre mí pon el cargo de responder. Dí á los de Sámos, que tú no eres intérprete de monstruosas señales; pero que yo les declararé el admirable pronóstico: y si yo sé interpretarlo, redundará en tí grandísimo honor y gloria, que un esclavo tuyo les haya sacado de tan grandísima duda: si no doy en su interpretacion, tú quedarás sin infamia, y será mia la culpa. Fió Xanto en las discretas palabras del prudentísimo Esopo, y el dia siguiente yendo á la plaza pública donde estaban juntados gran multitud de los de Sámos, les dijo lo que él y su Esopo concertado habian. Y viendo aquellos que solo en Esopo se encerraba la profundidad de un tan arduo misterio, le suplicaron que le hiciese venir delante de su presencia. Y así habiendo venido Esopo delante de ellos, vista su espantosa deformidad, no pudieron creer que en él hubiese alguna doctrina. Pero subiendo Esopo en un puesto eminente, y haciéndoles señal que callasen, comenzó á hablar en esta forma: O prudentes y virtuosos moradores de la ínclita ciudad de Sámos, no escarnezcáis mi fealdad,

pues no se debe mirar solo la presencia de un hombre, sí la evacuacion de su sutil ingenio: porque bajo una espantable y fea figura no pocas veces se ha admirado una profundísima sapiencia. Pero la naturaleza de que proceden las cosas ha puesto hoy entre el señor y el esclavo grandísima contienda de gloria, porque si vence el esclavo, en lugar de adquirir libertad, será puesto en profunda prision: por lo que si yo puedo alcanzar libertad, y que sin impedimento alguno pueda explicar las palabras, séd ciertos que yo os descubriré este profundísimo secreto. Gritaron juntos todos los de la ciudad de Sámos: que Esopo alcanzase libertad; mas no queriéndosela otorgar Xanto, el presidente que allí asistia, mandó que por servicio del pueblo se le diese libertad. Y así fueron ciertas las palabras de Esopo cuando dijo á Xanto, que ántes de poco tiempo contra su voluntad la alcanzaria. Habiendo Esopo adquirido libertad de esta manera, volvió á hacer señal al pueblo que tuviesen silencio, y comenzó estas científicas palabras: La volante y velocísima águila, que entre las aves es lo que el rey entre los hombres, la cual quitó el anillo del presidente, significa que algun rey quiere usurpar vuestra libertad y sujetaros á su imperio. Quedó mortificado todo el pueblo oyendo de Esopo tan dolorosas palabras; y aun no les habia acabado de pronunciar cuando viniendo el secretario del rey Creso, presentó á los de Sámos las letras del rey, las que decian así: Creso, rey de Libia, al senado y pueblo de Sámos salud. Los inmortales dioses, á los cuales todas las cosas están sujetas, han querido que los bajos se inclinen á los altos; por lo que os mando que prestándome obediencia me

seais tributarios, que de otra manera si lo reu-
sais, seréis dados por mí á total destruccion y
ruina. Leídas y oídas las letras del rey Creso por
el senado y pueblo de Sámos, consultaron con
Esopo de la imposicion del nuevo tributo y ani-
quilacion de su libertad. Pero Esopo viniendo al
senado esplicó su voto en esta forma: La variable
fortuna dos caminos ha mostrado á los hombres.
El uno de la libertad, el ingreso de la cual es
áspero y difícil, mas al fin es fácil y ancho; el
otro de la servitud, el principio de la cual es
ancho y muy fácil, mas al fin es áspero y difícil-
toso; de aquí vosotros podeis elegir el que os
parezca mejor. Oyendo los de Sámos el sutilísimo
razonar de Esopo, dijeron en altas voces: como
seamos libres no queremos ser esclavos. Y con esta
respuesta despidieron al embajador de Creso. Sa-
bida por el rey Creso la respuesta de los de Sá-
mos, movido de grandísima ira, deliberó impo-
nerles tributo y mandarles que luego se lo paga-
sen. Pero el embajador que les habia enviado, le
dijo: Jamás podrás sojuzgar á los de Sámos, hasta
que tengas en tu poder á Esopo, por el dictámen
y sabiduría del cual se gobiernan. Y así, señor,
te aconsejo que les envíes á decir, que si quieren
que les hagas libres del tributo, te envíen á Eso-
po, del cual has oído muy grandes maravillas: y
ellos por estar en tu gracia, luego te le enviarán;
y en teniendo tú á Esopo en tu poder, presta-
mente los sujetarás á tu imperio. Puso en ejecu-
cion el rey el prudentísimo consejo del embaja-
dor, enviando á decir á los de Sámos, que si
querian ser inmuees del tributo, que le enviasen
á Esopo, porque tenia de él mucha necesidad.
Los de Sámos, por complacer á Creso, querian

que fuese presto su partida; pero entendiendo Esopo la engañosa intencion del rey, vino al senado, y en presencia de todos dijo estas prudentísimas palabras: O prudentísimo pueblo de la ciudad de Sámos, lo que yo mas intensamente deseo es besar las reales manos de Creso, mas ántes que me aparte, os quiero referir una misteriosa fábula: Antiguamente los lobos movieron cruelísima guerra á las ovejas, las cuales no pudiendo defenderse, pidieron socorro á los perros, los que peleando valientemente las defendian. Empero los lobos discurriendo un agudo engaño, ofrecieron perpetua paz á las ovejas, con pacto que les entregasen los perros en su poder. Y consintiendo las mansas y simples ovejas á la engañosa propuesta de los lobos, hallándose despues sin la defensa de los perros, fueron al último ellas comidas de los lobos.

CAPITULO XXII.



Esopo parte para el rey Creso.

Partió luego Esopo para el rey Creso; viéndole el rey, admirándose que un hombre de tan mala figura bastase á perturbar que los de Sámos no le obedeciesen, le dijo Esopo: muy alto y poderoso príncipe, suplicote te dignes escuchar mis palabras: Un simple cazador yendo á cazar langostas prendió una pequeña cigarra, la cual viendo que el cazador sin causa alguna queria matarla, le dijo: pues yo no destruyo los frutos de la tierra, sino que batiendo mis alas hago mi suave música, con la cual doy alegría á los caminantes: por qué

quieres que muera? Pues en mí solo hallarás voz y oído; cuya justa y benigna razon oída del cazador, la dejó libre: y así, señor, yo te suplico que no quieras que yo muera, pues soy de tan poco valor y libre de culpa; porque ni quiero ni puedo hacer daño á alguno por mi debilidad, mas yo digo desapasionadamente lo que es útil á la vida humana.

Por lo cual movido á misericordia el rey Cresos, le dijo, que no solo le otorgaba la vida, mas aun cualquiera gracia que le pidiese. Con la cual promesa, postrándose Esopo en tierra le suplicó que condonase el tributo á los de Sámos. A la cual súplica consintiendo el rey Cresos, Esopo le dió innumerables gracias; y componiendo despues todas sus sutilísimas fábulas, se las presentó. Y despues de esto con escritura pública le hizo dar la condonacion del tributo, y juntamente otros riquísimos dones. Y navegando con próspero viento, llegó á la ciudad de Sámos, en donde siendo recibido con grandísimo honor y gloria, refirió al senado y puebló de Sámos la condonacion del tributo.

CAPITULO XXIII.



Cuando Esopo comenzó á componer sus fábulas.

Partiendo poco despues Esopo de la ciudad de Sámos, buscó diversas regiones dando á todos esquisitas fábulas y saludables doctrinas. Y llegando á la ciudad de Babilonia, luego que descubrió su sabiduría, fué muy estimado por Licero, escelentísimo rey de ella. Sucedió pues en este tiempo, que enviando los unos á los otros sutilísimas propuestas, el que no sabia interpretarlas quedaba tributario á quien las enviaba: por lo que enviando algunos reyes á pedir á Licero muy intrincadas cuestiones, este por medio de Esopo declarábalas; y así mismo enviando Licero á otros, no

sabiendo estos explicarlas, engrandeci6 mucho Licero su poderosísimo reino.

CAPITULO XXIV.



Esopo adopt6 á Eno, y Eno hizo traicion á Esopo.

Adopt6 por hijo en el mismo tiempo Esopo á un bellissimo j6ven llamado Eno, hijo natural de un gentil hombre: y Eno siendo amado de Esopo escesivamente, se junt6 carnalmente con una servidora del adoptante padre, la cual tenia Esopo por fidelísima consorte. Y temiendo que no le sucediese algun daño de un tan feísimo acto, acus6 falsamente á Esopo delante del rey con unas fugidas cartas, hechas en nombre de otro rey, con

las cuales se ofrecia Esopo á ir á él para interpretar las propuestas. Por cuya falsa acusacion, movido Licero de ira mandó á un valeroso caballero llamado Hermipio, que luego hiciese morir á Esopo. Pero Hermipio teniendo de él intrínseca misericordia, y considerando que podria ser que en otro tiempo el rey tuviese necesidad de Esopo, no quiso matarlo; mas escondióle en una sepultura. Pasado ya algun tiempo de esta oculta situacion de Esopo, el rey Neptanabo de Egipto, entendiendo que ya Esopo habia muerto, envió á pedir á Licero una dificultosa propuesta en esta manera: Neptanabo rey de los egipcios, al rey Licero salud. Porque yo quiero edificar una altísima torre, que no toque en el cielo, ni en la tierra, si me envias maestros que me la edifiquen, seréte tributario por diez años continuos.

Recibidas por el rey Licero las cartas de Neptanabo, movido de grande tristeza, llamó todos los filósofos de su grandísimo reino, buscando el modo de esta sutilísima respuesta. Mas no sabiendo aquellos hallarlo, acordándose el rey del ingenioso Esopo, lloraba amargamente su inconsiderada muerte. Pero viendo Hermipio las doloridas lamentaciones del rey Licero, acercándose á él le dijo de esta manera: Deja, señor, de molestar tu delicada persona, que no ejecuté en Esopo tu cruelísima saña, ántes previniendo ya esta ocasion, le he tenido escondido dentro de un sepulcro. Admirado y lleno de gozo y alegría el rey de un tan señalado servicio, mandó que Esopo fuese traído delante de su presencia, y viéndole tan mortificado, llorando vivas lágrimas, mandó que fuese vestido de muy ricas vestiduras. Y refiriendo despues Esopo la causa por qué fué acu-

sado de su hijo adoptivo; oida por el rey la mal-
 dad de aquel, dió sentencia que padeciese la
 misma pena, que ha de padecer el hijo que á su
 propio padre quita la vida: pero suplicando Eso-
 po por él, le fué perdonado el delito. Dió des-
 pues el rey á Esopo las cartas de Neptanabo: y
 viendo Esopo su contenido dijo á Licero, que
 aceptase la apuesta, y que pasado el invierno le
 enviaria oficiales que le edificasen la torre, y en-
 tónces satisfaras cumplidamente á sus cartas, y
 así poniendo el rey por obra el consejo de Esopo,
 despidió al embajador con aquella respuesta: man-
 dó despues Licero que Esopo fuese restituido en
 la prosperidad primera. Puso tambien en su poder
 á Eno, porque hiciese de él lo que quisiese; pero
 Esopo besando la mano al rey por tan señalada
 merced, á su hijo adoptivo le reprendió con sus
 sutiles persuasiones.

CAPITULO XXV.



Esopo perdona á su hijo, y le da buenos documentos.

Está atento, hijo, á mis salutíferas palabras, y enciérralas en el archivo secreto de tu ofuscado entendimiento: no hay alguno que en el exterior no se le dé consejo; pero en el interior nadie sabe aconsejarse. Acnérdate que siendo hombre estás sometido á los humanos delitos y caidas. Ama primeramente á nuestro señor Dios, y despues á tu rey. Como seas hombre, ejerce los actos de hombre, porque Dios castiga á los que viven injustamente. Grande maldad es ofender á alguno sin causa. Tolera la fortuna con igual ánimo. Mués-

trate afable á los amigos, porque les hagas aumentar su voluntad. Desea que tus enemigos no alcancen aquella prosperidad y fuerza con que quieren dañarte, y á tus amigos mucha prosperidad y abundancia. Habla á tu muger cosas que sean útiles, porque no codicíe otro hombre, que siendo la muger varia y mudable, si no la alhagas, luego se inclina á ilícitos actos: guárdate de todo hombre cruel, que el mal hombre, aunque la fortuna le sea próspera, siempre es malvado y abominable. Seas mas codicioso de oír que de hablar. Refrena la lengua, y habla poco miéntras comas, porque en la mesa no se oye el prudente, pero el necio siempre habla. No seas envidioso á los que favorece la fortuna: pero alégrate de sus prosperidades, porque al envidioso continuamente le roe la envidia. Seas vigilante en la conservacion de tu familia: de manera, que no solo como á señor, sí tambien como á bienhechor te reverencien. Guárdalos de oprobiosa infamia, y con ellos jamas te apartes de la razon. No tengas vergüenza de aprender todos los dias. Guarda no descubras tus secretos, especialmente á la muger, porque continuamente está preparada para difamarte. Lo que ganes hoy, guárdalo para otro dia, porque mejor es en muriendo dejar á los enemigos, que viviendo pedir á los amigos. Reverencia á los superiores y bienhechores, pues el perro siendo irracional busca el pan agasajándoles con su cola. Cosa muy mala es escarnecer al miserable. No ceses de aprender y entender alguna doctrina. Si has tomado algo prestado, devuélvelo lo mas presto que puedas: porque otra vez te lo presten de buena gana. Siempre que puedas hacer beneficio á alguno, no dejes de ejecutarlo. Apártate de la

compañía del maldiciente. Franquea tus secretos solo al amigo muy fiel. Y híz tales obras, que despues de hechas, no te hayas de arrepentir de ellas. Cuando te acometan las adversidades, no desmayes, ántes sufre con resignacion. No des consejo á los malos y perversos, ni imites las costumbres de los hombres malos. Seas misericordioso con los enfermos y peregrinos, porque cuando seas peregrino halles quien te dé posada. El hablar suave es escelente médico para curar los vicios de un ánimo obstinado. Aquel se puede tener por bienaventurado, que tiene un fidelísimo amigo. Y no hay cosa por oculta que sea, que no revele el tiempo. Con estas y otras salutíferas amonestaciones despidió Esopo á su adoptivo hijo, el cual desesperándose poco tiempo despues, se arrojó de una altísima torre; y así acabó sus malaventurados dias.

CAPITULO XXVI.



Como Esopo enseña á los hijos de las águilas.

Llamó Esopo á los falconeros del rey, á los cuales les mandó que le trajesen los polluelos de una águila; y llevándoselos, hízoles atar á los pies unos pellejos de viento, y despues poner en cada uno un muchacho: y subiendo y bajando el cebo, hacia volar alto y bajo las águilas. Y haciéndoles ejercitar cada dia en este ejercicio, pasó el frigidísimo invierno: despues tomando Esopo licencia del rey navegó con próspero viento á Egipto; y presentándose delante del rey Neptanabo, admirándose este en compañía de todos los suyos de la

deformidad de Esopo, viéndole un feísimo monstruo, no pudiendo pensar que en él hubiese alguna sabiduría, olvidándose que el perfectísimo bálsamo muchas veces se halla en vasos viles y despreciables, dijo Neptanabo á Esopo: á quién te parece que me asemejo yo y mis caballeros? Respondió Esopo: al resplandeciente sol y á sus luminosos rayos. Díjole entónces Neptanabo: el reino de Licero comparado al nuestro, qué sería? Respondió Esopo con una disimulada risa: no solo el reino de Licero es próspero como el tuyo; pero aun le sobrepuja en muchas escelencias. Admirándose Neptanabo del presuntuoso hablar de Esopo, le dijo: hazme traído maestros que me edifiquen la torre? Respondió Esopo: muéstrame el lugar donde quieres que se edifique. Entónces Neptanabo le señaló el lugar donde queria que se hiciese el edificio; y el escelentísimo Esopo señalando las cuatro esquinas del lugar donde se habia de edificar la torre, puso las águilas y los muchachos en los pellejos llenos de viento; y subiendo y bajando el cebo, hacia subir y bajar las águilas, y así volando alto y bajo decian los chicos: dadnos cal, piedra, y ladrillos para que podamos edificar la torre. Y siendo este admirable artificio visto por Neptanabo, dijo á Esopo: acaso los hombres tienen alas? Respondió Esopo: y tú, siendo hombre, quieres competir conmigo, que soy semidios? Dijo entónces Neptanabo: ya tengo por declarada mi difícil propuesta. Pero te suplico que me respondas á otra duda que me ocurre. Yo hice traer yeguas de Grecia, las cuales dicen que conciben del relinchar de los caballos de Babilonia. Empero pidiéndole Esopo un dia de término para responder, se fué á la posada, y mandó á los

suyos que le trajesen un gato, el cual siéndole traído por los criados de Esopo, mandó le hiriesen con un palo: y oyendo los egipcios tan crueles golpes, trabajaron en defenderle; pero no pudiendo librarle, acudieron al rey, por razon que ellos adoraban al gato, y le refirieron el nefando delito de Esopo. Mandó Neptanabo que Esopo viniese á su presencia, é increpándole de un tan abominable crimen, respondió Esopo: señor, la causa porque yo hacia herir al gato, es porque esta noche pasada me mató en Babilonia un bellissimo gallo de Liguro, el cual cantando me denunciaba en la tenebrosa noche todas las horas. Dijo Neptanabo: cómo es posible que un gato vaya y venga en una noche de aquí á Babilonia? Respondió Esopo: ménos es posible, engendren las yegnas de Egipto con el relincho de los caballos de Babilonia. Por donde viendo el rey la inaudita prudencia de Esopo, hizo convocar todos los filósofos de su reino; y notificándoles la venida de él, les convidó á todos juntos en una admirable cena: sucedió que cenando todos con grandísima alegría, dijo uno de ellos á Esopo: Dios aborrece los hombres falsos, y por eso cometes tú abominable crimen de venerar tan poco la majestad divina. Dijo otro filósofo: yo he visto un suntuoso templo, el cual estaba sobre una coluna que mantiene doce ciudades, cada una de las cuales es cubierta de treinta firmísimas vigas por donde continuamente discurren dos diformes mugeres. Respondió Esopo: esta cuestion los ignorantes muchachos la saben declarar en Babilonia, porque el templo es la rotundidad de la tierra, la coluna es el año, las doce ciudades son los doce meses, y las dos mugeres son la noche y el dia que su-

cesivamente se siguen, las cuales se dicen diformes por la deformidad y diversidad que tienen. Dijo otro filósofo: qué cosa es la que jamas vemos, ni oímos? A la cual dificultosa propuesta suplicó Esopo al rey, que le diese tiempo para responder hasta el otro dia. Y estando en la posada, hizo un fingido contrato, en el cual el rey Neptanabo confesaba que el rey Liguro le habia dejado dos mil marcos de plata, los que se obligaba restituirselos para cierto tiempo que era ya pasado; y viniendo el dia siguiente al real palacio, donde estaban juntados todos los filósofos, presentó al rey el fingido contrato, requiriéndolo para el cumplimiento; de cuya obligacion, admirándose el rey, pidió á todos sus príncipes, si sabian que Liguro le hubiese presentado aquella cantidad: y respondiéndole todos, que jamas habian visto ni oido tal cosa, respondió Esopo: pues declarada está la propuesta, pues esta es una cosa que jamas la habéis visto, ni oido. Entónces dijo el rey Neptanabo: de justicia deben ser enviados por mí los tributos á Liguro, pues tiene un tan escelente filósofo en su reino; y así despidiendo dentro de poco tiempo á Esopo, envió alegremente el tributo al rey Liguro.

Volviendo Esopo á Babilonia contó al rey Liguro todo lo que habia sucedido en Egipto, y presentóle el tributo de Neptanabo: en vista de lo que mandó el rey, que á imágen de Esopo fabricasen de aquel oro una perfectísima estatua.

CAPITULO XXVII.



Como Esopo fué á Grecia.

No pasó mucho tiempo, que deseando ver Esopo el fértil y bellissimo imperio de Grecia, suplicó al rey le diese licencia para hacer su peregrinacion, prometiéndole volver prestamente, y emplear en su servicio todo lo restante de su vida. A la cual súplica consintiendo el rey, hizo su deseado viage: así paseando bien todas las bellisimas ciudades de Grecia, comunicando su altísima inteligencia, alcanzó grandísimo honor y fama: y finalmente llegando á la ínclita ciudad de Delfos, viendo que era poco apreciado de los habitantes

de ella, les habló en esta forma: O sapientísimos hombres de la famosísima ciudad de Delfos, pareceme que sois semejantes al árbol, que cuando está plantado en tierra, parece grande, mas si fuese puesto en el mar, pareceria una pequeña yerba. Así estando yo ausente de vosotros, pensaba que sobrepujabais en sabiduría á todos los hombres; pero ahora que os veo, estoy cierto que sobrepujais en ignorancia á todos los vivientes.

CAPITULO XXVIII.



Como Esopo fué condenado á muerte.

Oidas estas oprobiosas palabras por los de Delfos, concibieron contra Esopo grandísima ira, diciendo: este estando ensoberbecido de la estima-

cion que ha tenido en las otras ciudades, se elevará con sus fábulas, similes y metáforas en tanta elevacion y soberbia, que querrá usurpar entre todos nosotros la suprema dignidad de nuestra escelentísima ciudad; y por lo tanto concertaron entre ellos de matar á Esopo, maquinando un engaño, imponiéndole que habia incurrido en crimen de sacrilegio; y buscando oportunidad, le pusieron escondida entre su ropa una riquísima copa del templo de Apolo. Pero Esopo no sabiendo el engaño de aquellos, partió para la ciudad de Fócida, y siguiéndole los de Delfos con grandísimo ímpetu lo prendieron: y hallada entre su ropa la bellísima copa, culpándole de un tan nefando crimen, le condenaron á ignominiosa muerte. Y queriéndole arrojar de la cumbre de un altísimo monte, suplicándole Esopo, que le escuchasen un poco, comenzó á entonar con dolorida voz estos salutíferos ejemplos. En el tiempo que los animales irracionales estaban en pacífica tranquilidad y concordia, confederándose el raton con la rana, la convidó á cenar, y estando en un secreto aposento, en donde habia pan, miel, higos y muchas otras delicadas viandas, dijo el raton á la rana: elige de todas estas delicadas viandas la que fuere mas de tu gusto. Así comiendo con grandísima jovialidad y alegría, pidió despues en retorno la rana al raton que, pues él la habia convidado á un solemne convite, viniera con ella á pasearse por una espaciosa balsa; y para que pasase segura atase su pié con el de ella, de forma que sin algun recelo llegase á suutnosa posada. El ignorante y grosero raton, dando fé á las engañosas palabras de la rana, ató su pié con el de ella; y saltando prestamente la falsa rana en el

agua y nadando con grandísima velocidad por la profundísima balsa, trabajaba en ahogar al miserable raton: por lo que dando espantosos gritos, quejándose del inicuo engaño de la rana, fué oido del gavilan, y viendo las dos en el agua, fueron finalmente por él devoradas. Así vosotros, que ejercitais en mí sin causa alguna vuestra cruelísima ira, seréis devorados en venganza mia por los de Grecia y Babilonia. Los cuales oyendo las amenazas de Esopo, no cuidaron de soltarlo, ántes procuraron llevarlo al suplicio prevenido. Pero forcejando y repugnando Esopo, huyó de las manos de aquellos, y fuese al templo de Apolo; y subiéndole sobre el altar para salvarse, no le aprovechó, porque los de Délfos por fuerza y cruelmente se lo llevaron del templo, y con grande ímpetu y cruelísima ira lo llevaron á matar. Y viéndose Esopo l'evar así con tanta vergüenza y deshonor, dijo: ciudadanos de Délfos, no miréis á mí, mas mirad que deshonorais la casa de Apolo, dios vuestro, en el cual me habia retraido por salvarme, y vosotros me habeis sacado de ella, guardándole poco honor y respeto. Y no queriendo escuchar sus palabras, muy velozmente lo llevaron á la cruelísima muerte; mas no obstante él les dijo: ferocísimos hombres de Délfos, atended á mis justas amonestaciones. Un labrador envejeciéndose en sus campos deseoso de ver la poblada ciudad, suplicó á sus parientes que le llevasen á ella, por lo que metiéndole en un carro, tirado por dos asnos, le mostraron el camino de la ciudad, diciéndole, que no podia errarle, mas conmoviéndose una turbulenta revolucion de viento, oscurecida la tierra por la conmocion del polvo, erró el camino, y pensando ir á la ciudad por

ancha y segura senda, fué llevado por los asnos á un peligroso despeñadero; el cual viéndose en tan grande peligro, levantando las manos al cielo dijo estas palabras: ó inmortal Júpiter, no sé en que he ofendido tu magestad, que así has querido sea despedazado por ignominiosos asnos. Atended aun, ó cruelísima gente de Delfos, á esta sucinta similitud mia. Un hombre amando deshonestamente á su hija, envió su muger á casa de su hermana, y quedando solo con su hija le hurtó la virginidad: pero viéndose la dolorida doncella así violada por su padre, le dijo: mas presto eligiera recibir este daño de todos cuantos hombres son en toda la tierra, que de tí que eres mi padre: así dijo Esopo, elegiria mas presto sujetarme á todos los peligros del mar, que morir por vuestras manos con oprobiosa infamia: por lo que suplico á los inmortales dioses, pues yo muero inñune de culpa, que hagan de mí cruelísima venganza. Mas la ferocísima gente de Delfos no queriendo oírlo, lo arrojaron de lo alto del monte; y así acabó el sapientísimo Esopo sus desgraciados dias. Emperó tan grandísima hambre y peste despues de su muerte vino á los de Delfos, que jamas pudieron alcanzar remedio de los inmortales dioses, hasta que hicieron á Esopo una bellissima imágen: castigando cruelísimamente á los que habian causado tan injusta muerte.

NOTA DEL EDITOR.

Esopo vivió en tiempo de Solon el año 575 antes de la era cristiana, y en el reinado de Creso, último rey de Lidia. El primer maestro que tuvo Esopo fué Damarto, natural y vecino de Atenas, donde aprendió la pureza del griego. Fué hecho esclavo, como hemos visto: pero su alma se mantuvo libre é independiente de la fortuna. El filósofo Xanto empezó á conocer la viveza de su ingenio; pero se ha de advertir, que tuvo otro amo llamado Jadmon, y á este último debió Esopo su libertad. Algunos creen, que Esopo es el que bajo el nombre de Locman se ha hecho tan célebre entre los orientales. Platon da lugar á las fábulas de Esopo en su república. Las dejó este escritas en griego, Laurencio Valla las tradujo al latin, de cuya traduccion han corrido en manos de los niños tan desfiguradas, que seguramente no las conoceria su mismo autor: y lo que mas con un castellano semi-bárbaro ó aleman, pues de él apenas se podia sacar, ni el sentido de las palabras, ni el contesto de la oracion. Nosotros movidos de la utilidad que puede resultar de este libro á los niños, lo hemos impreso corrigiéndolo del mejor modo que hemos podido, esperando disculpen los eruditos los defectos que hallaren; asegurándoles que no se ha podido hacer todo de una vez, y que enmendaremos lo restante en otra impresion.

FÁBULAS
DE ESOPPO.



El Gallo y la Margarita.

El gallo buscando de qué comer, halló una piedra preciosa en un lugar inmundo; y viéndola en tal lugar, dijo así: O inestimable piedra! ¿En el estiércol yaces de esta manera? Si algun codicioso te hubiera hallado, con qué gozo te hubiera recibido, y así habrias vuelto á tu primer estado: pero yo en valde te hallo en este lugar; pues mas busco aquí alguna cosa de que comer, que á tí: por lo que ni yo aprovecho á tí, ni tú á mí.

Refiere Esopo esta fábula contra aquellos que leen este libro, y no lo entienden, los cuales no conocen el valor de una tan admirable y preciosa margarita.

No entender lo que se lee, es la mayor ignorancia.



El Cocinero y el Perro.

Entró un perro á una cocina; y aprovechando la ocasion de estar ocupado el cocinero en otro objeto, pilló un pedazo de carne y se escapó. Vióle el cocinero huir con su presa en la boca, y le dijo: tú me la has pegado hoy impunemente, pero en adelante estaré mas alerta, y te aseguro que no me engañarás segunda vez: no me has

robado un pedazo de carne, ántes bien me has regalado tantos, cuantos guardará mi vigilancia.

El malo muchas veces dañando á su semejante le hace un favor, pues escarmentado una vez se guarda de sus trazas.



El Oso y las Abejas.

Un oso acosado del hambre salió del bosque para buscar de que comer. Acertó á topar con unas colmenas, y se detuvo á irlas lamiendo. Salió una abeja que con su agudo aguijon picó dolorosamente la oreja del oso, hasta hacerle salir sangre. Irritado este del agravio se revolcó, y derribó por tierra todas las colmenas. Entónces las abejas salen de sus casas furiosamente, se

encarnizan en el oso, le hacen de todo el cuerpo una llaga; vengándose así de los perjuicios que en sus haciendas habia causado su enemigo, quien avergonzado de su derrota tuvo que huir, condenándose á sí mismo por su arrebatado movimiento que tantos enemigos habia llamado á su contra.

Muchos osos hay en el mundo que por el solo orgullo de vengarse de un enemigo, se atraen mil otros, de cuyas picaduras salen mal parados.

El Topo y su Hijo.

Un labrador perseguia un topo con el intento de matarle. Este que como todos los de su especie era ciego, podia apenas dirigir sus pasos al agujero donde vivia. Padre mio, díjole su hijo, es imposible que os salveis si no hay quien os acompañe. Seguidme, asíos de mi brazo, que os conduciré á casa. Ah hijo mio, respondió el cuitado animal, cómo podrás serme buena guia, si no ves tú mas claro que yo?

Muchos son ciegos en la casa propia que quieren ver claramente en la agena, y que quieren hacer del importante ofreciendo servicios que no pueden prestar.



Los Pasajeros y el Piloto.

Una nave impelida de los vientos fué á estrellarse contra una costa, donde se abrió de por medio. Estaba para sumergirse en las ondas; y los pasajeros que iban en ella no hacian mas que gritar, llorar y desesperarse. Siendo así que hubieran podido tentar algunos medios para salvarse, el temor tenia sus facultades tan embargadas, que no hacian mas que levantar las manos al cielo implorando el favor de los dioses. Entretanto el piloto les decia despojándose de sus vestidos: amigos, aunque es muy santo y muy bueno tender los brazos á Júpiter, tambien lo es en las circunstancias en que nos hallamos el tenderlos al

mar. Y dicho esto se arrojó á las olas, y fué tan dichoso que logró con poco trabajo ganar la costa, desde donde vió que la mar se engulló la nave y los pasajeros con todos sus votos y deprecaciones.

Esta fábula habla con aquellos que con los brazos cruzados lo esperan todo del cielo, sin hacer los medios para lograr lo que desean.

La mala Vecina.

Una muger disputadora buscaba siempre riñas con sus vecinos, y siempre sin motivo. Enfadados estos de tantas impertinencias se quejaron á su marido. Qué muger teneis tan ruin! No hace mas que gritar, alborotar toda la vecindad con su mala lengua en todo el dia. Vaya, es preciso que nos deis un medio para saber como se ha de vivir con ese diablo en forma humana. Dadme el medio, respondió el aturullado marido, para saber como tengo de vivir con ella, yo que tengo de pasar en su compañía no solo los dias, sino las noches enteras.

El que pide un medio para librarse de un mal al que lo padece, y no puede librarse de él, es como la vecindad que pedia al marido un consejo para evitar la mala indole de su muger.



El Asno, su hijo, los lobos y los perros.

Estaba el asno enfermo de cuidado, y cuando empezaba á dar alguna esperanza de curar, se habia esparcido la voz entre los lobos y perros de que presto tendrian que llevarlo á enterrar; y animados de esta noticia fueron á casa del enfermo con la esperanza de aprovechar su piel. Brujuleando por las rendijas de la puerta del cuarto donde yacia el pobre, asno vieron á su hijo. Muchacho, le gritaron entónces estos buenos amigos, dínos, como está tu señor padre; pues su mal nos tiene en suma inquietud. Amigos, respondió el borriquillo, mejor de lo que quisierais vosotros.

Respuesta excelente, sin embargo de ser de una

bestia. La misma se pudiera hacer á muchos que esperando algun legado de algun pariente ó amigo, se manifiestan muy cuidadosos de su salud.

El Erizo y la Serpiente.

Un erizo perseguido por algunos cazadores se refugió en la rendija de una roca, donde solia habitar una serpiente, á quien suplicó muy humildemente le permitiese pasar el tiempo del peligro, lo que consiguió fácilmente. Retirados los cazadores, la serpiente á quien incomodaban las punzadas que á menudo recibia de su huésped, le dió á entender con mucha cortesía que podia retirarse sin riesgo, suplicándole que le dejase espedita su rendija. Yo salir? respondió el otro. Dios me libre. Sepa usted, señor insolente, que tanto derecho tengo yo aquí como usted. Como el erizo era el mas fuerte, valió su razon.

La serpiente calló, é hizo bien: y tal debiera hacer cualquiera cuando las ha de haber con el que tiene la fuerza en la mano.



El Hombre y la Fortuna.

Un jóven dormía profundamente sobre el brocal de un pozo. Vióle la fortuna, que pasó por allí por casualidad: y en vista del peligro en que se hallaba el descuidado mozo, corrió hácia él y asiéndole del brazo le despertó. Amiguito, le dijo, si hubieses caído en el pozo, nadie hubiera hecho escrúpulo de echarme á mi la culpa: mira sin embargo cual de los dos la hubiera tenido.

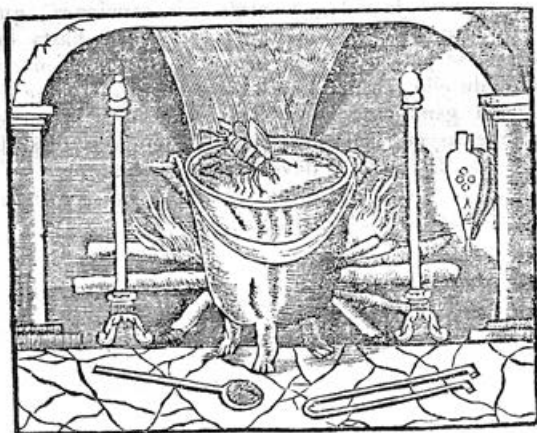
Cuántas veces acusamos á la fortuna con igual sinrazon.

La Mula.

Una mula fresca y rolliza no cesaba en su juventud de hablar con mil alabanzas de su madre

la yegua. Pero despues cuando en su vejez se vió reducida á sufrir los frecuentes palos de su conductor, y á llevar el trigo al molino, ya mudó de conversacion. Acordóse entónces del asno y reconociólo muy humilde por su padre.

Del mismo modo elevados muchos hombres á una clase que no les corresponde, se olvidan de su origen; pero cuando la fortuna les ha precipitado otra vez á su primer estado, vuelven á acordarse de su nacimiento.



La Mosca.

Una mosca que pasaba por muy comilona, entró en una cocina, y para saciar completamente su hambre y su sed, se zambulló dentro de una

olla, donde bebió y comió con tanto exceso, que reventó por fin.

Tambien no faltan hombres, que se sumergen en los placeres, y los placeres acaban con ellos.

El Milano y el Rruiseñor.

El milano hambriento tenia ya en sus garras á cierto rruiseñor. Hermano milano, le dijo este, perdóname la vida, y oirás mis canciones, que han de dejarte pasmado. Ya sabes que hasta los dioses se placen en escucharme. Estoy tan convencido de ello, respondióle el ave de rapiña, que de buena gana escucharía tus habilidades si en el momento no necesitara mas de comida que de música. Dicho esto devoró al pobre cantor.

Esto quiere decir que el hambre no se satisface con canciones y bellos discursos.



El Águila y la Corneja.

Un águila tenía entre sus garras una ostra, y se esforzaba á romper con el pico el hueso que encierra aquel animal; pero en vano. No sacarás nada de tus esfuerzos, gritó una corneja que moría de envidia para aprovecharse de la presa: remóntate en el aire tanto como puedas, y deja caer la otra en el suelo, y ha de romperse sin remedio. Aprobó el águila esta propuesta y siguió el consejo de su amiga, la cual halló en esto su ventaja, pues habiéndose el ostra hecho pedazos corrió á sacar de dentro la carne, riéndose á carcajadas de la credulidad del águila.

Cuidado con quien te aconsejas, pues el con-

sejero quiere muchas veces sacar su partido, mas que sacarte del apuro.

La Liebre y la Perdiz.

Una liebre forcejeaba inútilmente para desasirse de los lazos en que acababa de enredarle un cazador. Amiga, le gritaba la perdiz en tono burlon, qué has hecho de tus pies, de cuya ligereza tanto te jactabas? Esta es la ocasion de hacer valer la velocidad de tu corrida, aprovéchala. Vamos, escápate, traspasa en cuatro saltos esta llanura. De esta manera se chanceaba, pero poco pudo durar su diversion; pues mientras se reia de la desgracia agena, el milano la descubre, se precipita á ella, y la arrebató consigo.

Asi no rien siempre los que celebran las desgracias de sus semejantes. Muchos rien hoy, que mañana merecerán mas compasion que el objeto de su burla.



El Perro inquieto.

Hubo un perro muy inquieto que mordía á cuantos pasaban por la calle. Avisado su amo de aquel desórden, le colgó un palo en el cuello á fin de que fuese para todos una señal de que se guardasen de él. El perro se creyó que le habian puesto aquella insignia para honrarle y distinguirle de todos los demas perros, por los méritos que le adornaban, y preocupado con esta idea se iba á pasear por la ciudad muy tieso y pagado de sí, mirando con el mayor desprecio á sus compañeros. Uno de estos ofendido de su ridícula vanidad: pobrecito, le dijo, ¿quién te ha puesto en la cabeza gastar tanto orgullo por aquello mismo que

deberia humillarte? ¿No sabes que la insignia que traes, es mas una señal de tu picardía que de tu valor?

Muchos hombres como este perro se jactan de aquellas acciones que ménos honor les hacen.

El Milano.

Muy diferente era ántes la voz del milano de lo que es en el dia. Hé aquí porque estraña aventura llegó á ser tan desagradable, aunque primero era muy dulce y sonora. Una vez oyó el relincho de un caballo, y pretendió relinchar tan bien como él; pero por mas que gastó muchos dias en aprender la nueva voz, nunca pudo llegar á imitarla. Lo peor es que á fuerza de querer remedar la voz del caballo, perdió la suya, no produciendo desde entónces sino sonidos roncós y espantosos.

Jamas satisfechos de lo que nos da la naturaleza, tambien los hombres quieren contraer habi- tudes que los deshonran en vez de perfeccionarlos.



El Lobo y el Cordero.

El cordero y el lobo cada uno por su parte vinieron á beber en un rio. El lobo bebia arriba, y el cordero mas abajo, y mirando el lobo al cordero, dijole: ¿por qué me has enturbiado el agua entretanto que yo bebia? Respondió el cordero con paciencia: ¿cómo te pude yo enturbiar el agua que corre de donde tú bebiste á donde yo bebia? El lobo no cuidando de la verdad, ni de la razon, dijole: y por eso me maldices? Respondió el cordero: no te maldije yo. Mas el lobo mirándolo con malos ojos, dijo: seis meses hace, que me injurió tu padre. Y respondió el cordero: yo en ese tiempo aun no era nacido. Entónces

dijo el lobo: ¿por qué me has destruido mi campo paciéndome lo? Dijo el cordero: por cierto aun no tengo dientes para pacer, y no te he hecho daño alguno. Finalmente díjole el lobo: aunque no pueda soltar tus argumentos, yo quiero devorarte. Y así tomando al cordero inocente, quitóle la vida y comiólo.

Esta fábula significa, que cerca de los malos y falsos no tienen lugar la verdad, ni la razon; ni vale otra cosa con ellos, sino la fuerza. Semejantes lobos se hallan en cada lugar, los cuales por tiranía buscando ocasiones, beben la sangre y asan de los inocentes y pobres.

Poco aprovecha la verdad y razon con los malos y perversos.

El Perro y la Oveja.

El perro pidió falsamente á la oveja cierta cantidad de pan, que dijo habérselo prestado. La oveja lo negó, sobre lo cual contendiendo, se fueron al juez, ante quien fué propuesta la demanda por el perro pedida, y negada por la oveja. El perro se ofreció á probarlo con testigos dignos de fé, é hizo concierto con el lobo, con el buitre y con el milano, que atestiguasen la verdad. Presentado el lobo por testigo, dijo: sé que el pan que pide el perro á la oveja, se lo prestó. Y el buitre dijo: ¿por qué niega la oveja el pan que recibió prestado? El milano afirmó, que estaba presente; por lo cual condenó el juez á la oveja, compeliéndola á que volviese el pan con las costas. No teniendo la oveja de que pagar,

aunque era ya invierno, se hubo de trasquilar su lana; con la cual pagó el pan que no debía, pasando aquel invierno con harto trabajo y frío.

Quiere decir esta fábula, que los hombres malos, buscando falsos testigos mueven pleito á los buenos, y hacen mucho mal y daño á los inocentes, y á los que poco pueden.

Condicion es natural de los malos, mover pleitos falsos á los inocentes y buenos.

El Leon, la Vaca, la Cabra y la Oveja.

La vaca, la cabra y la oveja tenían compañía con el leon, y como andando por las sierras tomasen un ciervo, partiéronlo en cuatro partes; y queriendo cada uno tomar la suya, dijo el leon: la primera parte es mia, pues me toca como á leon; la segunda me pertenece, porque soy mas fuerte que vosotros; la tercera me la tomo, porque corrí mas que todos; y quien tocara la cuarta parte, me tendrá por su enemigo; y así tomó todo el ciervo para sí.

Esta fábula advierte, que no tome el hombre compañía con quien es mas que él, porque el trabajo es para los menores, y el provecho para los mayores.

Debe el hombre tomar compañía con sus iguales: pues como dice el adagio catalan, ni de bur-las, ni de veras ab ton senyor partirás peras.



El Raton, la Rana y el Milano.

El raton queriendo pasar un rio, pidió ayuda á la rana, la cual se le ofreció, y dijo: que estaba contenta de pasarlo con mucho gusto. El imaginando entre sí de ahogarle y matarle, dijole: para que pases mas seguramente, ata tu pierna á la mia; y el raton creyendo á sus palabras dejóse atar con ella, y llegando en medio del rio, comenzó la rana á meterse dentro del agua para ahogar el raton, el cual puso todas sus fuerzas para tenerse encima del agua. Estando ellos así en porfia, vino un milano, y arrebató con sus uñas al raton que nadaba sobre el agua, y llevó consigo á la rana que con él estaba atada, y así los despedazó y comió á entrámbos.

Significa esta fábula, que los que piensan mal é intentan dañar á los otros y lo pouen por obra, á veces se destruyen á sí mismos.

El Sol y el Ladron.

Los amigos de un ladron le buscaban una muger para que tuviese hijos, y un sabio les dijo este ejemplo. En una ocasion el sol quiso tomar muger, y casarse con ella; de lo cual sintiéndose agraviadas todas las naciones, queriéndolo estorbar, fueron á Júpiter, diciendo que no debia casarse el sol, porque se haria gran perjuicio á todos ellos. Júpiter movido á compasion les pidió las causas de su daño; y uno de ellos se levantó ante Júpiter, y dijo: las causas son estas, ahora no tenemos mas de un sol, y él solo con su calor nos molesta y enoja en tanto grado, que cuasi nos quema. Y si es así ahora, ¿cómo lo podríamos aguantar, si él tuviese hijos?

Quiere decir esta fábula, que los hombres no deben complacer á los malos y perversos, antes deben echarlos de sí.

No debe el mal aumentarse, sino disminuirse.



El Perro y el pedazo de carne.

El perro teniendo un pedazo de carne en la boca, pasaba por un río, en el cual vió la sombra de la carne que él llevaba, pareciéndole aquella mayor que la que tenía: abrió la boca para tomar la sombra, que en el agua parecía; y así se le cayó el pedazo de la carne, y llevóselo el río, y quedó sin lo uno y sin lo otro, perdiendo lo que tenía, pensando alcanzar lo otro que le parecía mayor, lo cual no pudo coger.

Esta fábula significa, que no debe el hombre envidiar lo ageno y dudoso, y dejar lo suyo que es cierto, aunque lo que codicia parezca mayor. Y así segun el comun proverbio, quien todo lo

quiere, todo lo pierde; muchas veces pierde el codicioso lo que tiene en su poder, queriendo tomar lo ageno.

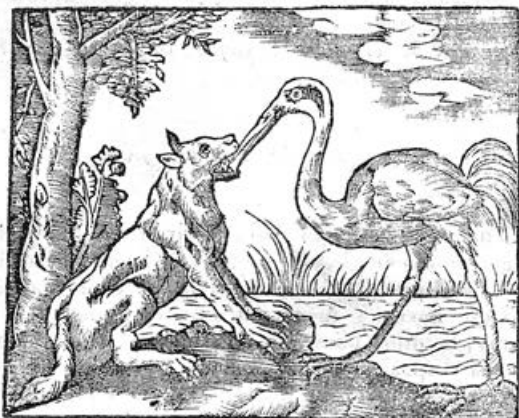
No debe el hombre dejar lo cierto por lo dudoso.

Las dos Perras.

Una perra estando para parir y no teniendo lugar en donde, logró de otra con buenas palabras que la dejase parir en su cama: y como ya estuviese buena y fuerte, la otra de quien era la cama, le dijo: pues habia ya parido, y estaba en buena disposicion para poderse ya ir con sus hijos, que se fuese en buen hora. Y la perra recibida, le respondió que no queria. Despues como ella vió esto, comenzó de pedir su cama con mas ahinco, amenazándola si no salia de ella. Y la otra con gran saña respondió: ¿por qué me turbas y me injurias? Si fueres mas poderosa, y pudieres mas que yo y que mi compañía, dariate la cama, y no de otra manera.

Esta fábula nos avisa, que no demos lo que tenemos para nosotros mismos á otros, movidos de la lisonja; porque debajo de la miel, viene á veces la hiel y amargura.

No deben ser creidos los lisongeros, porque á veces debajo de palabras halagüenas está el engaño.



El Lobo y la Grulla.

El lobo comiendo carne, atravesósele en la garganta un hueso, y pidió á la grulla, que pues ella tenia bien largo el cuello, le quisiese quitar aquel hueso, prometiéndole por ello muchas dádivas, la cual movida de los ruegos y prometimientos le sacó el hueso, y así guareció el lobo. La grulla pidiéndole que le pagase su trabajo, y cumpliесе lo que le prometió, el lobo le respondió: ó ingrata y desagradecida, no sabes que tenias tu cabeza dentro de mi boca, de manera que te pudiera degollar si quisiera, y te la dejé sacar sin hacerte mal ninguno? ¿y no te parece que te hice gran bien en ello? ¿qué me pides pues ahora?

Esta fábula nos demuestra, que hacer bien á los malos no aprovecha, porque nunca se acuerdan del bien que reciben.

Los malos nunca conocen el bien que les hacen.

El Leon y el Asno.

Un asno encontró un leon, y díjole en tono burlesco: Dios te salve hermano, y rióse de él. El leon indignándose de sus palabras, dijo entre sí: no quiera Dios que con su sangre ensucie mis dientes, aunque debia dejarle despedazado.

Significa esta fábula, que debemos perdonar á los ignorantes y necios.

El Águila, el Caracol y la Corneja.

Una águila tomando con las uñas un caracol, remontó su vuelo con él, la cual no podia quebrantarlo porque se encogia adentro. Vino allí la corneja, y comenzándola á alabar, díjole: por cierto muy buena cosa traes; mas si no usas de ingenio, no te aprovecharás de cosa alguna. Entónces el águila, prometiéndole parte de la caza, le rogó que le aconsejase. Entónces le dijo la corneja de esta manera: vuela muy alto y déjalo caer sobre alguna peña, y así se quebrará la cáscara de él, y de esta manera comerémos de tu caza. Y por este mal consejo pereció el caracol, el cual estaba bien escondido y cubierto de la concha.

Quiere decir esta fábula, que muchas cosas se

hacen por arte, prudencia y consejo, que no se harian con fuerza.



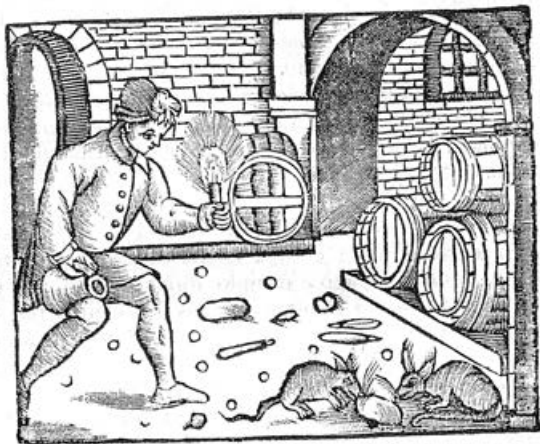
El Hombre y la Culebra.

Un tiempo de invierno, como hiciese grandes frios y heladas, un buen hombre, movido de piedad, acogió en su casa una culebra, la cuidó y mantuvo en todo aquel tiempo. Viniendo el verano, comenzó de hincharse y emponzoñarse la culebra, y moverse contra el hombre, el cual viendo su ingratitud, le dijo que se fuese en buena hora de casa, y la culebra en lugar de obedecerle, se volvió contra él.

Nos muestra este ejemplo, que los ingratos y malos, mas se mueven á enojar aquéllos que les

hacen bien, que á mostrárseles agradecidos; por la miel, les dan veneno; por el fruto, pena; y por la piedad, engaño.

La buena obra hecha al ingrato, no solamente es perdida, mas siempre da mal por bien.



Los Ratones.

Un raton que vivia en una ciudad, andando por un camino, fué recibido en una posada, convidado de otro raton que vivia en el campo, y en su casilla le dió á comer bellotas, habas y cebada con muy buena voluntad. Despues se fué, y volviendo por allí otra vez, rogó al raton del campo, que fuese con él á la ciudad á divertirse, el cual condescendió á lo que él pedia, y estando entrambos en la ciudad, entraron á una cámara

honesta en el palacio donde moraba el raton, la cual estaba llena de todas viandas; y mostrando todo esto el raton de la ciudad al otro, díjole: amiga, come de todas estas viandas que tengo en abundancia y me sobran cada dia. Y estando ellos comiendo con alegría, vino subitamente el dispensero, y abrió la puerta con grande estruendo, de lo que los ratones espantados, comenzaron á huir cada uno por su parte. Y como el raton de casa tuviese lugares conocidos para esconderse, presto se puso en cobro: el otro que no sabia como escaparse, subió por una pared arriba con miedo de la muerte, y así se defendió bastante turbado. Salió el dispensero de la cámara, y cerrada la puerta, los ratones volvieron á salir. Entónces dijo el raton de la ciudad al del campo: cómo te turbaste así, amigo, cuando huías; vente acá y comamos, ya ves cuántas viandas y deleites tenemos, y no hayas miedo, acá no hay peligro ninguno para nosotros. Respondió el raton aldeano: tú que no has miedo, come todas estas cosas que tienes, pues no sientes esta turbacion y espanto por estar acostumbrado. Yo vivo en el campo alegre y contento con mis pocas cosas, y no me turba ni espanta cosa alguna. Tú tienes mucho cuidado, y ninguna seguridad. Tu serás cogido en la ratonera ó en algun lazo, ó serás comido del gato, y en fin eres aborrecido de todos.

Esta fábula increpa y redarguye á aquellos que se allegan á los mayores, para tener algunos deleites, pues mas seguros vivirán en sus casillas, que en las casas grandes de los ricos; porque la pobreza alegremente tomada mas segura es que la riqueza; la cual causa al hombre muchas turbaciones y tristezas.

Mejor es tener pobreza en paz, que riquezas con turbacion y espanto.



El Águila y la Raposa.

El águila robó y tomó á la raposa los hijos, para dar de comer á los suyos. La raposa siguiendo al águila rogábale que le diese los hijos, y viendo el águila que ella era poderosa, y la raposa humilde y pequeña, no hizo caso de ella y la menospreció. La raposa llena de furor trajo fuego y muchas pajas, y cercando el árbol donde estaba el águila con sus hijos, puso fuego; y como el humo y la llama ya llegaban á quemar el nido, forzada el águila, á causa de que sus hijos no se quemasen, tomó y dió á la raposa los suyos sin lesion alguna.

Y así nos enseña esta fábula, que no hagamos mal á los pequeños, porque no se venguen de nosotros; pues de muchas maneras puede molestar el menor al mayor, y allende seríamos castigados de la llama y fuego de la justicia divina por ello.

Los grandes no deben hacer mal á los pequeños, porque muchas veces se vengan de ellos.



El Cuervo y la Raposa.

Un cuervo tomando de una ventana un queso, levóle encima un árbol. Como lo viese la raposa, deseando tomárselo, con palabras engañosas comenzóle de alabar, y decir de esta manera: ó ave muy hermosa, no hay en todos los volátiles quien

sea semejante á tí, así en el resplandor de tus plumas, como en la disposicion y belleza. Si tuvieses la voz clara, no habria entre las aves quien te llevase ventaja. Y él gozándose de la vana alabanza, y queriendo complacer á la raposa y mostrarle su voz, comenzó á cantar, y abriendo la boca, cayósele el queso que tenia en ella, y ántes de llegar en el suelo, la raposa lo tomó, y en su presencia lo comió luego. Entónces el cuervo pagó la pena de la vana alabanza.

Amonesta esta fábula, que ninguno debe oír, ni creer las palabras engañosas de vana alabanza, porque la vana y falsa gloria causa y trae verdadero enojo y dolor.

Quien te lisongea, te quiere engañar.



El Leon, el Puerco, el Toro y el Asno.

Al leon estando enfermo, viejo, sin fuerzas y muy cercano á la muerte, llegó á él un puerco montés con saña que tenia contra él, por haberle herido é injuriado alguna vez, y lo hirió y se vengó del leon. Desde á poco vino el toro, é hiriólo muy cruelmente con sus cuernos; finalmente llegó el asno, y dióle un par de cosas en la frente. Y viendo esto el leon, con gran suspiro dijo así: cuando yo estaba sano, y en mis fuerzas y poder, todos me temian y honraban, de manera que la mia fama espantaba á muchos: pero ahora todos están contra mí. Cuando mis fuerzas y poder perecieron, toda mi honra pereció con ellos.

Amonesta Esopo con esta fábula, que los que están en alguna dignidad sean mansos y benévolos, pues deben temer, que pueden caer de ella; y si no tienen amigos, no hallarán quien les ayude, ántes todos á los que enojaron, se vengarán de ellos, viéndolos caidos.

Los que son constituidos en grandes dignidades, sean benévolos; para que si cayeren de tal estado, hallen amigos.



El Asno y la Perrilla.

Un asno continuamente veía como su señor halagaba y acariciaba mucho una perrilla, por las fiestas que ella le hacía. Y dijo entre sí: si á este animal tan pequeño y tan inmundo, mi señor en

tanto grado lo quiere y estima, y no ménos toda su familia, cuanto mas me amaré si yo le hago algun servicio y alguna fiesta, pues yo soy mejor que ella; así podré mejor vivir y alcanzar mayor honra. Y estando el asno en esto, viendo que el señor venia y que entraba en casa, salió del establo, y corrió para él, rebuznando y echando pernadas y coces; y saltando sobre él, puso las manos y patas sobre los hombros del señor, y con la lengua á manera de la perilla, comenzó de lamerle, y á mas de fatigarle con su gran peso, le ensució las ropas de lodo y polvo. El señor espantado de aquellos juegos y halagos del asno, llamó y pidió socorro y ayuda. Su familia oyendo las voces y clamor, vinieron, dieron de palos y azotes al asno, y quebrantándole las costillas y miembros lo volvieron al establo, y lo pusieron allí bien atado.

Esta fábula significa, que ninguno se debe entrometer en las cosas que no le pertenecen, pues lo que la naturaleza no le da, no le conviene; y así el necio pensando que complace, causa disgusto y enfado.

Nadie debe hacer mas de lo que sabe.



El Leon y el Raton.

Estando un leon durmiendo en la falda de una montaña, los ratones del campo, que andaban jugando, llegaron allí, y uno de ellos acaso saltó sobre el leon, y este le cogió. El raton viéndose preso, suplicaba al leon que tuviese misericordia de él, pues no habia errado por malicia, con voluntad, sino por acaso, por lo que pedia humildemente perdon. El leon viendo que no podia tomar venganza de aquel raton, por ser cosa tan pequeña, y que el matarle antes le seria crimen é ignominia, y no gloria ni alabanza, pues adquiere mayor gloria el que da libertad á alguno, pudiéndolo matar, que no el matarle; dejóle ir

sin hacerle mal. El raton se fué, dándole muchas gracias. Despues de algunos dias el leon cayó preso en una red, y viéndose así alcanzado, comenzó de rugir con mucho sentimiento y dolor. Y como el raton mismo oyese este clamor, fué y preguntóle: ¿qué cosa le habia acaecido, y qué mal era de que tanto se sentia? Y conociendo que estaba preso en aquella red y lazo, dijole: O señor, toma buen esfuerzo, pues no es cosa de que debas temer; yo me acuerdo del bien que de tí recibí, por lo cual te quiero volver el servicio y fervor. Y así comenzó de roer con sus dientes y romper los ligamentos, ataduras y lazos en aquellos lugares y partes donde conocia que era necesario para deshacer y desatarlo, de manera que poco á poco sacó al leon libre y exento de aquella prision, y lo puso en libertad.

Quiere decir esta fábula, que ninguno presume menospreciar y dañar á los menores, pues algunas veces acontece á los mayores, que han menester á los menores, y se sirven de ellos: porque el que no basta á hacer mal al poderoso, algunas veces le puede aprovechar.

No deben los mayores menospreciar á los menores, porque en algun tiempo los han menester.



El Milano y su Madre.

El milano estando enfermo largo tiempo habia, ya desesperado de la vida, rogaba á su madre con lágrimas que hiciese por él romerías, y prometiese votos para alcanzar su salud. Al cual respondió la madre, y dijo: hijo, bien haré yo eso que me ruegas, mas tengo miedo que no aprovecharé cosa, porque tú has destruido todos los templos, y ensuciado los altares, y no perdonaste aun á los sacrificios, y ahora que pides salud, creo que no se alcanzará.

Quiere decir esta fábula, que el que en la prosperidad ofende á muchos, no hallará en la desgracia amistad.

El que es blasfemador, merece no ser oido de los santos en la tribulacion.

El astuto Cazador y el incauto Gilguero.

Un astuto cazador cogió un incauto gilguero. Este viéndose preso entre sus manos le dijo: si yo hubiera previsto tu traidor engaño, no eras capaz para prenderme; á lo que respondió el cazador: así yo pillo á los descuidados, que no se guardan de los engaños.

Enseña esta fábula, que no podemos vivir desprevenidos, y que nos debemos guardar de los mal intencionados, sino caeremos impensadamente en sus trampas y engaños.

No vive mas el leal, de lo que el traidor quiere.

El Cordero y el Lobo.

Al cordero, que andaba paciando entre las cabras, dijo el lobo: no es esta con quien andas tu madre, y mostróle las ovejas que estaban bien lejos. Respondió el cordero: no busco yo aquella que me concibió y parió, sino la que me ha criado, y me dá de mamar, pues esta es mi madre. Al contrario, dijo el lobo, aquella es tu madre natural, y esta la adoptiva; por esto debes ir á ella. Es verdad, dijo el cordero, mas mi madre misma de su propio instinto y discretamente me encomendó á esta con quien vivo: pues en el rebaño de mi madre, los pastores les quitan á veces

la lana y los matan para sus usos, y así anda en hora buena, que yo quiero morar aquí, y me será mejor que donde tú muestras.

Significa esta fábula, que no hay mejor cosa que el buen consejo, ni peor que el consejo malo: y que mas provecho es vivir fuera de sus parientes en paz, que entre sus parientes con cuestiones y guerras.



La Golondrina y las otras aves.

Viendo las aves que los labradores cultivaban los campos y sembraban lino, no recelaban ningún daño. La golondrina viendo esto las llamó á todas, y advirtióles que esto era gran mal para ellas. Después viendo como nacia y crecia la simiente, díjoles: esto se hace y crece en nuestro daño y

perjuicio; venid y quitémoslo, pues como creciere, harán los hombres redes y lazos de él, y nos matarán. Menospreciando sus palabras, no cuidaron de seguir su consejo. La golondrina las persuadía con buenas razones, á que se cautelasen, y viendo que nada les hacia fuerza, entregóse ella á los hombres, para que pudiese vivir bajo su amparo y defensa de sus casas; y las otras que no tomaron ninguna providencia, viven siempre con cuidado, cada instante en los lazos y redes.

Esto se dirige contra aquellos que quieren regirse por sus propias opiniones, y no quieren seguir el buen consejo del otro.

Quien no tomare el buen consejo, arrepentirse ha de ello.



Júpiter y las Ranas.

Las ranas, que ántes vivian libremente en las lagunas, donde mas les gustaba, pidieron á grandes voces á Júpiter un rey, que con rigor refrenase sus licenciosas costumbres. Oída esta petición, sonrióse el padre de los dioses, y les envió una grande viga. Las ranas, oyendo el ruido que causó en el agua el pesado madero, huyeron espantadas. Pero despues una de ellas sacó poco á poco la cabeza para ver al nuevo rey; y viendo que era madera, las llama á todas. Ellas perdido el miedo, se acercan nadando y brincando sobre el leño; despues de haberle ensuciado con todo género de inmundicias, pidieron á Júpiter otro

rey, porque era inhábil el que les habia dado. Entónces Júpiter les envió la cigüeña, la cual las comenzó á comer una á una. Viendo las ranas tan grandísima crueldad, llamaron con altas voces á Júpiter, pidiéndole que socorriese á las afligidas, que de lo contrario todas morirían. Eso no, les dijo el dios; pues os di la viga, la cual menospreciasteis. Despues no contentas, me pedisteis otro rey, os di la cigüeña, que ahora teneis, la cual tendréis para adelante, y con razon. Pues no quisisteis contentaros con vuestro bien, justo es que sufrais el mal que os ha venido.

Demuestra esta fábula que debemos sufrir con paciencia el trabajo, no sea que nos suceda otro mayor; y que cada uno debe contentarse del estado que Dios le ha dado.

El bien no es conocido hasta que es perdido.

El Perro y su Señor.

Habiendo un perro servido á su señor en su juventud y mocedad muy diligentemente cazando y en todo lo que él podia, y siendo ya muy viejo y muy pesado, tomó una liebre. No pudiéndola tener por su debilidad, se le escapó sin lesion. El señor estando muy enojado contra el perro, díjole así: ¿para qué eres bueno? Si no me sirves de nada, ¿por qué quiero yo alimentarte? Al cual respondió el perro: señor, yo ya tengo muchos años, estoy sin fuerza, y no tengo dientes: en algun tiempo era fuerte, entónces me alababas por lo que fui, y ahora me reprendes por lo que no puedo. Acuérdate de lo que hice, y que ahora hago lo que puedo.

Esta fábula claramente muestra, que el que fué bueno y virtuoso en la juventud, no debe ser menospreciado en la vejez.

El que á viejo desea llegar, á los viejos ha de honrar.



Las Palomas, el Milano y el Halcon.

Las palomas, viéndose muchas veces perseguidas del milano, por estar seguras y defendidas de él, tomaron al fuerte halcon por defensor y señor, pensando que con su amparo estarían muy seguras. El halcon comenzó á comerse una de ellas, dando á entender que lo hacia por castigo y correccion, pues fingió que habia delinquido. Entónces dijo una: por mas leve nos era padecer y sufrir las persecuciones del milano, que tener el defensor

que nos mata y destruye. Pero dignamente padecemos todo esto, porque nosotras mismas fuimos causa de nuestro mal.

Significa esta fábula, que debe el hombre obrar prudentemente, mirando el fin que se puede seguir; y que mejor es padecer un poco de pena, que por librarse de aquella, caer en otro peligro y molestia mayor.

El que al malo se encomienda, en lugar de defensor halla en él su perdicion.

El Hombre y la Culebra.

En la casa de un pobre hombre acostumbraba venir una culebra, y allí se mantenía con las migajas que caían de su mesa: en este tiempo todas las cosas le venían muy prosperamente. Dende á poco el hombre se indignó contra la culebra y la hirió con una segur. Despues de lo cual aquel hombre volvió en su primera pobreza, y así entendió que por la culebra se había, ántes que la hiriese, enriquecido: por lo cual pidió perdon á la culebra. La culebra respondió al hombre así: porque conozco que te pesa, yo estoy contenta de perdonarte, y continuó en frecuentar su casa; pero jamas volvieron á su antigua amistad, y vivieron siempre con recelo.

Quiere decir esta fábula, que el que daña ó hiere á otro, siempre debe estar sospechoso y vivir en continuo sobresalto.

Nunca es perfecto amigo el que ha sido tu enemigo.



El Ladron y el Perro.

Un ladron andando á hurtar de noche entró en una casa, en la cual halló un perro ladrando á la puerta, y por hacerle callar, le echó un pedazo de pan. El perro le dijo entónces: ¿por qué me das este pan? ¿me lo das de gracia, ó para engañarme y hacerme algun daño? si tú matas á mi señor con toda su compañía, y hurtares y llevares lo que está en casa, si ahora me das el pan porque calle, despues tendré que morir de hambre. Mas quiero ladrar y despertar toda la casa y avisar que andan ladrones, que comerme el pan que me das. No quiero que tu pan entre en mi boca, porque yo no solamente miro la presente vida, sino aun la venidera; y así huye, vete de aquí,

sino yo te descubriré. O buen perro, dijo el ladrón, que no quieres comer tal pan, por no perder tu fidelidad.

Consideren esta fábula los que por una buena comida, pierden muchas veces la vida.

El que prudencia no tiene, lo mucho por lo poco pierde. Los beneficios de los malos se hacen sospechosos.

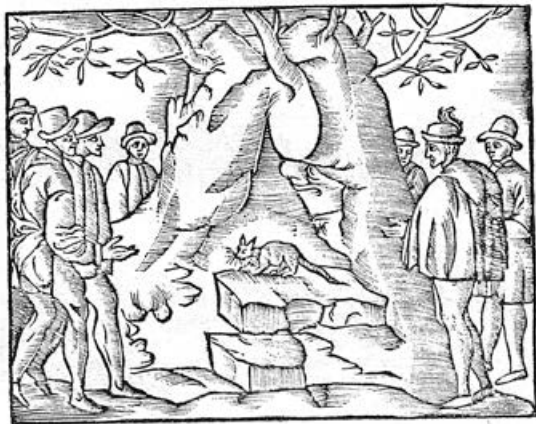


De la Puerca y del Lobo.

Una puerca estando con dolores de parto, vino á ella el lobo, y saludándola, díjole: hermana, pare seguramente tus hijos; pues por la amistad que yo tengo contigo, tendré gusto de servirte en esta necesidad. La puerca conociendo al lobo, no

creyó sus palabras, ni quiso recibir su servicio; ántes le rogó que se apartase de allí para parir con mas libertad. Y así el lobo por su ruego se fué, y ella parió en paz. Y seguramente si creyera al lobo, se le habria comido con sus hijos.

Quiere decir esta fábula que no debemos creer todas las palabras, porque palabras hay afectadas y compuestas, en que muchas veces se halla uno burlado.



La tierra que quiere parir.

La tierra daba grandes gemidos diciendo que queria parir. Todas las naciones oyendo esto fueron espantadas y turbadas de manera, que todo el mundo estaba alterado y atemorizado por el

gran gemido que la tierra daba. Y así hicieron grandes aberturas por muchas partes por donde pudiese salir el parto. Finalmente ella parió un raton, y de esto corrió la fama por todas partes. Oyendo todas una cosa tan vil y tan ridícula, los que ántes estaban espantados volvieron el grande espanto en juego y risa.

Significa esta fábula que muchas veces causa temor y espanto algun hecho, que en verdad no es de temer; y que una cosa pequeña trae á veces grandes miedos y espantos.

El que amenaza mucho, poco hace.



Las Liebres y las Ranas.

En cierta ocasion las liebres, persiguídas de los perros, resolvieron, que para no vivir en conti-

unos sustos mas querian morir. Y así las infelices llegaron á una laguna por precipitarse en ella. Viendo las ranas la manada de las liebres, que venian á donde ellas estaban, con grande espanto y miedo saltaron todas al agua. Y viendo esto las liebres, dijo una de ellas: hermanas, no desesperemos, sigamos nuestra vida, pues otros hay tambien que han y sufren grandes temores y espantos como nosotras, y si alguna adversidad nos viene, sufrámosla con paciencia. Vivamos pues como todos.

El que no acierta á llevar con paciencia sus males, mire á los agenos y aprenda á sufrir; pues debemos mirar el mal que los otros padecen.

Las persecuciones deben sufrirse con paciencia.

El Calvo y la Mosca.

Una mosca picó á un calvo en la cabeza que tenia descubierta, y queriendo matarla se dió una gran palmada por tomar la mala mosca. Ella riendo y burlándose de él, no dejaba de enojarlo. El cual le dijo: aunque me hiera é injurie á mí ligeramente, y me moleste y me haga mal, fácilmente me reconcilio conmigo; pero animalejo vil, me alegraré matarte aun con mayor daño mio.

Esta fábula enseña que nadie debe procurarse enemigos, y que la injuria pocas veces queda sin castigo.

A la burla impertinente se da su merecido.



La Cabra, el Cabrito y el Lobo.

La cabra queriendo ir á pacer, amonestó y mandó al cabritillo, que se quedara en casa, que no abriese la puerta del establo á ninguno; porque ella sabia que muchas bestias fieras y otros animales andaban al rededor, buscando los establos de los ganados para devorarlos. Y dejando al hijo aconsejado, fuese á pacer. Dende á poco vino el lobo, y fingiendo la voz de la cabra, llamó á la puerta, diciéndole que abriese. El cabrito mirando por una rendija de la puerta, vió que era el lobo, y le dijo: yo oigo la voz de mi madre, mas sé que eres mi enemigo, y que buscas

mi sangre con voz fingida y disimulada ; pues que así es, vete en paz, y muy cierto que no te abriré.

Quiere decir esta fábula, que quien sigue el consejo del padre y de la madre, vive con seguridad ; y al contrario, quien no obedece los buenos consejos de sus padres, cae en muchos peligros y males, que no puede despues reparar.



El Ciervo, la Oveja y el Lobo.

El ciervo pedía una hanega de trigo á la oveja, diciéndole, que se lo había prestado para que se lo volviese, y eso pedía estando el lobo presente, haciendo fé de ello. La oveja espantada por la presencia del lobo, confesó que era verdad, aun-

que no habia sido así, y pidió plazo para buscarlo, el cual se lo encargó el ciervo. Y pasado el término volvió el ciervo á pedir el trigo. A lo que respondió la oveja: mi promesa fué forzada, viéndome en presencia de mi enemigo; pero ahora que él no está y soy sin miedo, te niego lo prometido, pues prometí lo que no debia, grande es el engaño que traes, el cual por ahora no te aprovechará, pues no te pagaré.

Esta fábula enseña que de nada sirve lo que se alcanza por fuerza, y que ó tarde, ó temprano se conoce el engaño.

Una Mosca y una Mula.

Una mosca se sentó en un carro, y riñendo á la mula que tiraba de él, le dice: O cuán perezosamente andas! ¿no andarás mas apriesa? Mira no sea que te punce el cuello con mi aguijon. Respondió la mula: tus palabras no me hacen fuerzas. A quien yo temo, es á este que sentado en mi silla me rige con el freno, y con el látigo te pueden matar á tí, pues yo bien sé cuando conviene parar, y cuando apretar el paso.

Se burla esta fábula de los que siendo flacos, echan grandes bravatas, y cuando habla el fuerte han de callar.

Son dignas de risa las fanfarronadas.



La Zorra y la Cigüeña.

Dicen, que una zorra convidó primero á cenar á una cigüeña, y que la puso solo caldo en su plato, del cual no pudo gustar de modo alguno la cigüeña hambrienta. Despues de algunos dias la cigüeña pidió á la zorra que fuera á comer con ella, y le presentó una redoma llena de gigote, en la cual no podia la zorra entrar la cabeza. Mas la cigüeña metiendo su pico, comia á satisfaccion, matando de hambre á su convidada; y burlándose de ella le dijo: amiga, tú me hiciste ayunar, y así yo te pago con la misma moneda, pues una burla se paga con otra burla.

Todos deben llevar con paciencia, que se les trate como ellos trataron á otros.

Si el burlador fuere burlado, súfralo con agrado, pues donde las dan las toman.



El Lobo y la Imágen.

El lobo halló una imágen en el campo, la cual una y muchas veces revolvia, y viendo que no tenia sentido, dijo: ¡bella imágen! ¡qué lástima que no tenga célebro!

Semejantes imágenes hay en cada ciudad; pues la hermosura sin prudencia es imágen sin sentido.



El Grajo soberbio y los Pavos reales.

U n grajo, hinchado de vanidad, recogió las plumas que se le habían caído á un pavo real, y se engalanó con ellas. Luego desdeñándose de sus iguales, se entremetió en la hermosa manada de los pavos. Los cuales conociendo que no era de su especie, le quitaron por fuerza las plumas hurtadas, y le echan de sí á picadas. El grajo viéndose tan mal parado, medio muerto y avergonzado, se allegó á los suyos, de los cuales desechado también, padeció grave sonrojo. Entónces uno de los grajos, á quienes había despreciado ántes, le dijo: si te hubieras contentado de vivir entre nosotros, y querido pasar con lo que te dió la naturaleza,

ni hubieras padecido aquella afrenta, ni ahora tuvieras que sentir esta repulsa.

Consideren esta fábula los que no contentos de su estado y dones de la naturaleza, se elevan ó se visten de adornos artificiales, que muchas veces causan su ruina é infamia.

Conténtate con tu suerte.



La Mosca y la Hormiga.

La mosca y la hormiga contendían sobre cual de ellas era mejor. Y comenzó la mosca primero á razonar, diciendo de esta manera: tú no puedes igualarte conmigo, por cuanto te lievo ventaja en todas las cosas, pues donde quiera que haya alguna vianda, yo la gusto, me siento asimismo en la

cabeza del rey, y como en su mesa, beso las damas y mugeres dulcemente cuando me place, lo que tú no puedes hacer. Dijo la hormiga: tú alabas tu poca vergüenza, ¿por ventura desean á ti para alguna cosa de eso que dices? A esos reyes y matronas castas, sin vergüenza alguna te llegas; pero eres fastidiada de todos, y echada al instante que llegas; tú vives solo en estío, y viniendo el frio y la helada luego desmayas ó mueres. Mas yo en todos tiempos me conservo sanísima y vivo segura, pero á ti con azote ventoso te ahuyentan y te echan de sí.

Quiere decir esta fábula, que quien á sí mismo se alaba y desalaba á los otros, es reprendido.

La Comadreja y el Hombre.

Deseando una comadreja, cogida por un hombre, huir de la muerte que le amenazaba, le dijo: ruégote que me perdones, en atencion á que limpio la casa de los ratones que te molestan. Respondió el hombre: si eso lo hicieras por mi respeto, lo agradecería y te concedería el perdon que pides; pero tú matas los ratones para comértelos, y para lograr los despojos que habian de roer ellos, y así no quieras venderme beneficios vanos.

Esto lo deben considerar aquellos que solo obran por su particular interes y venden á los otros servicios.

No solo se ha de mirar la obra, sino la voluntad con que se hace.



La Rana y el Buey.

Una rana, viendo pacer á un buey en el prado, pensó entre sí que podría ser tan grande como él, si hinchaba su piel y cuero arrugado: y así comenzó á hincharse, de manera que parecía á ella que era grande como el buey; y preguntándolo á sus hijos, le respondieron que no. Ella se hinchó otra vez, y les volvió á preguntar, si era tan corpulenta como él; ellos respondieron que no. É hinchándose tercera vez con mas fuerza, rompió el cuero, y reventada murió; por eso se dice: no te hinches, y no te reventarás.

El marques quiere ser duque, el duque quiere ser príncipe, todos quieren salir de su estado; pero al fin todos llegan á reventar.

El que mucho se quiere hinchar, por fuerza ha de reventar.

El Leon y el Pastor.

Yendo un leon por una montaña erró el camino, y pasando por un lugar muy espinoso, se le entró una espina en la mano; y no pudiendo andar por el sumo dolor que le causaba, salióle al encuentro un pastor; y como le viese el leon, comenzó de alhagarlo con la cola, teniendo la mano alzada. Viendo el pastor venir para sí el leon fuerte y espantoso, turbado de su presencia, comenzó de darle del ganado para que comiese, mas el leon no deseaba comer, sino saludable medicina; y así puso la mano en el seno del pastor: y como viese el pastor la llaga é hinchazon en su mano, entendió lo que queria el leon, y con su buen ingenio y con una lesna aguda, poco á poco le abrió la hinchazon y le sacó la espina. Sintióse sano el leon, lamió la mano del pastor, y sentóse á su lado: y tomando poco á poco sus fuerzas, fuese de él salvo y sano. Despues de esto fué tomado el leon en un lazo, y puesto en un lugar de las fieras. El pastor fué tambien preso por la justicia, y sentenciado á las bestias hambrientas y feroces para ellas. Puesto así en aquel anfiteatro, salió el leon para con él con grande impetu y furia; y llegando al pastor, luego le conoció, y sentóse á su lado defendiéndole de las demas bestias, del cual no quiso apartarse ni dejarlo solo, de lo que entendió el pastor, que el leon estaba allí para su defensa; y de esto presu-

mió, que era aquel el leon que habia sanado y sacádole la espina de la mano. Y sabida del pastor la verdad del hecho, se les dió la libertad á entrambos; el leon se fué para las montañas, y el pastor para su tierra.

Esta fábula nos amonesta, que ninguno sea ingrato al beneficio que recibe, antes corresponda con otra gracia ó servicio, cuando el caso se ofreciere, pues amor con amor se paga.

El que buena obra de otro recibe, en ningun tiempo la olvida.

El Caballo y el Leon.

U n leon no pudiendo ya cazar por su estremada vejez, determinó matar un caballo que pacia en el campo. Para esto fingió ser médico, y se llegó á él preguntándole por su salud. El caballo conociendo el engaño y la mala intencion del leon, le respondia con disimulo, que estaba muy malo, y que se le habia metido una espina en el pié; y dijole: ó hermano, cuánto me alegro de tu venida, pues creo que los dioses te han traído aquí para darme la salud, y así ruégote que me socorras, y que me saques esta espina que me fatiga mucho. El leon mostrando que tenia gran pesar de su mal, se ofreció á sacársela luego, pero siempre con la intencion de matarle. Púsose el caballo en buena aptitud para lograr su intento, y al tiempo de ir el leon á sacarle la espina, le dió un par de coces en la frente y se escapó, dejando al leon tendido en el suelo. Cobrando despues el leon su sentido y su fuerza, se levantó, y viéndose

en tan mal estado, y que el caballo no parecia, dijo entre sí: con cuánta razon padezco este daño, pues venia yo á matar al caballo bajo el pretexto de amistad.

Esta fábula enseña, que no debemos fingir jamas lo que no somos, pues luego que uno es conocido queda burlado.

Ninguno se alabe del oficio que no sabe.

El Halcon y el Ruisenor.

Hallándose una mañana el halcon en el nido de un ruisenor, le suplicó esta ave, que no dañase á sus hijos. Respondió el halcon: haré lo que me ruegas si cantares bien. El ruisenor por miedo de perder á sus hijos, comenzó á cantar. Entónces dijo el halcon: amigo, no cantaste bien, y así tomando un hijo del ruisenor, comenzóle de comer. A la sazón llegando un cazador, armó un lazo al balcon, y hallándolo ocupado, fácilmente le cogió.

No podemos vivir desprevenidos, pues unos con otros vivimos en continua guerra, y quien tiene enemigos no duerma.



El Caballo y el Asno.

Un caballo brioso y muy bien enjaezado, ensoberbecido de las ricas guarniciones que llevaba, se encontró con un asno en un camino estrecho, el que venia cargado desde muy léjos, y porque no le hizo lugar al instante, dícese que le dijo el caballo con arrogancia: pollino, bestia indigna, ¿por qué me impides el paso? ¿por qué no te paras, hasta haber yo pasado? No sé como no te mato á coces. El asno espantado de la soberbia del caballo se apartó, y le dejó pasar libremente. Entónces el caballo para manifestar su superioridad y su brio, pasó con mucha fachenda y magestad. Despues de algunos dias corrió tanto el caballo, que

enflaqueció de manera, que no se pudo reparar, y así se hizo inútil para el regalo de su amo. Este le destinó entónces á llevar estiércol, á tirar el carro y á trabajar en el campo, trocando los arneses bordados en albardas y aparejos de labor; así cargado y fatigado iba por esos caminos. El mismo asno paciendo en el campo vió al caballo, que traía una carga de estiércol y porquería, y le dijo: ¿No eres tú aquel caballo que le parecía sobrepujar á los demas animales? ¿Dónde está tu soberbia y orgullo? ¿A qué ha venido á parar tu superioridad y dominio sobre mí?

Enseña esta fábula que el poderoso en el tiempo de su prosperidad no debe menospreciar al pobre, porque si se le trueca su suerte, lo que muchas veces suele suceder, no sienta entónces la burla y menosprecio.

No insulte el poderoso al pobre y miserable.



Los Cuadrúpedos y las Aves.

Los cuadrúpedos y las aves estaban en continua guerra, y se dieron una batalla. Durante la cual el murciélago, temiendo los sucesos de la guerra, y viendo que los cuadrúpedos eran mas poderosos, desertó de las aves, y se pasó á los enemigos. Pero llegando el águila poco despues, esforzó de tal manera á las aves, que peleando con mayor esfuerzo, vencieron á los cuadrúpedos. Ultimamente se hicieron las paces, y todos condenaron al murciélago á quitarle las plumas en castigo de su perfidia, y le prohibieron que jamas se presentase á su vista. De que se ha seguido que el murciélago nunca sale de dia sino de noche.

¡ Cuántos murciélagos se hallan en las ciudades, que llenos de vergüenza por su infidelidad y malicia, no pueden salir de día por no ver la cara de los que han ofendido!



La Zorra y el Lobo.

EL lobo juntó mucha provision en su cueva para su mantenimiento, y vivir á su placer por largos dias. La zorra sabiendo esto se fué á la cueva del lobo, y díjole: amigo, ha muchos dias que no te he visto, y he sentido mucho tu ausencia, y así te ruego que me quieras consolar. El lobo, conociendo las engañosas palabras de la zorra, respondiéndola: tú no vienes á verme, porque estás cuidadosa de mi salud, sino para ver si puedes pillar

algo de lo que tengo, y así no agradezco tu venida. La zorra para vengarse del lobo, se fué á encontrar un pastor, y le descubrió el parage donde el lobo vivia retirado, acompañándole ella misma á la cueva. Al instante que el pastor vió al lobo lo mató á pedradas y á palos. Despues mató tambien á la zorra, y dijo ella muriendo: con cuánta razon padezco este trabajo, pues procuré la muerte del lobo!

No debe el hombre hacer daño al otro, porque quien á hierro mata á hierro muere.

Jamas á ninguno acuses, que mas se suele ganar por defender que acusar.

La Zorra, el Gallo y los Perros.

Una zorra hambrienta envistió á unas gallinas y á un gallo, los cuales para librarse de sus uñas se subieron á un árbol. Viendo la zorra que no podia subir á él, habló al gallo en esta forma: amigo, buenas nuevas te vengo á traer, ayer se firmaron las paces entre todos los animales, de suerte que no habrá mas riñas, ni enemistades entre nosotros; y así te ruego que bajes con las gallinas, que nos reconciliarémos, pues deseo darte un abrazo. Amiga, respondió el gallo, buenas nuevas nos has traído, yo no sabia nada de eso, me alegre mucho de tener amistad contigo: y estendiendo el cuello el gallo, y mirando á lo léjos, vió que venian dos grandes lebreles, y dijo á la zorra: mira, yo tengo por cierto todo lo que me has dicho; pues si no me engaño veo venir dos correos á anunciarnos la noticia. Entónces dijo la

zorra: á mí no me conviene quedar aquí, y es preciso que me vaya. ¿Por qué temes? dijo el gallo. ¿No hay paz entre nosotros? Te ruego que no te vayas, pues luego que estén aquí los correos, bajaremos nosotros y celebraremos juntos, como tú decias, este dia. Los correos eran los lebreles. La zorra no quiso esperarlos, y se escapó; y el gallo se puso á reir entónces, burlándose de la zorra.

Muchas veces con palabras amistosas nos engaña el enemigo; es menester vivir advertidos, pues muchas zorras corren en esta vida.

Debajo de la miel, está la hiel.

La Muger y el Marido difunto.

Una muger sentida, triste y llorosa por la muerte de su marido, se fué á una casa cerca del cementerio, donde estaba enterrado, para pasar allí sus dias de luto y de tristeza. En el mismo tiempo un hombre cometió un delito, por el cual fué ahorcado por la justicia, y despues segun costumbre pusieron al ajusticiado un soldado de á caballo, que le custodiase de dia y de noche para que nadie le quitase. El soldado fatigado de la sed, fué á la casa en que vivia la muger á pedir agua para beber, y viéndola le agradó en extremo. Con este motivo iba el soldado muy á menudo para tener un rato de conversacion, dejando al ajusticiado abandonado en el suplicio. Al principio la consolaba, despues requebrándola se enamoraron los dos. Sucedió una vez que estando divertido y holgándose con ella, le hurtaron el ahorcado.

Viéndose el soldado en este conflicto; temiendo el castigo de su culpable descuido, corrió otra vez á la casa de la muger, y postrado á sus pies manifestó su sentimiento. La cual le dijo: caballero, siento vuestra pena, pero no sé como remediarla. Respondió el soldado: ruégote que me ayudes, y á tí misma pido consejo. Teniendo la muger compasion de él, desenterró su marido, púsole en la horca en lugar del ajusticiado, y así encubrió el descuido del soldado con el abandono que hizo de su marido, y últimamente casáronse los dos.

En esto viene á parar á veces el amor de las mugeres. Muchas abandonan á sus maridos por un capricho del amor. No hay cosa constante en esta vida.



El Ciervo y el Cazador.

Un ciervo bebiendo en una fuente, vió en el agua su sombra, y se deleitaba mirándola, muy satisfecho de sus grandes cuernos, pero muy mal contento de sus piernas, diciendo que eran muy mal cortadas y demasiado ligeras. Mientras se hallaba en esta consideracion, oyó la voz de un cazador, que con los perros le perseguia; y viéndole ya muy cercano, dícese que se valió de la ligereza de las piernas, y se escapó de entre sus enemigos. Despues entrando en un bosque se enredó con sus cuernos entre las ramas, de suerte que no pudo andar un paso. Entónces le prendió el cazador, y viéndose el ciervo cogido, mudó de parecer, y

alabó lo que ántes menospreciaba, y menospreció lo que ántes alababa.

A veces lo que mas agrada daña. El ambicioso piensa que los empleos y dignidades son bienes apreciables; si él sabia d qué males nos espone la grandeza, mudaria sin duda de pensamiento.

El Hombre jóven y la mala Muger.

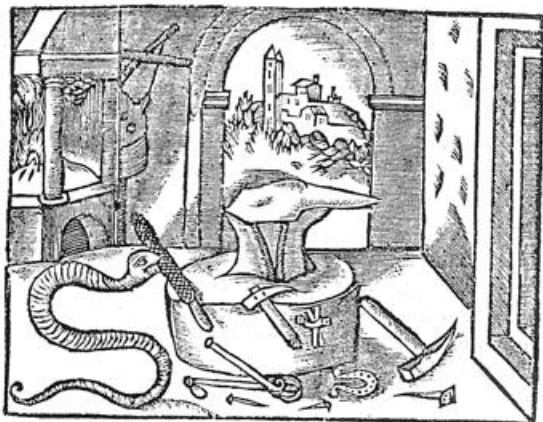
U n hombre jóven iba á casa de una muger prostituta, á quien amaba en extremo. Luego que hubo entrado, dejó su capa, y se puso á hablar de sus amores, y así pasó todo el dia con ella. Por la noche satisfecho ya de sus disoluciones, quiso retirarse á su casa; pero ántes de partir díjole la mala muger, que le diese dinero para cierta gala que queria comprarse. El jóven sacó su bolsillo, y al instante la muger se apoderó de todo lo que en él habia. Despues ella tuvo deseos de poseer una sortija muy preciosa que el jóven llevaba en el dedo, y se la pidió con tanto encarecimiento, que el jóven se la dió, y no teniendo ya que darle, tomó su capa, se despidió de ella, y salió de aquella casa. Quedó la muger con mucho desconsuelo, derramando lágrimas y desesperándose. Una de sus vecinas que oyó sus gritos y sentimientos, y que habia advertido que el jóven se habia ido, pasó corriendo á la casa de su vecina, y creyendo consolarla diciéndola que el jóven no tardaria mucho en volver: ah! mi amiga, le respondió ella toda desgreñada y llorosa, no siento yo la pérdida de su persona, ni su ausencia, sino el no haberle yo pillado la capa que le ha quedado.

Enseña esta fábula que la mala muger no ama sino el dinero, y que tiene un apetito insaciable; de suerte que cuanto mas tiene mas quiere, y aunque el jóven le hubiese dado el pellejo, habria la mala muger llorado.

El Padre y el Hijo mal criado.

Un padre tenia un hijo mal criado, y un sabio le contó este cuento: Un labrador unció un becerro con un buey para amansarle, pero el becerro con los cuernos heria al buey, y lanzaba el yugo en el suelo. Entónces dijo el labrador al becerro: no te he puesto el yugo para que ares, ni labres las tierras desde luego, sino para domarte mientras eres jóven, y si no quieres amansarte ahora, con piedras y con palos serás castigado.

Los hijos se deben castigar cuando son pequeños, porque cuando es blanda la cera, se imprime mejor el sello.



La Vívora y la Lima.

Entró una vívora en la fragua de un herrero, y buscando alguna cosa de comer comenzó de roer una lima, que encontró. Viendo esto la lima dijo á la vívora así: ¿tonta, á quién muerdes? ¿No ves que tus dientes no pueden romper aquello, que consume y rompe al hierro?

Hombre flaco, oye á la lima que te dice que es tontería reñir con el que es mas poderoso que tú.

El menor debe siempre temer al mayor.

Los Lobos y las Ovejas.

Los perros hacian centinela y guarda á las ovejas, y las defendian del insulto de los lobos. Conociendo esto los lobos enviaron mensageros á las ovejas, diciendo que querian paz con ellas, con tal que para la comun seguridad les enviasen en rehenes á los perros, y que ellos les enviarian á sus hijos. Convinieron las ovejas; y así los perros pasaron á la parte de los lobos, y los cachorros de estos á la parte de las ovejas. Creyeron las ovejas que de este modo vivirian en perpetuo sosiego y tranquilidad; pero sucedió muy al contrario, pues pocos dias despues los hijos de los lobos, viéndose separados de sus madres, empezaron á ahullar. Los lobos que habian ya degollado á los perros miéntras dormiau, oyendo los gritos de sus hijos corrieron á socorrerlos, y se echaron sobre las ovejas, bajo pretexto de haber rompido el tratado de alianza, y de haber maltratado á sus hijos. Como á las ovejas les faltó la defensa de los perros, fueron despedazadas por los lobos.

Con lo que el hombre es defendido, no lo ponga en poder del enemigo.



La Hacha y el Mango.

Habiendo un hombre fabricado una hacha, pidió á los árboles madera fuerte de que hacerle un mango. Al punto ordenaron todos, que se le diese de acebuche. Recibió su dádiva, y ajustado el mango á la segur, comenzó á cortar con ella á los altos robles; y miéntras andaba escogiendo los que habia de cortar, cuentan que la encina dijo al fresno: bien merecido lo tenemos, pues dimos al hombre la madera para servirse de la hacha.

No demos armas á los enemigos, pues se pueden servir de ellas contra nosotros, y para esto atendamos, que del cuero salen las correas.

El Perro y el Lobo.

Un lobo flaco y fatigado de la hambre, se encontró casualmente con un perro gordo y bien cuidado. Saludáronse mutuamente, y díjole el lobo de esta manera: Díme por tu vida: ¿cómo estás tan gordo? ¿quién te da la comida, pues engordas de esta manera? cuando yo que soy mas valiente perezco de hambre. El perro respondió llamamente. Tú puedes lograr la misma fortuna, si te atreves á servir á mi amo como yo. ¿En qué? replicó el lobo. En ser guarda de la puerta, dijo el perro, y defender la casa por la noche de los ladrones. Yo convengo en esto, respondió el lobo, pues ahora ando espuesto á las nieves y lluvias, pasando una vida trabajosa en las selvas, ¿cuánta mas cuenta me tiene vivir á sombra de tejado, y hartarme de comida sin tener que hacer? Pues vénte conmigo, dijo el perro. Yendo los dos juntos reparó el lobo, que el cuello del perro estaba pelado del peso de la cadena, y dijo: ¿De qué es esto, amigo? díme por tu vida. No es nada, respondió el perro; como me tienen por inquieto, me atan entre dia para que descanse, y vele cuando llegare la noche; y como me sueltan al anochecer, ando por donde se me antoja. Tráenme pan sin pedirle, el amo desde su mesa me alarga los huesos, y la familia me arroja sus mendrugos, y así sin fatiga se llena la panza. Bien, dijo el lobo, ¿pero si quieres salir de casa, te dan licencia? Eso no, respondió el perro: pues si no tienes libertad, concluyó el lobo, disfruta tú estos

bienes que tanto alabas, que yo ni reinar quiero, si me ha de faltar la libertad.

El pobre es mas feliz que el esclavo rico, pues la libertad es vida; esta es la que escede á todas las riquezas del mundo.



Las Manos, los Pies y el Ventre.

Los pies y manos envidiosos, hablaron con el vientre, diciendo así: Tú solo sacas provecho de nuestras ganancias. ¿Y para quién trabajamos nosotros sino para tí? Para un goloso, que sin tomar parte en los trabajos, tú solo recibes el fruto. Y así escoge una de dos cosas, ó toma oficio de que te mantengas, ó muérete de hambre. El vientre abandonado de esta manera, estando sin comida

muy largo tiempo, perdió su calor y enflaqueció. De esto se siguió, que todos los miembros sintieron el mismo trabajo y enflaquecieron también, y de resultas todo el cuerpo murió.

Ninguno basta para sí, los unos hemos menester á los otros. A veces la caída de uno es la desgracia de muchos.



La Mona y la Zorra.

La mona pedía á la zorra, que puesto que tenía tan gran cola, le diese un poco de ella para cubrir sus nalgas; tú ves amiga, le decía, que tú tienes demasiado rabo, y que yo no tengo el que necesito. La zorra se puso á reír á carcajadas, y díjole: aunque yo tuviese cien veces mas cola de

la que tengo, y la arrastrase por el suelo entre espinas y lodos, quisiera mas padecer esta incomodidad, que darte la cola que necesitas.

Los ricos no retengan lo que les sobra, dénlo ántes á los que lo han menester.

Lo que el hombre no aprovecha y otro lo ha menester, no lo debe retener.

El Mercader y el Asno.

Un mercader iba por un camino con un asno con gran priesa, para llegar á una feria, pegándole muy á menudo con el palo, por causa que la carga llegase mas presto y ganase algo con ella. El asno viéndose tan cargado y azotado tan sin razon, caminando mas de lo que podian sus fuerzas, estaba deseando con ansia la muerte, pensando que despues de muerto tendria sosiego y tranquilidad, y así quebrantado y cansado murió. Pero despues de muerto le desolló el mercader, é hizo de su cuero panderos, que son siempre batidos y heridos.

Ninguno debe desear la muerte para salir del trabajo en que vive; debemos siempre amar la vida para tener mas que merecer.

No desees la muerte por holgar, si despues has de penar.

El Ciervo y el Buey.

El ciervo perturbado y espantado para escapar de la muerte que le amenazaban los cazadores que le investian, entróse en un establo, que era el sitio mas á mano. Allí un buey le dijo al refugiado: ¿Dónde has venido, infeliz, pues por tus pasos corriendo has venido al matadero, y fiado tu vida á la merced de los hombres? A esto respondió humilde el ciervo: tú por ahora no me descubras, que yo me saldré á la primera ocasion que se ofrezca, y le escondió el buey en un lugar oscuro del establo. Entran y salen una y otra vez los pastores del establo, y ninguno repara en el ciervo. Entra tambien el boyero, ni este lo advierte. El mayordomo cuenta los bueyes, y se sale sin haberle visto. Gozoso entónces el ciervo da las gracias al buey, por haberle dado asilo en su desgracia. Yo, dijo el buey, deseo verte libre; pero si viniere aquí el de cien ojos, en gran riesgo estará tu vida. Al decir esto entra el amo despues de la cena, y habiendo visto entre dia que los bueyes estaban flacos, comenzó á mirar todos los pesebres, y como los vió vacíos, llamó al boyero y le dice: ¿por qué hay aquí tan poca hoja? Aquí faltan las mullidas. ¿Por qué no quitas estas telarañas? Al tiempo que así lo registra todo, descubre tambien los altos cuernos del ciervo, y convocados los pastores, le mandó matar.

La vista del amo engorda el caballo, y por esto debe ser solícito en sus cosas.

Fiate mas de tus ojos que de los agenos.

El Leon reinante.

El leon hecho rey de las fieras queria alcanzar buena fama, no usando de sus crueldades, y así prometió no hacer daño á nadie. De esta suerte todos á porfia querian estar cerca del leou; pero despues arrepintiéndose de esta promesa, buscó motivos falsos para devorarlas. Llamando á algunas en secreto las decia si le olia mal la boca, y tanto á las que decian que sí, como á las que decian que no, á todas las mataba. Llamó despues á la mona, y le preguntó, si le olia mal la boca. La cual respondió que no; ántes le dijo que le olia bien. Viendo el leon que la mona le alababa, la perdonó por entónces, pero poco despues mudó de propósito, y pensó un pretesto para despedazarla. Mandó por esto venir á los médicos, fingiendo que estaba enfermo, y tomándole el pulso, dijéronle que comiese algunas viandas ligeras, porque las fuertes le causaban indigestion. El leon dijo entre sí: la carne de las monas nunca la he comido, quiero probarla, pues será la mas ligera que puedo comer. Luego envistió á la mona de quien habia recibido tantas alabanzas, y la comió.

Recélate del que te puede dañar, no sea que el hablar te pierda, y el no hablar te mate. Apártate un poco de los que te pueden mandar. Ni tan cerca del fuego que te quemes, ni tan lejos que tirités de frio.



Una Zorra d unas Uvas.

Una zorra obligada de la hambre, suspiraba por unas uvas, que colgaban de una alta parra, saltando hácia ellas con todas sus fuerzas: mas como no pudo alcanzarlas, retirándose dijo: aun no están maduras; no quiero cogerlas en agraz.

Deberán apropiarse esta fábula, los que de palabra disminuyen lo que no pueden por obra. El soberbio hace como que desprecia lo que no puede conseguir.

La Comadreja y los Ratones.

Una comadreja ya débil por sus años y vejez, no pudiendo dar alcance á los ratones que andaban listos, se revolcó en la harina, y se tendió á la larga en un rincon oscuro. Un raton, creyendo que era cosa de comer, la asaltó luego, y sorprendido por ella, pagó con la vida su falta de advertencia. Otro pereció de la misma suerte; y á este siguió el tercero. Despues de otros varios, vino tambien un raton muy experimentado, que muchas veces se habia escapado de las trampas y ratoneras; y conociendo á la lengua la zalagarda de su sagaz enemiga, dijo: así medres como eres harina, la que estás ahí tendida.

Es preciso ir advertidos, porque tras de la miel está la hiel. A veces lo que no puede la fuerza, lo alcanza el ingenio.

El Vaquero y el Lobo.

Un lobo huyendo de un cazador que le seguia se escondió en una cueva, y suplicó á un pastor que le veia, que no le descubriese, pues seria causa de su muerte. Prometióle el pastor guardarle el secreto. Vino poco despues el cazador, y preguntó al pastor por el lobo. Yo le vi venir corriendo y huyendo de tí, respondió el pastor, y pasó á la otra parte del monte, de suerte que podrás muy presto hallarlo; però al mismo tiempo le señalaba

con los ojos á la cueva donde se habia refugiado el lobo. El cazador no entendiendo á las señas se fué por donde el pastor le decia, y salió el lobo de la cueva. Entónces le dijo el pastor: ¿Qué te parece? ¿Me agradeces el haberte yo librado la vida? Respondió el lobo: Por cierto yo doy mil gracias á tu lengua, pero maldigo á tus ojos, pues por poco me dan la muerte.

Hay malditas lenguas que hablan lo que no creen. Algunos parecen buenos en las palabras, pero son malos en las obras.



El Pavo real á Juno.

Vino el pavo real á la diosa Juno, quejándose de que no le hubiese dado la voz del ruiseñor,

cuya voz era la admiracion de cuantos le oian , y él era la risa de todos luego que empezaba á cantar. Entónces por consolarle le dijo la diosa : Pero tú le haces ventaja en la hermosura y grandeza. Los brillos de la esmeralda resplandecen en tu cuello , y con las matizadas plumas de tu cola formas una rueda de perlas. ¿ De qué me sirve , replicó el pavo , esta belleza muda , si el ruiseñor me escede en la voz ? A vosotros , respondió la diosa , se os repartieron las propiedades al arbitrio de los hados. A tí la hermosura , al águila la fuerza , al ruiseñor la melodía , al cuervo el buen auspicio ; á la corneja el mal agüero , al gallo el señalar las horas , y todos están contentos con su suerte. No quieras pretender lo que no se te ha dado á tí , no sea que burlada tu esperanza , tengas despues mas motivo de queja.

Conténtese cada uno con lo que Dios le dió , pues él sabe lo que nos conviene. A veces pedimos lo que es causa de nuestra ruina.

Contento con lo tuyo no codicies lo ageno.

El Lobo y los Labradores.

U n lobo cervical cayó en un lazo. Viendo los labradores que estaba preso , unos le herian con palos , otros se burlaban de él. Dijo uno de ellos : no le hagais mal ninguno , pues él no hace mal á nadie. Otros , teniendo tambien lástima de él , le daban algun bocado de pan. Venida la noche todos se fueron para sus casas , pensando que moriria. Pero el lobo cobrando sus fuerzas , saltó del hoyo , y librándose de aquel peligro se fué á su

cueva. Despues de algunos dias, acordándose de las injurias que habia recibido, se fué con gran furia al lugar, enviste á los labradores y los mató. Como vieron esto los del lugar, rogaron al lobo que les asegurase las vidas. Entónces respondió él mansamente que no haria mal á ninguno, sino á los que le injuriaron y pedian su muerte.

No hagas mal á nadie, pues la injuria no queda sin castigo. El que hoy tienes maniatado, puede mañana verse libre y vengarse de las injurias que le habrás hecho, y así seas compasivo con todo el mundo.

El Carnicero y los Carneros.

Juntos los carneros en una manada, viendo que entraba el carnicero, no hicieron caso y lo disimularon. Tomó el carnicero uno de ellos, y lo mató. Ni por esto se dieron por entendidos, y solamente decian entre sí: á este tocó y á mí no, dejemos que se lleve á quien quisiere; y finalmente él mató á todos á escepcion de uno solo. Despues tomó á aquel para matarle, y este último dijo al carnicero: dignamente somos degollados por tí uno á uno, porque al principio no cuidamos de defendernos y conservar nuestras vidas.

El que no cuida de defenderse con tiempo y de ayudar á su vecino, le caerá la misma suerte; pues con tiempo se debe remediar el peligro que se espera.



El Caballo, el Ciervo y el Cazador.

EL caballo y el ciervo riñieron cierta vez, y viendo el caballo que el ciervo le heria y maltrataba, y que era mas ligero en correr, y que de ninguna manera le podia vencer; se fué á encontrar un cazador, y díjole: quiero mostrarte un ciervo maravilloso; si puedes herirlo con tus flechas ó tu lanza, tendrás mucha carne que comer, y de su cuero y de sus cuernos sacarás mucho dinero. Movido el cazador de la codicia, díjole: ¿cómo podré yo coger este ciervo? Respondióle el caballo: monta tú sobre mí, y yo te lo mostraré. El cazador montó en el caballo, y se fué por donde estaba el ciervo. Pero como el ciervo sin-

tiese venir aquel cazador para prenderle, huyó por la montaña y se escapó. El caballo viendo ya frustradas sus esperanzas, cansado y fatigado, dijo al cazador: puesto que no has podido prender al ciervo, apéate y busca tu vida acostumbrada, y déjame en libertad. No quiero soltarte, dijo el cazador desde la silla: una vez que has venido en mi poder, has de quedarte para mi descanso y regalo; y si comienzas á echar coces, mira que en la mano tengo un palo, con el cual te amansaré.

El que pdra lazo á otro, á veces es en él cogido. No debe el hombre tomar amistad con quien puede mas que él.

El Pajarero y las Aves.

EN el verano estando las aves con gran placer á la sombra de un árbol, comiendo las hojas que caian, vieron á un pajarero, que enderezaba las cañas, reclamos y aparejos que traia en su costal. Las aves simples é ignorantes decian unas á otras: ¡ó qué piadoso es este hombre! el cual por su mucha bondad nos compone nuestra morada. Pero una de ellas muy experimentada, la cual habia ya escapado una vez del lazo de los cazadores, dijo á las otras: guardaos, aves simples é ignorantes, huid y libraos del engaño de este hombre, y si quereis conocer la verdad de esto que os digo, mirad á sus hechos y á sus obras, y veréis, que la que tomare de vosotras la matará para comerse despues á bocados.

Por el consejo de uno se pueden librar muchísimos. El buen consejo nunca se debe despreciar.

El Hombre bueno, el Hombre falso y las Monas.

Dos hombres, el uno bueno y el otro falso, eran compañeros. Andando por el mundo, llegaron al país de las Monas. Viéndolos el rey mono, mandólos detener y traer á su presencia. Puestos ya en el tribunal preguntóles el rey: ¿qué era lo que decían de él en otras partes, y qué les parecía él? El hombre falso comenzando á hablar primero, dijo: Paréceme que tú eres rey sabio y muy poderoso, y todas las gentes dicen lo mismo. Preguntóle despues el mono, qué le parecía de los que estaban al rededor de él? Respondió: que eran sus caballeros, capitanes y ministros. Entónces por esta alabanza mandó que fuese aquel hombre remunerado. Habiendo visto esto el hombre bueno, dijo entre sí: si este que en todo miente es querido y remunerado, cuánto mas lo seré yo que diré la verdad de todo. Estando él en este pensamiento, le preguntó el rey: ¿díme tú ahora, quién soy yo y estos que están conmigo? Dijo el hombre bueno: tú y todos los que estais aquí sois monas. Oyendo esto el rey mandó al instante que el hombre bueno fuese muerto y despedazado con los dientes y las uñas.

Asi va el mundo por lo regular. El que ama la lisonja no aprecia la verdad.



El Hombre y el Leon.

UN hombre y un leon viajaban juntos, llegaron á un lugar donde vieron una estatua de piedra que representaba un atleta ó á Hércules cuando desquijaraba á un leon. Esto que tú ves, dijo el hombre al leon su compañero, prueba que los hombres somos mas fuertes y mas valerosos que vosotros los leones. Respondió el leon: si entre nosotros se hallasen escultores, como los hay entre vosotros, verias muchos mas hombres despedazados por los leones, que leones muertos por los hombres.

Muchas historias vemos pintadas que no son verdaderas; pues hay hombres que con solo coger un pincel tierno, harán en esta vida, que sea cielo el mismo infierno.

Un Borrico y un Leon.

Queriendo un leon cazar en compañía de un borrico, se subió con él á una montaña, y juntamente le previno que con especial esfuerzo de su voz espantase á los conejos, á las liebres y á las fieras para salirles él al encuentro cuando huyesen. El borrico rebuznó de repente con todo el aliento que pudo, y con la novedad del estruendo asustó á las bestias; las cuales huyendo temerosos por sendas desconocidas caen todas en las garras del leon; el cual despues de cansado de tanta carnicería, llama fuera el jumento, y le manda callar. Entónces él engreido: ¿qué te parece, le dice, del socorro de mi voz? Cosa grande, respondió el leon; tanto que si no te conociera á tí y á tu raza hubiera huido igualmente asustado.

El cobarde y fanfarron deslumbra á los que no le conocen, y es risa de los que saben quien es.

El Buitre y las otras Aves.

Fingiendo el buitre, que queria celebrar el dia de su nacimiento, convidó á las otras aves menores á cenar; y como estuviesen dentro de su cueva, cerró la entrada, y comenzó de matar á una, despues á otra, hasta acabar con todas.

Cuando un poderoso te halaga y te convida, guarda que no te engañe.

La Pulga y el Camello.

Una pulga, que estaba en la carga de un camello se vanagloriaba y decia que era mas que el camello; pues él la llevaba encima. Cuando llegaron al meson bajó la pulga y se puso en los pies del camello para morderle, y le dijo: amigo yo he tenido compasion de tí, y para no darte mas peso he bajado y me he puesto en este lugar. Mientes, maldita, dijo el camello, pues tú no puedes añadir ni quitar á mi carga. Si has bajado ha sido para punzarme con tu aguijon.

Algunos venden los agravios por finezas; y cada uno mira por su provecho.



La Encina y la Caña.

La encina se burlaba de la caña, y le decía en tono de menosprecio: qué flaca que eres! por qué no estás firme como yo? por qué bajas la cabeza al mas leve viento? Mira como yo levanto la mia hasta las nubes, y no la rindo á nadie, ántes resisto á las mas furiosas tempestades. De aquí puedes inferir que soy mas fuerte que tú. Poco despues vino un uracan furioso, el cual no hizo mas que doblar la caña, y derribó á la soberbia encina, no obstante su fortaleza.

De esta manera sucede muchas veces: los soberbios son destruidos, no obstante su resistencia, y los humildes muchas veces escapan del peligro, dando lugar y sufriendo á los que son mas fuertes.

El humilde permanece, el soberbio perece.

La Hormiga y la Chicharra.

En el invierno la hormiga sacaba al sol el trigo que en el verano habia recogido. La chicharra llegando á ella con hambre, pidióle que le diese un poco de aquel trigo. A la cual dijo la hormiga: amiga, qué hiciste en el estío? Respondió la chicharra: no tuve tiempo para recoger, porque andaba por los sotos cantando. La hormiga riéndose de ella y metiendo el trigo en su casilla, díjole: si cantaste en el verano, danza ahora en el invierno.

Debe el hombre imitar á la hormiga. Esto es, debe trabajar á su tiempo, paraque no le falte de comer en adelante; pues el perezoso siempre está menestoroso.

La Corneja y la Oveja.

Una corneja ociosa y holgazana, subióse encima una oveja, molestándola con el pico. La oveja la habló de esta manera: si molestases y enojases al perro, como á mí, no podrias sufrir sus ladrillos, ni la ira de sus colmillos. La corneja respondió: yo me subo á los collados, y desde allí lo registro todo; y como tengo muchos años y esperiencia, envisto desde allí á los humildes y buenos, y deajo en paz á los valerosos y malos, y así bien sé lo que hago

El cobarde abandona la honra, y toma para si la seguridad.



El Mulo, la Raposa y el Lobo.

A un mulo paciendo cerca de una montaña, vino la raposa y preguntóle: ¿quién eres tú? Respondióle: soy bestia. Replicó la raposa: no digo eso, sino quién fué tu padre? Respondió el mulo: el caballo fué mi abuelo. Le dijo otra vez la raposa: ni eso te pregunto yo, sino dime, cómo te llamas? A lo cual dijo el mulo: por cierto yo no sé mi nombre, porque mi padre murió siendo yo pequeño; pero á causa que no se ignorase mi nombre, escribióle en mi pié izquierdo, y como no sé leer, será preciso que tú misma lo leas si quieres satisfacer tu curiosidad.

La raposa que entendió el engaño, se fué á la montaña á encontrar á un lobo, con quien tenia estrecha amistad; y encontrándolo casi inuerto de hambre debajo la sombra de un árbol, le dijo de

esta manera: ó loco, por qué te mueres de hambre? levántate, vete aquí cerca á un prado, donde hallarás á un mulo grande, gordo y soberbio, má-talo y hártate de él.

Se levantó el lobo, se fué hácia el prado y preguntó al mulo, quién era? el mulo respondió: soy bestia. Díjole entónces el lobo: no pregunto eso, sino quién fué tu padre? El mulo respondió: el caballo fué mi abuelo. Al cual dijo el lobo: ni eso te pregunto, sino dime, cómo te llamas? A lo que respondió el mulo: yo no sé mi nombre, pues mi padre murió siendo yo pequeño, y porque nadie ignorase mi nombre, lo hizo escribir en un canto de ese mi pié izquierdo, y así puedes tú leerlo para satisfacer tu curiosidad.

El lobo atendiendo solo á las palabras del mulo y no conociendo el engaño, tomó el pié del mulo y comenzó de limpiarlo pensando hallar allí su nombre. Y estando el lobo muy atento en esto, el mulo le dió una coz en la frente que le hizo saltar los sesos.

La raposa que estaba detras de una mata escondida, dijo entónces con gran risa: ó loco, tú no conoces todavía las letras, y querias leer? Justo castigo ha sido este de tu presuncion.

La mas principal locura, de cuantas locuras son, es la vana presuncion. Si alguna cosa quieres saber de acá ó de allá, el tiempo te lo dirá.

La Espada y el Caminante.

Un hombre caminando halló una espada que yacia en el camino; y preguntóle, quién la habia

perdido? La espada respondió así: por cierto á mí uno solo me perdió, mas yo he perdido á muchos.

El malo á muchos daña, pero al fin perece.

El Berraco, los Corderos y el Lobo..

Un pequeño berraco vivia en una manada de puercos, el cual indignado é inchado de vanidad, porque no podia mandar á su gusto, andaba al rededor de la campaña echando bravezas, gruñendo y sacando á fuera los colmillos, pensando de esta manera espantarlos á todos. Y viendo que no hacian caso de él, enojado dijo así: qué me aprovecha estar aquí; pues aunque yo mande, nadie me obedece, y aunque me enfade, nadie huye de mí; y determinó apartarse de allí, y mudar de domicilio. Se fué por la montaña, y vino á parar á una manada de corderos. Allí empezó á gruñir, y á manifestar sus dientes. Viendo esto los corderos empezaron á huir, espantados y atemorizados. El berraco dijo entónces: aquí me conviene habitar, pues soy temido y respetado. Al cabo de algunos dias vino por allí un lobo, y viéndole los corderos se escaparon por entre las peñas. Pero el berraco, pensando que los corderos le defenderían no quiso huir, y así le tomó el lobo hambriento, y se lo llevó. Pasó por casualidad el lobo por la manada de puercos de donde se habia escapado dicho berraco, el cual conociéndolos daba grandes voces, y les pedia socorro. Conociéndolo los puercos, se levantaron al instante, y envistieron al lobo, y pudieron librar á su compañero del peligro de muerte en que se hallaba. Entónces el

berraco, viéndose libre en medio de ellos, lleno de dolor y de vergüenza, dijo: ahora conozco por verdadero el proverbio, que dice:

Que en las fortunas y adversidades, siempre es bueno estar cerca de sus amigos y parientes; pues es cierto que si no hubiera salido de entre los míos, no hubiera yo padecido estos males.

La Raposa y el Gallo.

Una raposa hambrienta vió un gallo en una casa, y le dijo con buenas palabras: ó mi señor gallo, qué hermosa voz tenia tu padre, el cual era muy amigo mio: asimismo pienso que tu lo serás de hoy en adelante. Yo vengo á conocerte por la amistad que tenia con él, y así te ruego que cantes, para ver si tienes tan buena voz ó mejor que tu padre. El gallo dando crédito á las engañosas palabras de la raposa, comenzó á cantar cerrando los ojos, para sacar mejor su voz. Entónces la raposa saltó sobre él, y lo tomó. Los hombres del lugar, que vieron esto, corrían tras la raposa, diciendo deja el gallo que no es tuyo. Oyendo esto el gallo, dijo á la raposa: no oyes que dicen aquellos rústicos aldeanos? Por qué no les respondes? Díles que yo no soy suyo, sino tuyo, y que tú te llevas tu gallo, y no el suyo. Creyó la raposa, y dejando el gallo de la boca, dijo: yo llevo mi gallo, y no el vuestro; y entre tanto que la raposa decia estas palabras, el gallo voló á un árbol vecino, y desde lo alto dijo á la raposa: miente, señora mia, porque yo soy de los hombres, y no tuyo. La raposa, conociendo el engaño, y mordiendo su boca,

concluyó diciendo: ó boca, cuántas cosas dices, que despues te pesa haberlas dicho! Por cierto si ahora no hubieses hablado, no hubieras perdido el gallo.

Muchas personas hablan sin pensar primero lo que han de hablar, y dicen tales cosas, que despues se arrepienten de haberlas dicho. La palabra que soltares, no la puedes revocar; y asi piensa lo que has de hablar.

El Hombre y el Dragon.

Cierto dragon habitaba en un rio, y como menguase el agua, quedó en seco en un arenal donde yacia. Pasando por allí un hombre, díjole: ó dragon, cómo estás aquí de esta manera? Respondió el dragon: andaba por la orilla de este rio, mientras crecian sus aguas, ahora que han menguado, me he quedado en seco, y no puedo ir sin agua; pero si tú me quieres llevar atado sobre tu borrico á mi morada, yo te daria allí mucho oro y plata. El hombre movido de la codicia, tomó el dragon, y púsolo sobre su borrico, y atado lo condujo á su cueva; llegando allí, le dejó en libertad, y pidióle el oro y plata que le habia prometido. Díjole entónces el dragon: ¿cómo por haberme atado me pides oro y plata en recompensa? El hombre replicó: no me pediste que te atase? Respondió el dragon: no estamos en eso, yo tengo hambre y te quiero comer. Dijo el hombre: segun eso me quieres pagar mal por bien. Durante esta disputa, compareció una raposa, la cual habiendo oido todas las razones, díjoles: qué cosa

es esta de que tanto disputais, y causa tanta discordia? El dragon habló primero, y dijo: este hombre me ató muy fuertemente, poniéndome sobre un borrico: trájome hasta aquí, y ahora me pide no sé qué cosas. Despues dijo el hombre: óyeme, señora raposa. Este dragon andaba por un rio, y fué echado á un arenal seco, y estaba á puntos de perecer. Pasando yo por allí me pidió que lo atase, que lo pusiese sobre mi borrico, y lo trajese á esta cueva, prometiéndome por ello oro y plata: ahora no solo no quiere darme lo prometido, sino que quiere matarme para comerme despues. Dijo la raposa al hombre: tontamente lo hiciste. Por qué le ataste? Pero muéstrame ahora como estaba el dragon atado, y despues yo juzgaré. Tomó el hombre al dragon, lo puso sobre el borrico, y le ató. Entóuces preguntó la raposa al dragon: díme, tan fuertemente te ató? Cómo, respondió el dragon, me ató cien veces mas fuerte de lo que hace. La raposa dijo al hombre: átalo pues tan fuerte como puedas. El hombre lo ató lo mas que pudo. Preguntó la raposa al dragon, tan fuertemente te ató? Respondió el dragon, por cierto, sí señora. Dijo la raposa al hombre: híz un ñudo, y aprieta bien los lazos, que quien bien ata, bien desata, y vuélvelo al lugar de donde lo tomaste, y déjalo allí atado como está, y no te podrá comer. Lo hizo el hombre como lo ordenó la raposa, y pagó el dragon la pena de su perfidia.

A quien te hizo beneficio, vive siempre agradecido, que es de ingratos el olvido. Si algun bien has recibido, ten memoria miéntras vives, de él y de quien lo recibes.

El Borrico enfermo y el Lobo.

El lobo fué á visitar al borrico que estaba enfermo, y comenzó de tocarle y palparle el cuerpo, y preguntábale en cuales partes mas le dolia? Respondióle el borrico: los lugares donde me palpas me duelen mas, y conociendo la intencion del lobo al instante se levantó.

El hombre en todos los lances debe estar advertido para conocer el engaño. Al hombre malo nunca se debe dar fe.

La Raposa y el Gato.

La raposa encontró un gato, y le saludó diciendo: hermano, salvo seas de todos males. El gato respondió: la salud sea contigo. Luego preguntó la raposa al gato: sabes hermano muchas artes? Respondió el gato: no sé mas que saltar y subir á los árboles y paredes: y con esto me escapo de algunos peligros. Entónces le dijo la raposa: puesto que no sabes mas, y eres tan ignorante y necio, no mereces vivir. Díme tú, pues, dijo el gato á la raposa: cuántas artes sabes? Respondió la raposa: yo sé cien artes, y no como quiera, sino perfectamente, cada una de las cuales me basta para vivir medianamente, y para escaparme tambien de muchos peligros. El gato, oyendo esto, dijo: por cierto mereces larga vida y salud, pues sabes mucho. Estando en esta conversacion, dijo

el gato á la raposa: hermana, yo veo venir un hombre á caballo con dos perros muy grandes y muy ligeros, que son nuestros enemigos. Dijole la raposa: vaya, que no sabes lo que dices, y se conoce que eres muy ignorante y medroso; y aunque esto fuese, qué priesa te habias de dar? Cuando estuvo mas cerca el caballero, los perros vieron el gato y la raposa, y comenzaron á correr hácia ellos. La raposa viendo que los perros corrian y se acercaban, dijo al gato: hermano, huyamos. Respondió entónces el gato: no es necesario, vamos, que tú eres muy medrosa. Dijo la raposa con mas ahinco: hermano, en verdad ahora es necesario huir, cada uno procure para sí. El gato halló un árbol, y se subió luego en él, y se libró. Dejando los perros al gato, aprietan tras la raposa. El gato desde el árbol gritaba, viéndola acosada de los perros: hermana raposa, ahora es tiempo de valerte de alguna de aquellas cien artes, que dijiste que sabias, pues te hallas en inminente peligro de tu vida. Pero alcanzándola los perros, la cogieron y mataron.

Cada cual conozca bien, que es lo que puede, y quien es. Nadie presume saber mas de lo que sabe. El necio que es presumido, luego es conocido.

El Lobo y el Chibo.

Un lobo seguia á un chibo para matarlo, el cual se subió á una alta peña y en ella se aseguró. El lobo se puso bajo la peña esperando á que bajase el chibo. Al cabo de tres dias los dos abandonaron el puesto. El chibo entónces movido de la

sed, fuese á un río, y mirando su sombra en el agua dijo entre sí: yo tengo buenas piernas, hermosa barba y grandes cuernos, y con todas estas perfecciones me hace huir un solo lobo? De aquí en adelante yo le quiero esperar y resistir, y no huir de él como hasta ahora. El lobo, que estaba tras del chibo, escuchaba claramente todo lo que él decia, el cual le envistió, le agarró por la piedad con los dientes, y díjole: qué dices, chibo indigno? por qué echas brabatas? Viéndose el chibo preso, díjole: ó señor lobo, tened compasion de mí, yo bien conozco mi culpa, y así perdone mi atrevimiento. Pero el lobo, no haciendo caso de sus palabras, le despedazó y comió.

Con los fuertes y rigurosos no echas brabatas, ni te precies de tus fuerzas si no las tienes, porque tarde ó temprano serás herido.

El Lobo y el Asno.

Encontrando un lobo á un asno le saludó diciéndole: hermano, tengo mucha gana de comer, y así disponte, que quiero comerte. Respondió el asno: ház, señor, lo que tú quieras, porque á tí pertenece mandar, á mí obedecer, y si me comes, me librarás de muchos trabajos y fatigas, pues paso una vida muy fatigosa: porque el amo me hace traer el viuo de la bodega, el grano de las heras, el trigo al molino, y la leña del monte; me hace arar la tierra, dar vueltas á una noria, y llevar el estiércol y las piedras para edificar las casas; por lo que muchas veces maldigo el día en que nací, y apetezco el morir. Pero ántes que me mates no

me comas en el camino, porque seria esto en des- crédito mio, y los vecinos y mi amo dirian: cómo el asno se dejó comer así tan sin vergüenza? Por esto oye mi consejo: vámos á la montaña árame con esta cuerda, como si fuese tu esclavo, como en efecto lo soy, y yo te ataré en el cuello, y así iré contigo al monte, y allí me matarás á tu gusto. El lobo, que no conoció el engaño, dijo: hagá- moslo como tú dices; de modo que el lobo ató al asno, y este al lobo, y dijo entónces el asno: vá- mos donde quieras. El lobo respondió: muéstrame el camino: de muy buena gana, dijo el asno; y así comenzó á caminar para la casa de su amo. Cuando el lobo vió cerca la vecindad y el pueblo, dijo: mira que no vamos por camino derecho. El asno respondió: señor, no digas eso, pues este es el ca- mino mas derecho. El lobo conociendo el engaño queria volver atras, mas el asno tiraba siempre adelante. Durante esta pendencia, salió el amo de su casa, y advirtiéndolo esta novedad, llamó á sus criados, y fueron todos á embestir al lobo, y le hirieron á palos. Uno de ellos queriendo darle un golpe en la cabeza con una hacha, herró el golpe y rompió la cuerda. Y así suelto el lobo huyó para la montaña. El asno entró á su establo, y vién- dose libre del lobo, comenzó á rebuznar y á dar grandes voces. Oyendo el lobo al asno, decia: uua vez y no mas, por mas que rebuznes no me co- gerás.

Si eres de muchos temido, de muchos debes guardarte; mira que todo el mundo está despierto, no tomes consejo de aquel á quien tú piensas dañar; porque el que va por lana, vuelve trasquilado.

Los tres Corderos y un Carnero.

Tres corderos viendo á un carnero que huia temeroso, le escarnecian y se burlaban de él. El cual les dijo: ó ignorantes, si vosotros supiédes, cual es la causa porque huyo y tengo miedo, no os burlaríais de mí.

Muchas veces criticamos las obras ajenas ignorando las causas que mueven á hacerlas. Mas sabe el necio en su casa, que el sabio en la ajena.

La Culebra y el labrador.

Un labrador iba á sembrar un campo, y pasando por un camino, pisó una culebra, la cual dijo: ó mal hombre, por qué me has lesionado y pisado, no habiéndote yo hecho daño? no te fies, te digo, de quien hiciste mal. El labrador no hizo caso de estas palabras, y continuó su camino. El año siguiente, yendo el labrador por la misma senda, hablóle la culebra otra vez, y díjole: dónde vas, amigo? El cual respondió: voy á sembrar el campo. Dijo entónces la culebra: guárdate no siembres en tierra de regadío, porque este será año de muchas aguas, y ahogará la semilla; pero tú no creas á quien hiciste mal. Y fuése el labrador pensando que le engañaba, y sembró en tierra de regadío. En efecto hubo aquel año muchas lluvias, y se perdieron los trigos; y así no cogió aquel hombre cosa alguna. El año siguiente pasando el

labrador por el mismo camino, yendo á sembrar el campo, preguntóle la culebra: dónde vas, amigo? Dijo el labrador, á sembrar. Le amonestó la culebra que no sembrase en lugar seco, porque aquel año habria gran sequedad, y se perderia cuanto se sembrase en lugar seco, y dijo en fin: pero tú no creas á quien hiciste mal. El labrador pensando que queria engañarle, no hizo caso de lo que decia, y sembró en tierra de secano, y aconteció aquel año que hubo mucha sequedad, de manera que se secó todo el campo, y todos los trigos se perdieron. El tercer año pasando el labrador por donde estaba la culebra, le dijo ella: dónde vas, hombre? El respondió: voy á sembrar mis campos. Y le dijo la culebra: si quieres cojer pan este año, siembra en tierras comunes, que no sean ni muy húmedas, ni muy secas, sino templadas; pero vuélvote á decir, que no des crédito á quien hiciste mal. El labrador hizo aquel año lo que la culebra le aconsejó, y cogió mucho trigo. Volviendo el buen hombre cierto dia de sus campos, díjole la culebra: amigo, has visto como las cosas te han sucedido como yo te habia dicho? Respondió él: es verdad, así han acontecido como tú digiste, por lo que te estoy muy agradecido. La culebra le dijo: que le hiciese una gracia. El labrador le dijo: qué galardón pides de mí? la culebra respondió: no te pido otra cosa, sino que mañana me envíes á tu hijo único con una olla de leche, y mostróle un agujero en donde la habia de poner, y añadió: cuidado con lo que te he dicho muchas veces, que no des crédito, á quien mal hiciste. Con esto se fué el buen hombre para su casa, y el dia siguiente envió á su hijo único con la leche á la montaña, segun lo habia prome-

tido á la culebra; y llegando al lugar que el padre le habia mostrado, puso la leche en el agujero, y luego saliendo la culebra saltó en el mozo y le mordió de manera que murió. El labrador contristado por la muerte de su hijo, se fué á encontrar la culebra, y hablóle así: ó maldita culebra, tú me engañaste, diciéndome que te enviase á mi hijo, y le has muerto traidoramente. La culebra desde una peña le respondió: yo niego eso que tú dices, pues yo no te he engañado: tú me pisaste y me heriste mal: ¿no te dije muchas veces, que no creyeses á quien mal habias hecho?

Ten memoria, y no lo olvides, que nunca es perfecto amigo el que te ha sido enemigo. A quien ofendiste alguna vez, procura pedirle perdón, y hacerle todo el bien que puedas; pero atiende siempre al refran, que dice: nunca la casa le abras, ni cures de sus palabras.

El Asno doctor.

Un cierto dia celebraron junta los animales: el leon tomó la palabra, y empezó á hablar de este modo: hace mucho tiempo, amados compañeros, que estamos despreciados de los hombres. La causa de esto no pienso sea otra que la de que ellos no nos entienden, ni nosotros los entendemos: nuestro language para ellos es una algarabía, dijo. Y el asno, sin pedir licencia, habló de este modo: si el hombre no nos entiende, es porque nosotros no formamos palabras, y él las forma: sus palabras tienen consonantes y vocales: las vuestras solo se componen de consonantes; mas las mias son voca-

les: juntad estas con las vuestras, y ya podrémos hablar y escribir las leyes de Licurgo. No tardes en enseñarnos, le dijeron sus compañeros; mas el asno que esperaba esta resolucion, alza el ocico, enristra sus orejas, empina el rabo, y formando un ronco murmullo en su gargüero, le pasó á sus anchas narices, y despidió cinco rebuznos, de los que cada uno era una de las cinco vocales, A, E, I, O, U. Pero el caso fué, que al oir el primer rebuzno, fué tal la gritería del concurso, que al concluir el asno sus temibles vocales, faltó poco para que todos diesen con el asno en tierra: vaya fuera el doctor, decian unos; palos en el burro, decian otros, y concluyeron todos: no queremos cinco vocales, que son otros tantos bocados del doctor asno.

La paga del ignorante que presume de sabio, debe ser la burla y el desprecio.

Si mucho y bien estudias, sabrás algo; pero si poco y mal entendido, serás ménos que el doctor asno.

La Raposa y el Lobo pescador.

Estado la raposa comiendo un pescado cerca de un rio, llegó un lobo con hambre, y pidió que le diese parte del pescado que comia. La raposa le dijo: señor, no me hables de esto, porque no te seria muy decoroso, que tú comieses de las sobras de mi mesa; no quiera el cielo, que te abandones en tanto grado; pero quiero darte un consejo. Tráeme aquí una cesta, y te enseñaré á pescar: de manera, que cuando te faltare de comer, á lo mé-

nos no te faltará pescado para alimentarte. Oyendo estas razones el lobo, se fué al primer lugar, y hurtó una cesta bien grande, y trájola á la raposa, la cual la ató á la cola del lobo, y díjole: entra en el agua, y anda tú adelante con tu cesta arrastrando, y yo iré detras moviendo los peces, y así sabrás pescar, como tambien sabes cazar. El lobo creyendo á la raposa, entró en el rio con su cesta atada al rabo, y la raposa iba detras echando piedras dentro de la cesta; y estando ya llena la cesta de piedras, dijo el lobo: qué es esto, cómo está tan llena la cesta que no puedo moverla? Respondió la raposa: amigo, doy gracias á los cielos, porque has salido buen pescador: espera un poco, miétras voy á buscar quien nos ayude á sacar este pescado. Entónces se fué la raposa al lugar, y dijo á los hombres: ó hombres, qué hacéis aquí? Yo vengo á traeros una buena nueva, y es que el lobo, que os come vuestros ganados, no contento de ello, aun saca los peces de vuestro rio. Oyendo esto fueron todos con los perros, lanzas y palos al rio á encontrar al lobo. Así que le vieron de aquella manera, le hirieron de muerte, y uno de ellos, queriendo darle una cuchillada, erró el golpe y le cortó la cola. Entónces viéndose el lobo libre y sin cola, escapó medio muerto, y se refugió en la montaña.

En este tiempo acaeció, que el leon se hallaba en aquellas montañas muy enfermo, al cual iban á visitar todas las bestias. Fué tambien el lobo desrabado y pescador, el cual dijo al leon: mi señor y mi rey, yo he andado hasta ahora buscando medicina para tu salud, y no la he hallado; pero he sabido que hay en esta provincia una raposa de particular virtud para curar toda suerte de en-

fermedades, llámala y quítale el pellejo, de manera que quede viva, y envuélvete el vientre y el estómago con él, y luego estarás sano. La raposa tenía la cueva allí cerca donde moraba el leon, y oyó todas estas palabras, y cuando el lobo salió de la cueva, se cubrió toda de lodo y estiércol, y se fué á encontrar el leon, y díjole: señor, suplicote, que no me hagas daño. No tengas miedo, dijo el leon, pero llégate mas acá, que te quiero buscar y decirte un secreto. La raposa le dijo: ya ves, señor, que con la priesa que he venido á visitarte no he tenido tiempo de limpiarme y estoy llena de lodo y porquería, y me da vergüenza el acercarme á tí, y temo causarte enojo y hastió. Mira, yo me limpiaré primero, y despues vendré á tí, y me dirás lo que quieres, pero ántes que me vaya, te quiero decir la causa de haber venido con tanta priesa. Yo he andado casi por todo el mundo buscando medicina para curar tu dolencia, y me ha dicho un físico griego de Atenas, que en esta provincia hay un lobo sin cola, graude y muy gordo, al cual quitaron la cola para cierta medicina, que dicen tiene particular virtud para curar toda suerte de enfermedades. Así puedes tú llamarlo, y cuando le tengas en tu presencia, puedes quitarle el cuero dejándole vivo; con la advertencia que le dejes la cabeza y los pies por desollar porque me han prevenido que estas partes eran ponzoñosas, y con su cuero envuelve tu vientre, y luego estarás sano y alegre: y dichas estas palabras se partió. Poco despues vino el lobo, y acercándose al leon, este le cogió, le quitó el cuero, y caliente se lo aplicó al vientre, conforme la raposa le habia dicho. El lobo así desnudo y sin pellejo, se fué á la montaña, luego las abispas y

moscas comenzaron á picarle, y á morderle bárbaramente, y huía sin saber á donde iba. La raposa que estaba en una peña alta, llamándole con gran risa, le decia: ¿Quién eres tú, que vas con el sombrero en la cabeza y guantes en las manos en tiempo tan caloroso, y huyes sin saber lo que te haces? Escucha esto que te digo: Cuando estuvieres en casa, habla bien de tu amo y señor; y cuando fueres á la corte, di bien de todos, y si no quieres decir bien, no digas mal.

Nunca la venganza es permitida. Cuando alguno te ha injuriado, y no puedes remediarlo, lo mejor es olvidarlo.

El Lobo echando un pedo.

Cierto dia levantándose el lobo muy de mañana, echó un pedo por detras, y dijo: esto es muy buena señal. Doy gracias á los cielos, pues hoy me hartaré á mi gusto, y comeré muchas viandas, segun me ha mostrado ahora el trasero que me ha sonado. Y así se fué á buscar aventuras. Halló en el camino mucha manteca de puerco, que se cayó á unos arrieros, y volviéndola y revolviéndola de una y otra parte, la olió muchas veces, y dijo: no comeré hoy de tí, porque sueles descomponerme el vientre, y estoy cierto que hoy tendré mejores viandas, segun lo que esta mañana me ha indicado el trasero. Un poco mas adelante halló un tocino salado y seco, al cual revolviéndolo, dijo: no comeré hoy de tí, pues estoy cierto, que hoy he de hartarme de buenas viandas, segun me acunció mi trasero. Bajando despues á un valle,

halló una yegua con un hijo, y dijo entre sí: gracias al cielo, ya sabia yo que hoy habia de hartarme de buenas comidas; y llegándose á la yegua, díjole: Hermana, yo vengo muy cansado, tengo hambre, y me habrás de dar á tu hijo, para que le coma. La yegua respondió, ház lo que te gustare; pero, señor, ayer caminando, se me hincó una espina en este pié, ruégote, que pues eres cirujano afamado, que me la saques, y cures primero, y despues comerás á un hijo. Creyendo esto el lobo, se llegó al pié de la yegua para sacarle la espina, y ella le dió tan grande coz á la frente, de manera que dió con él en el suelo, y así se escapó del lobo, y con su hijo se fué á la montaña. El lobo recobrando los sentidos y volviendo en sí, dijo: no bago caso de esta injuria, pues que hoy espero hartarme, y contiúuó su camino. Apénas hubo andado cuatro pasos, halló dos carneros, que pacian en el prado, y dijo entre sí: ahora sí que comeré á mi gusto, y llegando á los carneros los saludó, y les dijo: hermanos, aparejaos, pues he de comer á uno de vosotros. Respondió el uno: haz lo que gustares, pero te suplicamos, que primero dés una sentencia justa en el pleito que tenemos sobre este prado, que fué de nuestro padre, y no sabemos como partirlo entre los dos, y por esto reñimos todos los dias; por tanto ház la particion justa de él, y despues harás de nosotros lo que tú quisieres. Respondió el lobo: yo haré con mucho gusto lo que me suplicáis; pero quisiera que me dijeseis, en qué modo quereis que lo parta? Eutónces dijo el otro carnero: señor, ya que pides el modo, á mí me parece que no debes partirlo; sino que tú te pondrás en medio del prado, y nosotros estaremos

uno en cada extremo, y correrémos ámbos á un tiempo, y aquel que llegáre á tí primero le darás el prado; y el otro te lo comerás tú cuando quieras. Dijo el lobo: hágase de esta manera, que me parece buen modo. Y así se fueron los carneros cada uno á su extremo, y corriendo con gran priesa é ímpetu al centro del prado donde estaba el lobo, le dieron los dos á un tiempo tan fiero golpe, que el lobo cayó en el suelo, quebrantadas las costillas y medio muerto; pero poco despues volvió en sí, y dijo: ni aun, lobo, hacer caso de esta otra injuria, pues yo he de hartarme hoy, segun me lo anunció el trasero. Llegando á una ribera halló una puerca con sus hijos, que pacia en el prado, y dijo: bendito sea este dia, ya sabia yo que hoy habia de hartarme de buenas viandas, y dijo á la puerca: hermana, hoy quiero comer á tus hijos. Respondió ella: señor, como tú mandáres, pero deben lavarse y limpiarse primero, segun nuestra costumbre lo requiere. Por tanto te ruego, pues la fortuna te ha traído aquí, que tú mismo los laves, y despues escoge de ellos los mas te agradaren. El lobo le dijo que le mostrase la fuente ó rio; y estando ya sobre uua peña, tomó el lobo un lechon para meterlo en el agua y lavarlo; la puerca se llegó á él, dióle un gran golpe con el hocico, y le echó dentro del agua, y la fuerza del rio arrebató y se llevó el lobo y cayó en un molino, de donde salió muy lastimado. Huyendo de aquel peligro, dijo: no es mucho el dolor que me ha causado este infortunio, ni debe retraerme de mi esperanza, pues segun ha solfeado esta mañana mi trasero, he de hallar muchas viandas en este dia. Y razonando de esta manera, pasó cerca de un lugar donde vió

unas cabras que estaban encima de un horno, y dijo: ahora veo una vianda que mucho codicio, y fuése hácia ellas. Al instante que ellas vieron al lobo, escondiéronse dentro del horno. Estando el lobo enfrente del horno, las saludó, y díjoles: hermanas, el cielo os guarde, yo he venido á visitaros y á comer alguna de vosotras. Dijeron ellas: señor, óyenos, y despues ház de nosotras lo que gustares. Nosotras no venimos aquí, sino á oír lo que tú cantas, pues nos gusta mucho tu voz. Canta un poco, y despues ház de nosotras lo que quieras. El lobo que presumia mucho de cantar, comenzó á ahullar y á dar muy grandes voces. Los aldeanos oyendo las voces y ahullidos del lobo, salieron todos con armas y perros, y le dieron tantos golpes, que quedó casi muerto. En fin pudo librarse de los perros, y cansado de correr se puso debajo de un árbol á descansar, entónces comenzó á quejarse de esta manera: ó cielos, cuántos males me han sobrevenido! cuántos infortunios he padecido hoy! Pero yo tengo la culpa de todo, pues quién me hizo despreciar la manteca de puerco que hallé en el camino, y desechar asimismo la carne salada, sino mi soberbia y vanidad? Si yo no he aprendido jamas medicina, de donde me habia de venir el querer curar á la yegua? Si yo no he estudiado leyes y en mi vida he sido juez, quién me metió á juzgar el pleito de los carneros? Si yo no he sido jamas comadre ni lavandera, por qué quise lavar en el rio los cochinos? Ó Júpiter, tira desde tu trono un cuchillo sobre mi cabeza! En esta sazon habia un hombre encima de un árbol, limpiando y cortando algunas ramas, el cual oyó las palabras del lobo, y luego le tiró la hacha con que limpiaba el árbol, é hirió

al lobo en el espinazo, que le hizo caer en tierra, y levantándose y mirando al cielo y al árbol, dijo: ó Júpiter, qué presto me has castigado y has oído mis súplicas! Se fué así, escarmentado de su soberbia y presuncion, y humillado y abatido, á los montes de donde habia salido tan soberbio y tan lleno de vanidad.

Lo que muestra el agüero, no es verdadero. Tú que crees en prestigios, mirate en este espejo, toma de mi este consejo. Si tienes alguna esperanza, mira bien que no te empines, que son dudosos los fines.

El Lobo y el Perro flaco.

U n hombre rico tenia una manada de ovejas y un perro que las seguia para defenderlas del lobo; pero este hombre era tan avariento que no daba de comer al perro. Un dia hallando el lobo al perro, díjole: qué flaco que estás! yo sé bien porque no engordas; pues tu amo es muy avariento y mezquino; pero, si tú quieres, yo te daré un consejo, y engordarás luego. Respondió el perro: dámelo por vida tuya, que te lo estimaré infinito. Dijo entónces el lobo: mi consejo es este; permíteme entrar todos los dias en la manada de los corderos, y tomaré uno de ellos: tú seguirásme corriendo, y despues de haber corrido un largo trecho, fingirás que estás cansado, y que te caes de flaqueza. Los pastores viendo esto luego dirán: ciertamente si el perro no estuviese tan flaco, habria tenido fuerzas bastantes para seguir al lobo, y no dudo que te mejorarán la racion, y te hartarán. Pareció bien este consejo al perro, convinieron en ello. Entró, pues, el lobo en la manada, tomó un cordero, y se escapó con él. El

perro siguió tras el lobo, y se dejó caer en el suelo como desmayado de hambre. Viendo esto los pastores dijeron: de esto tiene la culpa el amo; si diese mas comida al perro estaria mas gordo, y tendria mas fuerzas, y segun el espíritu que tiene, habria alcanzado al lobo, y este no se habria llevado el cordero.

El amo, que oyó las razones de los pastores, dijo: mis criados tienen la culpa, villanos; pues yo tengo mandado que se harte bien el perro, y ahora acabo de ver que está muerto de hambre. De aquí en adelante quiero que se dé al perro carne cocida, y pan de harina paraque engorde luego.

Vino otra vez el lobo al perro, el cual dijo: hermano, ¿no te dí buen consejo? Respondió el perro: por cierto, bueno y necesario para mí. Pues continuemos, dijo el lobo, y yo entraré otra vez en la manada, tomaré un carnero y huiré con él: tú correrás tras mí, me alcanzarás y me darás un golpe, que no será muy fuerte, y te caerás en el suelo. Luego dirán los pastores: ciertamente si á este perro se le diese bastante comida, tendria mas fuerzas, y no se habria el lobo llevado el cordero, y aun él mismo no escapara vivo. Respondió el perro: amigo, yo tengo miedo á mi señor, el cual me da de comer; pero no me da en abundancia, y así consiento en esto que dices.

Entró otra vez el lobo en la manada, tomó un cordero, y escapó con él, siguióle el perro, segun entre ellos estaba concertado, y cuando alcanzó al lobo, le dió un golpe en el pecho y se dejó caer, como aquel que no se puede tener de flaco. Viendo esto los pastores, dijeron: por cierto si él tuviese comida en abundancia, no se llevaria nuestro cordero el lobo, ni escaparia vivo.

Oyendo esto el señor les dijo: os mando, que de aquí en adelante harteis bien al perro. Y así le daban mucha carne, y pan en abundancia, de suerte que el perro engordó en extremo.

Vino tercera vez el lobo, díjole: muy buen consejo te di esta postrera vez, hermano. Respondió el perro: conozco que es buen consejo y muy provechoso á los dos. Dijo entonces el lobo: quiero entrar á tomar un cordero con tu licencia, en premio de lo que te he merecido. Respondió el perro: amigo, ya recibiste tu galardón, pues ya te llevaste dos corderos. Díjole otra vez el lobo: si á tí te gusta, tomaré otro cordero. Dijo el perro: no quiero, y si lo haces, juro por mi vida que no escaparás vivo. Viendo el lobo esto, díjole: ya que tú no quieres esto, á lo ménos dame un consejo, pues me muelo de hambre. Al cual dijo el perro: mira ayer cayó una pared del cuarto de mi señor, donde hallarás mucho pan, tocino y carne salada; si tú vas allí de noche, podrás hartarte á tu gusto. Dijo entonces el lobo: hablas con ingenuidad, ó me engañas, ó quieres engañarme? yo temo que si entro allí, me descubrirás, y vendrá tu amo y los pastores y me matarán. Respondió el perro: por mi fé te juro, que no haré tal cosa, porque no están á mi cargo estas mercaderías, ni debo guardar sino los corderos y las ovejas, y por esto no te descubriré. Asegurado el lobo de la palabra del perro, cuando fué de noche oscura, se fué al cuarto que le dijo el perro, y comió mucha carne, pan y otras cosas, y bebió vino en tal abundancia, que se emborrachó. Dijo entre sí el lobo en medio de su borrachera: yo he visto algunas veces que los hombres cuando estan borrachos, cantan, se ale-

gran y se divierten, ¿por qué yo no he de cantar y divertirme tambien? y así comenzó á abullar. Oyendo los otros perros su voz, comenzaron á ladrar: los hombres despertaron entonces, y dijeron: por cierto cerca estará el lobo, pues los perros ladran mucho. Rondaron toda la casa, y lo hallaron en la dispensa, y aquí acabó sus dias el lobo.

Si d tus familiares no les das lo que les debes, de tu casa á tu despecho sacarán pan, vino y su provecho.

Mas pierde el avaro que el liberal.



El Perro envidioso.

Cierto perro envidioso yacia en un pesebre que estaba lleno de heno, donde iban todos los dias

los bueyes, á quienes no dejaba comer. Un buey oprimido de la hambre, quiso arrimarse al pesebre para tomar un poco de heno; pero se lo impidió el perro, ladrando y mostrando los dientes con saña. Bestia envidiosa, le dijo el buey, ¿qué naturaleza es la tuya tan perversa, pues no quieres permitir que yo me aproveche de una cosa que tú no puedes aprovechar? Conservaba tambien este perro un hueso, que no podia roer, ni quiso jamas que otro perro lo royese, ni se aprovechase de él.

Jamas codicies lo ageno. Lo que para tí no quieres, déjalo aprovechar á otro si puede. Nunca tú tengas envidia de que tu vecino medre. No quieras perder un ojo, á trueque que otro ciegue.

El Padre y los Hijos.

Un hombre murió, y en su testamento dejó todos sus bienes á tres hijos que tenia; es á saber, un manzano, un chibo y un molino. Enterrado el padre dijeron los hijos: vámos al juez, y pidámosle que nos reparta esta hacienda. Fueron los tres hermanos al juez, y le hablaron de esta manera: señor, cuando nuestro padre murió, nos dejó en su testamento su hacienda por iguales partes, y que nos la repartiésemos. El juez les preguntó qué cosa era? dijeron ellos: señor, un manzano, un chibo y un molino. El juez dijo: ¿pues, cómo os dejó el manzano? Respondieron ellos: á partes iguales, de manera que no hubiese mas para uno que para otro. Dijo el juez: ¿cómo se podrá partir el manzano? Respondió entonces

el hermano mayor: yo tomaré lo bueno y malo. El segundo dijo: yo tomaré lo que fuere verde y seco. El tercero dijo: yo escojo las raices con el tronco y las ramas. Oidas estas palabras dijo el juez: ¿quién de vosotros tendrá la mejor parte? Ciertamente, ni yo ni otro puede describirlo. Así pues, cualquiera de vosotros, que pudiere declarar quien ha escogido mejor parte, tome el árbol por entero.

Vamos á la otra manda, dijo el juez. ¿El chibo, cómo lo dejó vuestro padre? Respondieron ellos: dispuso que aquel lo heredase, el cual mejor supiese formar de él un discurso oratorio haciéndole mayor. Entonces el hermano primero dijo así: Pluguiese al cielo que este chibo fuese tan grande, que de una vez pudiese beber toda el agua del mar, toda la que hay debajo del cielo, y todavía no bastase para llenar su barriga. El hermano segundo dijo: segun yo pienso, yo me llevaré el chibo, pues yo le haré mayor que todos: pluguiese al cielo que pudiésemos juntar todo el cáñamo, lino, lana y seda que hay y ha habido, y formar de esto una cuerda, y que el chibo fuese tan grande, que no bastase esta cuerda á ceñir su pierna. Dijo el hermano tercero: aunque yo soy el último en hablar, entiendo que el chibo será mio, porque yo le haré mayor de esta manera: pluguiese que hubiese una gran ágnila, la cual volase hasta el cielo y volando desde allí por todas las cuatro partes del mundo, fuese el chibo tan grande, que siempre le viese debajo de sus pies. Acabados estos discursos, dijo el juez: pídoos cuál de vosotros ha hecho mayor al chibo; porque ni yo ni otro alguno podrá declararlo, y sea de aquel que lo declare.

Vamos á la otra manda, dijo el juez. ¿El molino, cómo mandó vuestro padre, que sea reparado? Respondieron ellos: nuestro padre ordenó que se diese á aquel que fuese mas mentiroso. El primero dijo: pues el molino debe ser mio; porque soy el mas mentiroso de todos, lo cual probó de esta manera: muchos años há que duermo en una cama grande, y por un agujero cae sobre mi oreja una gotita de agua, la cual me ha liciado las venas de mi cabeza, que me ha trastornado los sesos; me ha descoyuntado los miembros, me ha quebrantado los huesos, y podrido el cerebro; de manera que ya sale y me corre el meollo por la oreja; y así he quedado tan inútil, que no puedo levantarme de la cama ni volverme de la otra parte, ni inclinar la cabeza. El segundo hermano dijo: segun yo pienso el molino será mio, porque yo soy mas mentiroso, y sino voy á la prueba. Aunque yo ayune quince dias ó un mes entero, si me allegare á una mesa llena y abundante de viandas muy buenas, no podré comer niuguna cosa, por la fuerza de mentir, á no ser que otros me hagan abrir la boca, metiéndome la vianda en ella. Dijo el tercero: creo por cierto, que yo ganaré el molino, porque es evidente que soy mas mentiroso; pues, aunque yo sufriese la sed hasta morir, y tuviese agua hasta la garganta, primero me moriria, que bajar la cabeza para beber una gota de agua, si algun otro no me abriese la boca por fuerza, y no me la echase en ella. Entouces dijo el juez: yo no entiendo, ni hay en el mundo quien pueda entender cual de vosotros sea mas mentiroso, por ende suspendo la sentencia por ahora; y así se fueron del tribunal sin saber como habian de repartirse la hacienda.

Cuando pleitees alega buenas razones, no sea que el juez perplejo no pueda juzgar tu causa, ó te condene á las costas.

La Raposa y el Lobo.

Una raposa con su hijo fué á encontrar al lobo, y le habló de esta manera: mi señor lobo, pídotte por merced, que quieras criar á mi hijo, y enseñarle aquellas artes que tú sabes. El lobo convino en esto, y entonces la raposa dejó su hijo, y volvió á su cueva. Una noche tomando al hijo de la raposa el lobo, se fué á unos corrales de ovejas, para robar alguna de ellas; pero fué sentido de los perros, y no pudo tomar nada. Al amanecer subió á lo alto de un monte, y dijo á su ahijado: ya sabes que á noche fuimos al corral de las ovejas, y que trabajé mucho para pillar alguna de ellas, pero en vano; ahora estoy cansado y fatigado; tú vela un poco mientras yo duermo; y mira cuando salieren las bestias del lugar á pacer, y me despertarás para ver si puedo tomar alguna. Durmióse el lobo, y á la mañana despertóle el ahijado, llamándole: señor, señor. El lobo le dijo: ¿qué quieres, ahijado? El cual respondió: señor, ya salen los puercos. Díjole el lobo: no hago caso de este ganado, porque son animales sucios, y sus sedas y cerdas me lastiman el gazuete cuando las como, y durmióse otra vez. Pasada una hora llamóle otra vez el ahijado: señor, señor. Respondió el lobo: ¿qué quieres? Dijo él: mira que salen las vacas á pacer. Dijo el lobo: no quiero tomar ninguna de ellas, porque los pastores que las guardan

son fuertes y crueles, y los mastines que traen, malos y bravos, los cuales luego que me sienten, ladran y me persiguen hasta matarme; y se durmió otra vez. Despues pasada una hora, el ahijado llamó al lobo: señor, señor, ya salen las yeguas. Díjole el lobo: mira á que parte van. El ahijado miró donde iban, y volvió diciendo: señor, han entrado en un prado cerca de la montaña donde hay muchos álamos. Oyendo esto el lobo, se levantó, y se fué con cautela, y llegó escondidamente hasta el prado, donde estaban las yeguas: tomó una de las gruesas por las narices, y la ahogó, despues se la llevó, y se la comió con su ahijado. Viéndose harto el raposillo, llegó al lobo, y saludándolo, dijo: señor, si alguna cosa mandas, yo la cumpliré con gusto; y supuesto que yo ya sé lo suficiente, y lo que me basta para buscar la vida, pídotte licencia para ir á vivir con mi madre. El lobo respondió: hijo, no quiero que te vayas, porque yo sé que te pesará si te fueres tan poco instruido. Respondió el ahijado: pues sé lo que me basta, no estaré mas aquí. Y viendo el lobo que absolutamente queria irse, díjole: véte en paz, pero vuélvote á decir que te pesará de ello ántes de poco tiempo, y supuesto que te quieres ir, darás muchas memorias á mi comadre. El raposillo se fué para su madre, la cual viéndole, díjole: ¿por qué te vienes tan pronto de tu escuela? Respondióle el raposillo: véngome, porque me hallo bastante instruido, y he aprendido tanto, que yo podré mantener á tus hijos sin trabajo alguno. Preguntóle la madre: hijo, ¿cómo has aprendido tan pronto? Respondió él: no puedo satisfacer con razones, la práctica te lo dirá: levántate y sígueme, y verás como he salido buen maestro.

La madre, aunque no confiaba en que su hijo se hubiese instruido tan presto, no obstante para complacerle y darle gusto, le siguió. Hizo entonces el raposillo lo mismo que vió hacer al lobo; se fué de noche á las ovejas para tomar una de ellas, y como no pudo, se subió á un monte cerca de un lugar, y dijo á la madre: ya sabes que estoy cansado y fatigado, y así me dormiré un poco. Tú velarás esta noche, y mira cuando salieren las bestias á pacer, y cuando las vieres, despiértame, y tú verás entonces lo que yo sé, y lo que he aprendido. Cerca de la mañana llama la raposa á su hijo, el cual respondió: ¿qué quieres, madre? Ella dijo: mira que salen los puercos á pacer. Respondió su hijo: no hagamos caso de ellos; porque son sucios y fastidiosos, y con sus cerdas dañan al gznate cuando se comen. Una hora despues llamó otra vez la madre á su hijo. Y él respondió: ¿por qué no me dejas dormir un poco, pues sabes que estoy cansado? Ella le dijo: las vacas salen del lugar. Respondió el raposillo: no hagamos caso de ellas, madre mia, porque sus pastores son muy vigilantes y las guardan muy bien, los perros que llevan son muy feroces y muy fuertes. Apenas hubo pasado una hora, que llamó otra vez la madre á su hijo, diciéndole que se levantase. El raposillo dijo: ¿qué es esto, madre mia? Ella respondió: las yeguas que salen á pacer. A esto respondió el raposillo con mucha alegría: mira, madre, á donde irán. Dijo la raposa: hijo, han entrado en un prado cerca del monte. Entónces se levantó el raposillo, y dijo á la madre: ahora verás lo que he aprendido, quédate aquí, y mira lo que haré. Se fué el raposillo, y llegó al lugar donde las yeguas pacian, y envistió á una de las mas gordas tomán-

dola por las narices para ahogarla y matarla como lo hizo el lobo; pero la yegua no sintiendo el peso del raposillo, comenzó de correr hácia los pastores, llevándolo colgado de sus narices, donde tenia sus dientes hincados. Viendo esto la raposa desde lo alto del monte, comenzó á gritar: ó hijo mio, suelta la yegua, y vuélvete acá; mas no pudiendo el raposillo sacar los dientes, que tenia bien clavados en las narices de la yegua, le arrastraba la yegua por fuerza. Y cuando vió la raposa que los pastores iban corriendo á matar á su hijo, se puso á gritar llorando: ¡ay de tí, hijo mio! ¿por qué te saliste tan presto de la escuela? ¿Por qué no te quedaste mas tiempo con tu maestro el lobo? Ahora morirás, y dejarás á tu madre sin consuelo. Estando en estos sentimientos la raposa, llegaron los pastores, y con palos y piedras mataron al raposillo.

El necio piensa que todo lo sabe, y el atrevido al cabo lo paga. De saber mucho no te precies, y aunque en ciencia crezcas, jamas tú te ensoberbezcas. Es muy propio de los sabios, el pensar que nada saben.



El Leon y la Raposa.

El leon fingia que estaba enfermo : con este engaño hacia venir á sí á todos los animales. Cuando los tenia en su cueva , los mataba á medida que iban llegando. Llegó tambien la raposa , y desde afuera hablaba con el leon , diciendo que sentia mucho su enfermedad. El leon , viendo que la raposa no entraba y le hablaba de puertas á fuera , le dijo : ¿ por qué no entras ? Sabes por qué , dijo la raposa , porque veo aquí las pisadas de los que entran , y no de los que salen.

En todo lo que vas á hacer , si no ves buen aparejo , muda luego de consejo.

El discreto escarmienta en cabeza aiena.

El Lobo y el Carnero.

An un pastor de ovejas se le murió un perro que queria mucho, porque mataba á los lobos. Sentia mucho su pérdida, y lloraba de dia y de noche por la falta que le hacia. Oyendo sus lamentos un carnero soberbio, dijo al pastor: Pastor, córtame á mí los cuernos, vísteme la piel del perro que se te ha muerto, y yo apartaré á los lobos con mi vista, pues creerán que soy el mismo mastin. El pastor tomó su consejo, le cortó los cuernos, y le vistió con la piel del perro. Los lobos venian á las ovejas, y viendo aquel carnero, creyendo que era perro, todos se escapaban de miedo que le tenian. Pero un dia vino un lobo hambriento, tomó una oveja y se escapó. El carnero viendo esto, corrió tras el lobo con gran priesa. El lobo creyendo que era un perro, se escapaba á toda priesa. El carnero corria siempre tras él; pero acaeciò, que al pasar por unos matorrales y abrojos, se le cayó la piel de perro, y pareció luego la lana de carnero. El lobo viendo esto, entendió el engaño, y se allegó á él y le preguntó: ¿quién eres tú? El carnero no pudiendo negar lo que era, dijo: soy carnero. Pues, amigo, dijo el lobo, ¿por qué te vistes de ropas ajenas? ¿Pensabas que no serias conocido? Ahora pagarás tu atrevimiento, y luego le degolló.

No es el hábito lo que hace el monge. Con los mayores que tú, ni de noche ni de dia, jamas entres en porfia. No salgas fuera de tí; donde quiera que anduwieres, que te acuerdes de quien eres.

El Leon y su hijo.

Un leon, viéndose perseguido en un lugar, quiso mudar de domicilio; y así tomó un hijo que tenia, y fué á vivir en otra parte. Despues de mucho tiempo de estar allí, el hijo preguntó á su padre un dia, si eran naturales de aquella region? Respondióle el leon: no, somos de otro lugar; solo venimos á esta tierra para huir de los lazos que nos armaban los hombres. ¿Y quién era el que nos perseguia? preguntó el leoncito. Respondió el padre: un hombre astuto y diestro que allí habia. Dijo entónces el leoncito: ¿y quién es este hombre fuerte que espanta á los leones? Respondió el padre: no es tan grande ni tan fuerte como nosotros; pero es muy ingenioso y ratero. Pues yo iré á encontrarle, y vengaré nuestras injurias. El leon rogó á su hijo que de ninguna manera fuese allá, pues temia que no cayese el leoncito en algun lazo, y le dijo: hijo mio, créeme, no vayas allá, pues si vas temo te sucederá alguna desgracia. Pero el leoncito no hizo caso de lo que decia su padre, y se fué á encontrar al hombre. En el camino halló un caballo que pacia en un prado, muy maltratado, y casi rotas las costillas, y preguntóle: dime, caballo, ¿quién te ha injuriado, y te ha puesto de esta manera? Respondió el caballo: un hombre, que monta todos los dias sobre mí, y me hace andar y correr mas de lo que puedo, y me rompe las costillas á palos. Díjole el leoncito: juro por vida mia, que yo vengaré tu injuria. Caminando mas adelante halló un buey

muy herido y maltratado, y le dijo: ¿quién te ha injuriado de esta manera? Respondió el buey: un hombre, que me hace arar y trabajar la tierra, hiriéndome con la punta de hierro hasta las entrañas. Esclamó entonces el leoncito: ¡ó cuántos males ha cometido este hombre! Por vida mia que yo me vengaré de él. Despues mirando en el suelo, vió las pisadas de un hombre, y preguntó al buey: de quién son estas pisadas? el cual respondió: estas pisadas son del hombre que me ha injuriado. Entonces el leoncito estendió su mano sobre las pisadas, y dijo: cómo, tan pequeño pié tiene el hombre, y tantos males hace? Y dijo al buey que le mostrase á este hombre. Allí está, dijo el buey. Viendo el leoncito al hombre, que con una azada estaba cabando la tierra, acercándose á él, le dijo: ¡ó hombre, cuántas maldades has cometido contra mí, contra mi padre y contra otras bestias, cuyos reyes somos nosotros! yo vengo pues á vengarme de ti. El hombre mostrándole un palo y una hacha que tenia, dijo al leoncito: juro por mi vida que si tú subes, con estos instrumentos te haré pedazos. Respondió el leoncito, viendo al hombre tan resuelto á matar: supuesto que tú no quieres que yo me vengue de tí, vamos tú y yo á mi padre, que él hará justicia á todos. Dijo el hombre: está muy bien, vamos allá. Dejó el hombre su trabajo, y se fué con el leoncito; pero en lugar de ir por el camino derecho, íbase por una senda en donde tenia parados sus lazos; y andando el leoncito tras el hombre, cayó luego en un lazo, en el cual fué preso. Entonces el hombre le dió de palos hasta matarle. El leoncito le decia: ó hombre, ten piedad de mí, no me hieras en la cabeza ni en el

vientre, hiéreme en las orejas, que no quisieron oír el consejo de mi padre; hiéreme en el corazón, que no quiso aprender la saludable doctrina que mi padre me enseñaba cuando me decia, que no fuese á encontrarte, porque tú eres astuto y diestro. Pero el hombre le hartó de palos y le mató.

Sigue el consejo de quien te quiere bien. De aquel debes aprender de quien has nacido. Igualmente dice el sabio, que el vengativo se acarrea su daño.



El Aguila y el Escarabajo.

Una águila volaba tras una liebre para matarla, la cual viendo que no se podia escapar pidió so-

corro y ayuda á un escarabajo. Este la recibió bajo su amparo, prometiéndole que la defendería. Llegó el águila para prender á la liebre. El escarabajo dijo entónces: detente, y te suplico que no mates la liebre, pues yo la defiendo. El águila menospreciando los ruegos y pequeñez del escarabajo, tomó y mató á la liebre. Viendo esto el escarabajo, sentido de la injuria, siguió al águila, para ver donde tenia su nido. Cuando estuvo allí, subió al nido del águila, y echó sus huevos abajo y se rompieron y de esta manera vengó la muerte de la liebre.

A los menores que tú, no tengas en menosprecio, porque el que quiere, puede vengarse de tí. Nadie desprecies por leve, que una pavesilla ardiendo puede causar grande incendio.

El Caballero, la Raposa y el Escudero.

Viajando un caballero con su escudero, vió una raposa y dijo: ó Dios! y qué grande es esta raposa! ¿De esto te maravillas, señor? dijo el escudero: á fé mia yo he estado en una region, donde vi una raposa, que era mayor que un buey. El caballero, aunque conoció que el escudero mentía, disimuló por entonces. A poco rato despues, dijo exclamándose: ¡ó Júpiter muy poderoso! Suplícote que nos guardes hoy de toda mentira, y permitas que pasemos el peligroso rio, que hemos de pasar, sin riesgo ni peligro, y guíanos salvos y sanos de todo daño en la posada á descansar. El escudero oyendo estas deprecaciones, preguntó al caballero: señor, suplícote me digas ¿qué cosa

te mueve á esta súplica? Respondió el caballero: ¿no sabes tú una cosa tan manifiesta á todos los que viajamos? Sepas, pues, que hoy hemos de pasar un rio, del cual, si alguno entrare que en aquel dia haya mentido, no puede salir vivo, y será en él ahogado. Oyendo esto el escudero, turbado de miedo, al llegar á un pequeño arroyo, dijo: señor ¿este es el rio peligroso, del cual hablaba V.? Respondió el caballero: no es este, aun estamos lejos de él. Dijo el escudero: sabes porque lo pregunto, porque la raposa de que hoy he hablado á V. no era mayor que un asno. Respondió el caballero: yo no hablo ahora de la raposa. Llegaron á otro rio, y dijo: señor, ¿es este el rio de que hablaste hoy? Dijo el caballero: aun estamos lejos de él. Dijo entonces el escudero: sabes porque lo pregunto, porque me acuerdo de la raposa, que dije que era tan grande como un asno, y ahora digo que era grande como un becerro. Dijo el caballero: yo no hablo, si ella era grande ó pequeña. Llegaron á otro rio, y dijo el escudero: ¿Es este, señor el rio? Respondió el caballero: aun está algo lejos. Yo lo pregunto, dijo el escudero, porque la raposa que yo vi no era mayor que un carnero. Dijo el caballero: deja ya de hablar de tu raposa, y habla de otra cosa. Llegando ya muy tarde á un rio, dijo el escudero: señor, este será el rio de que me hablaste. El caballero dijo: es verdad, este es aquel rio, que ahoga á los que dicen mentiras. El escudero lleno entonces de miedo y de confusion, dijo: señor, yo confieso que he mentido en orden á la raposa, pues yo te juro por mi cabeza que aquella raposa, que yo vi en aquella otra region, no era mayor que la que hoy vimos. Entonces riendo á carcaja-

das, dijo el caballero increpándole: y yo te juro asimismo que la agua de este rio no es de peor condicion ni mas peligrosa que la de otros rios.

De la mentira y falsedad huye de todas maneras, porque viviendo no mueras. En cuantas cosas tratares de cualquier calidad, habla siempre la verdad.



El Gallo y el Gato.

EL leon rey de los animales queria matar al gallo, y dió este encargo al gato con las razones que le movian á ello. Luego enviste el gato al gallo, y le dice: ven acá gallo, has de morir. ¿Por qué? dijo el gallo. Porque llevas cresta coronada,

y esto es propio de reyes y no de vasallos. Qué ¿acaso yo me la he puesto? Si me la ha dado la naturaleza, qué culpa tengo yo? Quedó el gato convencido por entonces, y díjole: véte, véte. Apenas habia vuelto las espaldas, le llama otra vez: ven acá gallo. ¿Qué quieres? has de morir. ¿Por qué? Porque tienes muchas mugeres, y esto no está bien visto, cuando los demas animales no tienen mas de una. Dice el gallo: ¿qué culpa tengo en esto? Yo no me las busco, sino que me las dan para multiplicar mas á costa mia. Quedó convencido el gato, pero no contento. De ainí á poco llámalo otra vez, y dice: ven acá gallo. Responde el gallo algo enfadado, ¿qué me quieres? Has de morir. ¿Y por qué? Porque levantas mucho la voz y despiertas á los dormidos. ¿Pues qué culpa hay en ello? dice el gallo, ¿canto mas de lo que es menester? Antes bien mi canto sirve de reloj á los que han de ir al trabajo. Bien, dijo el gato, véte, véte. Pero poco le duró la quietud, pues le llamó otra vez, diciendo: gallo, vén acá. ¿Qué me quieres ahora? Que has de morir. ¿Y por qué? Aquí no hay mas por qué, concluyó el gato, sino porque así lo queremos, y así murió el gallo.

¿Cuál es el hecho mas vil? El no poder ofender y reventar por poder. Para hacer mal y daño, nunca faltan pretextos. Si al poder se junta la malicia, nadie escapa.

El Aguila y el Cuervo.

EL águila, volando desde una peña muy alta, tomó y arrebató un cordero de una manada. Vién-

dolo el cuervo, quiso hacer lo mismo. Se puso á volar con mucha velocidad, y se dejó caer sobre el cordero mas gordo del mismo rebaño, para llevárselo como el águila, pero enredó sus uñas con la lana y no pudo salir de allí. Entonces corrió el pastor, le cogió, y cortándole las alas, lo dió á los muchachos para jugar. Preguntóle alguno: ¿qué ave eres? y el cuervo respondió: en cuanto al pensamiento fuí águila, pero en cuanto á las obras cuervo.

Ninguno debe hacer lo que no alcanzan sus fuerzas. Ház lo que puedas, y no mas, no reine en tu pensamiento algun loco atrevimiento.



El Hombre y el Dios de madera.

Un hombre tenia un dios que el mismo se habia fabricado. Pedia á aquel dios que le diese riquezas y bienes; pero el dios de madera se hacia sordo á sus súplicas, y cada dia el hombre se empobrecia mas. Cierta dia enfadado el hombre, tomó su dios por la pierna y á palos lo rompió. Al tiempo de romperle la cabeza, salió mucho oro y plata de ella. Quedó sorprendido el hombre, y dijo: Este es un dios fantástico ¿podia jamas creer ni pensar, que podian mas con él los palos que las súplicas?

El malo no aprovecha sino por fuerza. Arbol hay que solo á palos da la fruta.



La Zorra y el Chibo.

Habiendo una zorra caído sin pensar en un pozo, y estando detenida allí por ser algo alto el brocal, llegó un chibo sediento al mismo sitio, y preguntóla, si el agua era dulce y abundante. La zorra le respondió: baja, amigo, porque es tan buena el agua, que no acaba de hartarse de ella mi gusto. Bajó el chibo, y luego la raposa salió del pozo, estribando en sus altos cuernos, y dejó el chibo metido y atollado en el pozo.

Algunos por no perecer ellos, pierden a otros. No es de honrados pretender su provecho y utilidad, causando incomodidad.

El Cazador y la Abutarda.

Un cazador paró sus lazos en el campo para cazar grullas, y prendió con ellas una abutarda, la cual viéndose presa, pedia al labrador que la soltase; pues ella no era grulla, sino abutarda, y decía: mira que yo soy de las aves la mas piadosa, pues no desamparo á mi padre en la vejez. El cazador sonriéndose, dijo: bien entiendo lo que dices; pero tú ibas en compañía de las grullas, que ocasionan mucho daño en estos campos; conviene pues que con ellas mueras.

La compañía de los buenos trabaja por conservarla, la de los malos dejarla. Dime con quien andas, y te diré quien eres.



El Pescador y los Peces.

Un pescador en su barquilla tocaba la flauta, creyendo que al son de la música vendrían los peces, y que los tomaría con la mano; pero viendo que los peces no hacían caso de la música, echó la red en la mar y sacó muchos pescados. Entonces exclamó el pescador, diciendo: ¡ó pescados míos! yo pensaba que vosotros gustabais de música, pues he visto siempre que al salir del agua saltáis; pero conozco ahora, que me tiene mas provecho el servirme de la red que de la flauta.

No proyectes cosas nuevas, si te va bien con las antiguas. Oye pues mi consejo: las cosas que

son inciertas, por ciertas no has de tener, porque no sabes si han de ser.

La Raposa y la Zarza.

Una raposa perseguida de los perros, se refugió dentro de una zarza. Pero cuando ella sintió que las espinas de la zarza la punzaban y lastimaban, dijo entre sí: Desgraciada de mí! Yo he venido á ampararme de una malvada. Esta me hará derramar mas sangre, que los perros que me perseguían.

No te ampires de los malos, ni sigas su compañía ni de noche ni de día.

Del malo no se debe esperar obra buena.



El Gato y los Batones.

Supo un gato que en una casa habia muchos ratones; fué allí para cazarlos. En efecto en los primeros dias tomó muchos de ellos. Los ratones viéndose perseguidos, determinaron no bajar mas del techo, para no estar espuestos á las uñas del gato. Sabiendo esta determinacion el gato, fingió que era muerto, y colgóse de un madero que atravesaba en aquella pieza; pero un raton que se asomó para ver si estaba el gato, luego que le vió de aquella suerte, dijo: amigo, por mas que hagas el mortecino, yo no bajaré de aquí.

De los escarmentados salen los arteros. El

hombre prudente una vez puede ser engañado, que dos no.

El Pastor mentiroso.

Aparentaba un pastor á sus ovejas en una montaña. Muchas veces pedia socorro á los labradores, que trabajaban en los campos vecinos, diciendo: ¡ay de los lobos! Oyendo los labradores los gritos, dejaban su labor y venian á socorrerlo; y no hallando por allí lobo alguno, se volvian á su trabajo. Habiendo el pastor repetido esto varias veces, y conociendo los labradores la burla, fué el caso, que un dia el lobo verdaderamente entró á su rebaño. Entonces el pastor pidió socorro, gritando: ¡ay de los lobos! Mas los labradores, pensando que se burlaba, no fueron á socorrerlo, y así el lobo mató muchas ovejas.

Guarda no ser mentiroso, porque es un vicio entre los que aborrece mucho Dios.

Al que acostumbra á mentir, nadie le oree aun cuando dice verdad.



La Madre y el Hijo ladrón.

Una madre no castigaba á su hijo los robos que hacia de cosas pequeñas, cuando era niño, ántes bien le disculpaba. Este creció en malicia, al paso que crecia en edad. Un dia robó una manzana, la trajo á su madre, y esta no le reprendió. Otro dia robó los libros á un compañero suyo en la escuela, corrió á enseñarlos á su madre, quien en lugar de castigarle, le recibió con mucha alegría. Cuando ya mas grandecito robó en casa de un vecino cosas de mucho valor, ni por esto la madre le reprendió. Viendo que nadie le corregia, cada dia iba de mal á peor, y al cabo salió un

ladron famoso. En fin fué tomado por la justicia, y condenado á ser ahorcado como ladron.

Estando ya en la horca dijo á la justicia, que queria ver á su madre por la última vez, y así que les suplicaba que fuesen á buscarla; y se hizo así como él pedia. Cuando él la vió, le pidió que se acercase, que queria decirle una cosa en secreto, y arrimando su boca á la oreja de la madre, se la cortó con los dientes. Despues, volviéndose al pueblo, dijo: no os maravilleis, señores, de que yo haya cortado la oreja á mi madre; pues ella es la causa del mal que ahora padezco: si ella me hubiese castigado cuando niño, yo no me veria ahora obligado á acabar mi vida con una muerte tan infame.

Desde la infancia ha de empezar el padre la crianza y educacion de sus hijos, corrigiéndoles las faltas por leves que sean. Cuando es tierna la vara la doblarás, cuando seca no podrás.

Quien bien ama, bien castiga. El ciego amor de los padres pierde á los hijos.

La Abeja y Júpiter.

La abeja, que es madre de la cera, fué á hacer sacrificio á los dioses, y ofreció á Júpiter la miel. Quedó muy contento el dios Júpiter de este sacrificio, y mandó que se le otorgase cualquiera gracia que pidiese. Conociendo la abeja, que el dios Júpiter le era muy propicio, le hizo una súplica de esta manera: ó dios Júpiter! suplico á tu magestad, que concedas á tu servidora esta gracia y merced: que cualquiera que se allegare á las

colmenas para hurtar la miel, y yo le mordiere, que muera el tal luego.

Júpiter que amaba á los hombres, discurrió maduramente sobre la gracia que la abeja pedia; y en fin lo resolvió de esta manera: bastante es que tú muerdas al que te hurtare la miel; ahora añadido que si tú cuando mordieres dejares el aguijon, mueras tambien.

Pidamos á Dios lo que nos convenga, él sabe lo que nos ha de conceder. Muchas veces pedimos cosas, que serian nuestra ruina, si Dios nos las concediese.

El dios Mercurio y un Carpintero.

En la ribera de un rio cortaba madera un carpintero, y cayósele el hacha dentro del rio. El pobre carpintero viéndose sin la hacha, con la cual ganaba su vida, comenzó á llorar, pidiendo socorro á Mercurio en aquella necesidad. Oyendo esto Mercurio, movido de compasion, aparecióle y preguntóle la causa de su queja. É informado de todo, trajo el dios Mercurio una hacha de oro, y preguntóte ¿si era aquella la hacha que habia perdido? El cual respondió que no. Despues le enseñó Mercurio una hacha de plata, díjole: ¿es esta la hacha que has perdido? El carpintero dijo, que no. Entonces le enseñó una de hierro. El carpintero luego que la vió, dijo ser suya. Aquí la tienes, dijo entonces el dios Mercurio, y en premio de tu bondad y hombría de bien tómalas todas tres. Tomólas el carpintero, y se fué muy alegre á contar su buena dicha.

La virtud siempre halla su recompensa. Contentate con lo tuyo, no codicies lo ageno. La sinceridad siempre es loable.

El Hombre y la Pulga.

Una pulga mordió á un hombre: este cuando se sintió herido, la cogió. Cuando iba á matarla, le dijo la pulga: considera, hombre, que yo no he hecho mas que morderte, mas tú quieres quitarme la vida. Esto lo habria yo merecido, si hubiese intentado quitarte la tuya. Respondió el hombre: si esto que dices hubiese estado en tu poder el hacerlo, no dudo lo habrias hecho, pues á sangre fria has hecho lo que has podido; y habiendo dicho esto la mató.

Hombres hay que á sangre fria hacen todo el mal que pueden hacer.



La Hormiga, la Paloma y el Cazador.

Cayó una hormiga en el agua, y se ahogaba. Viéndolo una paloma, que estaba en un árbol vecino, le echó una rama, con la cual se libertó la hormiga. Llegó un cazador, y armó sus lazos para prender á la paloma. La hormiga vió el peligro en que se hallaba su bienhechora. Corrió luego, y dió un fuerte mordisco al cazador en el pié. Al ruido que este hizo para librarse de aquel dolor, la paloma advirtió el peligro en que se hallaba, y se escapó.

Amor con amor se paga, y hacer bien nunca se pierde.

El Labrador y sus hijos.

Un labrador estando ya muy cercano á la muerte, llamó á sus hijos, y les dijo: hijos míos, ántes que yo muera, deseo instruiros de todo, y así os digo, que yo dejo todos mis bienes en nuestra viña; cuando quisiereis partiros entre vosotros, buscadlos en ella, y allí los hallaréis. Despues de haber fallecido el padre se fueron ellos á la viña á buscar los bienes que el padre habia dicho, y creyendo hallar un tesoro, cabaron la viña con mucho afan, y con todos los instrumentos que se necesitan para cultivar la viña, y no hallaron el tesoro que creían; pero como la viña fué muy bien cabada, dió mucho fruto aquel año: y partiéndoselo entre sí, dijo uno de ellos: el fruto de la viña es sin duda el tesoro que el padre nos ha dejado.

Del continuo trabajo se saca el tesoro. El hombre que tiene oficio, lleva consigo su patrimonio.



El Hombre y las dos mugeres.

Un hombre se hallaba ya en medio de su edad, y amaba tiernamente á dos mugeres, la una vieja y la otra moza, las cuales vivian todas en una misma casa. Cada una tenia el gusto de peinarlo, y de limpiarle la cabeza. La muger jóven, para que no pareciese tan viejo, le quitaba todos los cabellos blancos que tenia. La muger vieja, para hacerle mas viejo, á fin de que disgustase á la jóven, le quitaba todos los cabellos negros. Por último quedó el buen hombre pelado.

Linda cosa es la muger; pero si ella se malea, mal te irá por bien que sea. Si quieres estar á tu gusto y vivir á tu placer, toma de tu edad la muger.

Las dos Langostas.

Decía la langosta madre á su hija: hija mia, tú deberias corregirte de un defecto que noto en ti mucho tiempo hace, y es que andas con las piernas torcidas; ¿por qué no las enderezas? Respondió la hija: madre mia, yo no hago mas de lo que vos haceis; si vos andais de la misma manera, ¿cómo quereis que yo me corrija? Es menester, señora, que vos os corrijaís primero.

Antes que reprendas á otro mirate en tu espejo, toma de mí este consejo.



El Lobo, la Muger y el Hijo.

Un lobo hambriento buscaba de comer para sí, para la loba y para sus hijos. Con mucha cautela y silencio se acercó á una casa de campo, con la esperanza de pillar allí alguna cosa. Apenas llegó el lobo, oyó que una madre decia á su hijo que lloraba: si no callas, te echaré al lobo rabioso, para que te coma. Creyendo el lobo estas palabras, pasó toda la noche, esperando que la madre le diese á su hijo, segun se lo habia prometido. Mas el hijo, despues que lloro mucho, de cansado se durmió, por lo cual perdió toda su esperanza el lobo, y se volvió á su cueva. Luego que la loba vió que volvía el lobo con la misma hambre, dí-

jole: ¿qué te ha sucedido, cómo no traes alguna cosa, pues te veo venir con la boca abierta y triste? Respondió el lobo: no te maravilles de esto, pues me ha engañado una muger toda la noche, prometiéndome que me daría á su hijo, porque lloraba, y al cabo no me lo ha dado, y me ha hecho perder el tiempo.

Todas las cosas del mundo muy variables pueden ser; pero mas lo es la muger. Quien á mugeres da crédito, casi siempre queda burlado.

La Rana médico y la Raposa.

Salió una rana de sus lagunas, y se fué entre los demas animales diciéndoles que era muy hábil en la medicina, y que les curaría toda suerte de enfermedades. Todos dieron crédito á la jactancia y vana elocuencia de la rana. Viendo esto la raposa, díjoles: ¡ó qué locura es la vuestra! me maravillo mucho de vosotros. ¿Cómo podeis pensar que la rana puede curar la mas pequeña enfermedad? Si ella fuese médico como pensais y ella os dice, siendo hidrópica como es, y tan cargada de males como está, ¿no se habria curado á sí misma primero? No deis crédito á sus embustes, y ménos á quien se alaba á sí mismo. La rana avergonzada se escapó luego, y se volvió á la laguna.

No salgas fuera de ti: donde quiera que anduvieres, que te acuerdes de quien eres. No te precies de saber lo que no sabes.



La Tortuga y el Águila.

Cierto día la tortuga se enfadó de andar siempre por la tierra, y suplicó al águila que la levantara en el aire lo mas alto que fuese posible. El águila, para darle gusto, la tomó con sus uñas, y la subió mas alta que las nubes. La tortuga viéndose tan elevada, dijo: mi reina, ¡cuánta envidia me tienen ahora todos los animales, que me miran en tanta elevacion sobre ellos! No pudiendo el águila sufrir mas la vanidad de la tortuga, la desamparó, y cayendo desde lo alto sobre unas peñas se rompió en muchas piezas, y de esta manera castigó su orgullo.

Si la fortuna te sube, mira no te empines, que son dudosos los fines.

El Camello y Júpiter.

El camello, viendo á los toros con cuernos, estaba mal contento de sí, y se fué á presentar su queja á Júpiter de esta manera: es cosa muy vergonzosa que una tan gran bestia como yo, no tenga ni armas, ni defensa alguna; pues los toros tienen cuernos, los puercos dientes, los erizos puntas, los gatos uñas, y así á proporcion todos los animales tienen con que defenderse. Por tanto, te ruego que me des cuernos como los de los toros, para defenderme de mis enemigos. Entónces Júpiter enfadado le dijo: porque no estás contento con lo que te dió la naturaleza, te quito las orejas, y se las arrancó.

El que codicia lo ajeno, merece que le quiten lo suyo. Conténtate con lo que la naturaleza te dió.



El Borrico vestido con la piel de Leon.

Una vez el borrico se vistió con una piel de un leon que encontró en el camino, y se fué al monte. Creyendo que era un leon, todos los animales espantados huían de él; de suerte, que el espanto era general en aquella comarca. Decía el borrico entre sí: ¡ó qué buen traje he tomado! Todos me respetan y huyen de mí. El hombre que le habia perdido, é iba en busca de él, viéndole desde léjos no le conocia y le temia tambien: pero como la piel del leon no bastaba á cubrir sus largas orejas, conoció que era el borrico que buscaba, y entónces á palos le quitó la piel, y le rompió las costillas.

Por mas que se vista de seda la mona, mona se queda. Seas honesto en tu vestir, viste siempre en el grado de tu oficio ó de tu estado.



Los cuatro Bueyes y el Lobo.

Cuatro grandes y fuertes bueyes hicieron compañía, y tramaron estrecha amistad. Iban juntos á pacer en los prados, se defendian mutuamente de sus enemigos, y vivian en perpetua concordia. El lobo viendo que no podia nada con ellos, pensó un medio como poderlos separar, y así puso enemistades entre ellos, diciendo á cada uno en particular, que los otros se burlaban de él y que le aborrecian. De esta manera logró que el uno mirase con

mal ojo al otro, y que se recelase y cautelase cada uno de por sí. Y así creciendo la sospecha entre ellos se disminuyó la amistad y concordia, en tanto que ya iban solos á pacer. Viendo el lobo que ya estaban separados, y que no andaban en compañía, los iba matando uno á uno. El último buey, ántes de morir, dijo estas palabras: en efecto morimos nosotros por nuestra culpa, porque dimos crédito á los malos consejos del lobo; pues si nosotros en concordia hubiésemos permanecido, en ninguna manera el lobo nos hubiera acometido.

Aun á las cosas pequeñas aumento da la concordia, y al contrario la discordia.



Los Compañeros.

Dos hombres yendo por un camino, prometieron ser compañeros íntimos, conviniendo entre sí de no desampararse jamás, por adversa que fuese la fortuna ó la desgracia. Apenas habian hecho este convenio, cuando les embistió un oso. Viéndose en este conflicto, el uno se subió en un árbol lo mas presto que pudo; el otro no tuvo otro remedio, que el de tenderse en el suelo sin respirar, haciendo el muerto. Cuando llegó el oso volvió y revolvió al que estaba tendido en el suelo, y le olió por largo rato en la boca, y pensando que estaba muerto le dejó, y se fué para la montaña. Despues que el oso se fué, bajó el otro del

árbol, diciendo á su compañero: ruégote que me digas, ¿qué te decia el oso, cuando te hablaba en la oreja? Respondió el que habia estado tendido en el suelo: ciertamente me ha enseñado muchas doctrinas, y en especial una y es esta: *que en cuanto pueda me guarde de malas compañías, y dichas estas palabras se apartó de su compañero, y se fué solo por otro camino, diciendo: mas vale ir solo que mal acompañado.*

Júpiter y la Mona.

Júpiter mandó un dia, que todos los animales viniesen á su presencia con sus hijos, para ver cual de ellos era mas hermoso. Todos comparecieron, entre los cuales vino la mona con su hijo, y presentándolo delante de Júpiter, dijo así: ó Júpiter, tú sabes que yo llevo ventaja á todos, aunque algunos creen lo contrario. Pero es cierto que mi hijo es el mas hermoso de cuantos veas aquí presentes. Oyendo estas palabras de la mona, Júpiter empezó á reir, y dijo así: no te alabes á tí misma, ni á tus cosas, sino serás escarnecida y menospreciada de todos.

El alabarse es de vanos: lo bueno que tú tuvieres callarlo la prudencia te obliga, espera que otro lo diga.

El Sol, el Avariento y el Envidioso.

Júpiter envió el sol para examinar las voluntades de los hombres. Luego se presentaron dos delante del sol, que eran de condiciones muy diferentes, pues el uno era avariento y el otro envidioso, á los cuales dijo el sol: ¿qué es lo que pedis? decidlo con la confianza de que os será otorgado; y de lo que pidiere el primero daré el doble al segundo. Oyendo esto el avariento, quiso que pidiese primero el envidioso, para tener el doble de lo que él pediría, pensando que pediría riquezas. El envidioso viendo que él había de ser el primero en pedir, y que por lo mismo el avariento había de recibir el doble que él, no pudo encubrir su envidia, y así pidió que á él le sacasen un ojo, para que al avariento le sacasen dos. El sol oyendo esta demanda, subió á Júpiter, y refirióle cuán grande era la envidia de los hombres: de modo, que muchos de buena gana padecen algun daño, para que otros padezcan y sientan mayores desgracias.

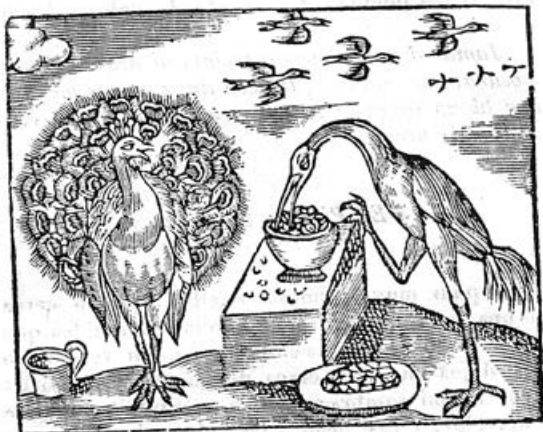
De los bienes que otro tenga, nunca tú tengas envidia, porque es una vivora que roe sus propias entrañas.



El Leon, el Toro y el Chibo.

El leon buscaba de qué comer, y halló un toro muy grande que pacía en un prado. Viendo el toro que el leon le embestia, huyó luego á la montaña, buscando lugar seguro para esconderse. Llegó en una cueva en la que vivia un chibo, y queria entrar en ella. El chibo con los cuernos le impedia la entrada; de manera que por miedo del leon pasó adelante, diciendo así: ahora yo sufro esta injuria; pero sepas que no temo á tí, sino al leon que me sigue, y que otra vez me vengaré. Ahora soy desgraciado, mañana seré dichoso.

Si la fortuna te es adversa, no te aflijas, que muy presto suele mudar de gesto.



El Pavo y la Grulla.

El pavo convidó á la grulla á cenar, y fué cuestion entre ellos sobre las virtudes y prendas naturales de que estaban dotados. Comenzó el pavo á alabar sus plumas, diciendo que eran muy hermosas; y abriendo su cola le decia: mira qué abanico tan rico; pero tú no tienes ninguna disposicion agradable. Entónces respondió la grulla, y dijo así: es verdad, confieso que tú eres mas hermoso, y que tus plumas son mas lucientes; pero tú no puedes volar por los aires, y has de vivir á la faz de la tierra. Yo aunque no tengo las plumas tan lucientes y tan hermosas como las tuyas, no obstante ellas me levantan y elevan

hasta las nubes; y desde allí contemplo las maravillas del mundo, y lo veo todo debajo de mis pies.

Jamas d nadie menosprecies, ni alabes tu hermosura, que es bien que poco dura. A los menores que tú no tengas en menosprecio, porque es condicion de necios.

El Pino y la Mata.

Un pino muy hermoso y alto, estando cerca de una mata con escarnio le decia: ¡ó qué fea que estás! ni tienes disposicion alguna. En verdad no eres digna que estés cerca de mí, ni debes participar de mi sombra: porque yo soy alto, grande y derecho, y casi llego á las nubes; de suerte que sirvo para la construccion de las casas y de navios, y para muchas otras cosas. La mata respondió: tú estás muy satisfecho de tu hermosura, y menosprecias á los otros; pero vendrá tiempo en que te cortarán las ramas, y perderás la lozanía y frondosidad que gozas.

A los menores que tú no tengas en menosprecio, porque es condicion de necios.



El Tigre y el Cazador.

Todas las fieras temian á un cazador muy famoso en el arte de la ballesta; de suerte que no osaban salir de sus cuevas, sin riesgo de su vida; y así vivian los animales en continuo sobresalto. El tigre valeroso los animaba, y les decia así: no temais, que en cuanto yo pudiere os ayudaré, y defenderé con mi fortaleza, y os libraré de todos los peligros. La zorra le respondió, que se espondria temerariamente, pues no podia él solo ser mas fuerte que los cazadores. Pero él no hizo caso de este consejo, y envistió á un cazador que estaba allí cerca. El cazador preparó el arco, y le disparó una saeta que le pasó de parte á parte. Entonces

el tigre conoció su ciega temeridad, y al mismo tiempo lloraba su desgracia.

Es la temeridad un ardimiento sin cordura. Entonces comienza á estimar la vida el temerario, cuando está vecino á perderla.



El Pescador y el Pez.

Un pescador en la orilla del mar sacó con el anzuelo un pequeño pez. Díjole el pececillo: ruégote que tengas compasion de mí, y que me des libertad, porque soy pequeñito y no sacarás provecho de mí. Yo te prometo que cuando seré mas grande, volvere á esta orilla para que me cojas, y me prendas otra vez con el anzuelo. Respondió el

pescador: yo no sé si serás tan tonto de cumplir tu palabra; pero sé bien que no soy tan necio que me fie de tí, y que deje lo cierto por lo incierto.

El hombre no debe dejar aquello que segura y pacíficamente posee, por lo venidero é incierto; porque segun dice el refran: mas vale pájaro en mano, que buitre volando.



El Joven y el Ladron.

Un hombre jóven estaba sentado y arrimado á un pozo. Vino un ladron con intencion de robarle. El hombre jóven conoció la mala intencion del ladron, y fingió que lloraba, con muchos estremos de dolor y tristeza. Entonces le preguntó el

ladron: ¿por qué te afliges de esta manera? Ay! dijo el mozo, yo vine aquí con un cántaro de oro á sacar agua, y se me ha roto la soga, y se me ha caído el cántaro dentro del pozo. El ladron oyendo esto se quitó sus vestidos, y bajó luego al pozo para aprovecharse de lo que el otro fingia que habia perdido. Miétras que él estaba abajo buscando lo que no habia, el mozo tomó los vestidos del ladron y se fué al lugar.

El malo muchas veces no advierte el peligro á que se arroja, porque le ciega su malicia, y cae en muchos precipicios.

La Corneja sedienta.

Una corneja sedienta fué á un pozo á beber, y encontró allí un cubo en que habia un poco de agua, que el ave no podia alcanzar; pero como ella se moria de sed, la necesidad la hizo valer de la astucia. Por esto trajo con el pico muchas piedrecitas, y las iba echando en el cubo, hasta que el agua subió, y así bebió y apagó su sed.

Puede á veces mas el arte y el ingenio que la fuerza; por esto dice el refran: mas vale arte que ingenio.



El Labrador y el Toro.

Un labrador tenia un toro que le embestia siempre con los cuernos, y determinó serrárselos, pensando que así no le haría daño. El toro irritado por haber perdido sus armas, escarvaba la tierra con los pies, de manera que llenaba á todos y al amo mismo de polvo y arena. Entónces dijo el labrador: ¿de qué me ha servido la precaucion de cortar los cuernos al toro? Este es un malvado animal; pues ahora me hace mas daño con sus pies que no me hacia estos dias pasados con su cabeza, yo te entregaré al carnicero, y allí pagarás tu malicia.

Los hombres incorregibles son semejantes á los

toros bravos, que vienen á parar en manos de la justicia; pues el castigo del incorregible es la muerte.



1347

La Mona y sus Hijos.

Una mona parió dos hijos de una vez. Amaba y queria mas al uno que al otro; de manera que al uno de continuo le halagaba, al otro ninguna fiesta le hacia. Sucedió que yendo la mona por una montaña con sus hijos, la envistió un cazador con los perros, y para escaparse de aquel peligro, tomó en sus brazos el hijo que mas amaba, y al otro le mandó que subiese sobre sus espaldas; y de esta manera comenzó á huir. Mas viéndose acosada de los perros, no tuvo otro arbitrio para

librar su vida, que echar el hijo que llevaba en sus brazos, como lo hizo; y queria tambien echar al otro, que tenia encima, sino que él se agarró tan fuerte al cuello de su madre, que no fué posible arrojarlo. Habiendo la mona perdido al hijo que mas amaba, comenzó á amar al otro, y hacerle muchas caricias, apreciando entónces lo que ántes menospreciaba.

El amor del padre debe ser igual con los hijos, no debe manifestar mas afecto al uno que al otro.

Tambien es un punto importante á los padres el no amar demasiado á los hijos, porque es perderlos el amarlos con un amor desordenado.



El Leon y la Cabra.

Un leon hambriento vió una cabra, que pacia en una alta peña; y viendo que era inaccesible el subir allí, empezó á hablarle con palabras alhagüeñas, y le decia: amiga, qué haces aquí sobre estas peñas y lugares secos, donde no puedes hallar frutos para comer? Deja esa tierra tan estéril, y bájate á los prados verdes donde yo habito. Baja, te digo otra vez. Respondió la cabra: sí, tienes razon, yo bajaré á pacer en estos prados con mucho gusto; pero bien entendido, dijo ella con un tono de burla, que esto será cuando yo no te veré mas en esta comarca.

A los viles y lisongeros nunca tu casa les abras, ni cures de sus palabras.

El Caminante y el Sátiro.

Un caminante llegó á una montaña áspera, donde encontró muchas nieves; de suerte que no se conocia el camino, ni él sabia donde acogerse. Estando en este conflicto vino á él un sátiro, y le dijo: que éntrase á su casa, que allí descansaría. El caminante aceptó el convite, y entró á casa del sátiro. Entónces el sátiro le hizo sentar, y le dió de comer lo mejor que tenia. Despues le trajo un vaso de vino caliente, para que calentase su estómago. Halló el caminaute el vino demasiado caliente, y soplaba en él para enfriarlo. Veindo esto el sátiro, dijo: ola! yo advierto ahora que tú haces cosas contrarias con tu boca, pues con ella calientas lo que es frio, y con ella enfrias lo que es caliente. Sal luego de la montaña, y no vuelvas acá otra vez, porque nosotros los sátiros no podemos sufrir hombres de dos caras.

Anda, que así sois los hombres, con una cara halagais, y con la otra maldecis: en presencia sois amigos, y en la ausencia enemigos.

El Toro y el Raton.

Un toro fuerte y grande, estando echado para dar reposo á su cuerpo, era molestado de un raton, que con sus dientes chicos le mordía. El toro se volvia de una y otra parte para echar de sí al raton. Entónces el raton se escondia á un agujero,

y despues volvia á molestar al toro: esto lo hizo tantas veces, que el toro se enojó mucho de ello, pues no se podia vengar de él, porque apenas le podia ver. El raton se burlaba del toro, y le dijo: aunque la naturaleza te haya dado el cuerpo tan grande y mucha fuerza, no puedes hacerme daño; y yo me rio de tí.

No deben los poderosos menospreciar á sus súbditos por humildes que sean; porque hasta un mosquito es malo por enemigo. Lo mejor y mas seguro es tratar bien á todos.

El Anade y su dueño.

Tenia un hombre un ánade que cada dia le ponía un huevo de oro en su nido. Pero el hombre no estaba contento con esto, y queria que le pudiese dos huevos cada dia. El ánade no pudo hartar la codicia de su dueño, y así cada dia ponía su huevo, que era lo que mas podia hacer. El hombre pensando sobre esto, creyó que el ánade tenia algun tesoro escondido dentro de sí; y para enriquecerse de una vez, mató el ánade, abrióle por la barriga, y buscó el tesoro por todas partes. No hallando dentro del ánade nada de lo que pensaba, conoció el mal que habia hecho, y lloró por mucho tiempo su desventura, nacida de su codicia.

Es menester que cada uno se contente con lo que Dios le ha dado; pues quien todo lo quiere, todo lo pierde; y bien dice el refran: que la codicia rompe el saco.

La moneda encomendada.

Yendo un español á la Meca, pasó por Egipto; y conociendo que habia de andar por tierras des-pobladas y desiertas, temiendo los peligros del camino, determinó dejar encomendada la moneda que traía á un hombre de fé y crédito, llevando consigo la que era menester para su sustento, y continuó su viage. Al volver de la Meca pidió su dinero á aquel á quien lo habia entregado. Este se lo negó, y dijo que nunca habia visto tal hombre. El español oyendo esto se fué muy triste á encontrar á sus compañeros con quienes vino de la Meca, á los cuales les refirió el caso, y les pidió consejo. Oyendo esto los compañeros dijeron, que no podia ser que aquel hombre le negase el dinero, porque estaba reputado y tenido por hombre de bien. El español se fué otra vez á encontrarle, y le pidió con mucha humildad y buen modo el dinero que le habia encomendado; pero no pudo alcanzar nada, porque él se lo negó otra vez, amenazándole porque le infamaba. El español se fué muy triste, y encontró á una vieja vestida de peregrina con su bordon, que le dijo: señor, ¿qué tiene V. alguna pena, pues le veo muy triste y turbado? El español le refirió todo lo que le pasaba con aquel hombre, á quien habia encomendado el dinero. La buena vieja le comenzó á consolar, diciendo, que tuviese buena esperauza, pues ella le daría medio como poder

recobrar el dinero. El español dijo: ¿cómo podrá ser esto? Respondió ella: de esta manera. Tráeme un hombre de tu tierra, de quien tú fies. El le trajo su compañero: al cual dijo la vieja, que mandase hacer cuatro cajitas pintadas, y por afuera bien guarnecidas de plata y seda, y las llenase de piedrecitas de la calle. Cuando tengas estas cajitas prevenidas, las harás llevar una despues de otra á la casa de aquel que niega el dinero, dándole á entender, que las quieres poner en su poder y guarda. Al mismo tiempo que los hombres entraren en la casa con aquellas cajitas, tu irás á ella, y le pedirás tu dinero en presencia de todos, y mediante Dios lo conseguirás.

El español se fué, y cumplió todo lo que la vieja le previno; y entrando su compañero primero con los que traian las cajitas en casa del que negó el dinero, dijo: señor, aquí estan unos mercaderes españoles, que traen piedras preciosas, oro y plata: los cuales quieren pasar á la Meca; y habiendo oido tu buena fama y fidelidad, te suplican que les guardes estas cuatro cajas hasta que vuelvan, porque no las quieren llevar consigo por temor de ser robados en el camino. Al mismo tiempo te suplican el secreto, porque no quieren que se sepa, que tengan tan gran tesoro y riquezas. Cuando ellos estaban diciendo estas palabras, llegó el español, y le pidió con mucha priesa el dinero. Entónces el hombre que se lo habia negado, temiendo que los otros no retirasen las cajas, oyendo las quejas del español, le dijo: amigo, ¿como habeis tardado tanto á pedirme el dinero, que os tengo guardado? y luego se lo entregó. Dejaron allí las cajas y quedó el buen hombre burlado.

Con piedras se prueba el oro, si es falso ó fino su nombre, mas ya el oro prueba al hombre.



El Lobo y el Cabrito.

El cabrito pacía no muy lejos de su casa en un prado. Viéndole el lobo se llegó á él para matarlo. Cuando el cabrito vió al lobo, se escapó á su casa, y se entró donde estaban los carneros. El lobo viendo burladas sus esperanzas, determinó tentarle con palabras blandas y de amistad, diciéndole: ¿ó animal imprudente y loco, qué buscas tú en este lugar entre estos carneros? ¿No ves como la tierra está sangrienta y mojada de la san-

gre de los que mata todos los días el carnicero? Ruégote que no vivas aquí, donde no puedes esperar otra cosa sino la muerte. Sál luego, y vuélvete al prado á pacer. Respondió el cabrito: ó señor lobo, no tomes tanto cuidado de mí, pues tus palabras no podrán alcanzar que yo me vaya de aquí; porque mas quiero que el carnicero me mate, que nó ser muerto por tí.

Si alguno, sin pedirlo tú te quiere dar consejo, mira que puede engañarte, y si tal temes no des crédito á sus palabras.

El Raton y el Gato.

Un raton grande reñia muchas veces con un gato. Y dijo á un ratoncillo, que le daria buena paga, y le haria principal de su casa, si llevaba una carta al gato. El ratoncillo no entendiendo el engaño del raton, tomó la carta y emprendió el camino. Estando cerca de un bosque, dijo entre sí: la paga que me ha ofrecido el raton es grande; pero el viaje es peligroso; porque á donde voy, mas caso se hará de mí, que de la carta; y así no quiero ir. Si el raton tiene riñas con el gato, que se las componga; despues que yo habré recibido algun daño, ó me habrán muerto, el raton no me lo recompensará.

Debemos siempre mirar lo que nos puede acaecer.

La prueba de la Amistad.

Lucano, sabio de la Arabia, despues de haber dado saludables consejos y doctrinas á su hijo, le preguntó: hijo mio, dime: ¿cuántos amigos tienes? Respondió el hijo: segun yo pienso, tengo mas de cien amigos. Dijole el padre: hijo mio, no puedes decir que uno es amigo tuyo, hasta que lo hayas probado. Yo tengo mas años que tú, y hasta ahora no he hallado sino un medio amigo, y tú sin haberlos probado dices que tienes cien? Pruébalos primero ántes de creer que son amigos. Respondió el hijo: padre, ¿cómo los tengo de probar? Dijo el padre: prevente de esta manera. Mata un becerro, mételo en un saco, y ház que el saco quede un poco ensangrentado de afuera. Llévalo á alguno de estos amigos que tienes, y dile que es un hombre que has muerto; y que le ruegas como amigo, que te ayude á ocultar tu delito y á enterrar al muerto, porque la justicia no te castigue. Así los irás probando á todos, y entre tanto verás si encuentras á uno, que te sea amigo.

El hijo hizo quanto el padre le aconsejó, y el primer amigo á quien fué á encontrar, respondió así: amigo, véte allá con tu muerto, no entres con él en casa; si cometiste este delito, prepárate para el castigo. Yendo despues de un amigo á otro amigo, requiriéndolos con las mismas palabras que le dijo el padre, todos le respondieron casi del mismo modo: amigo, el caso es grave, y tal, que no conviene que entres en nuestras casas;

allá te las hayas ; pues si tú cometiste este crimen , no nos metas á nosotros en peligro.

Se volvió el hijo al padre , y refirióle todo lo que le habia pasado. El cual dijo entónces á su hijo : hasta aquí has experimentado lo que dice el filósofo : que muchos se llaman amigos ; pero son pocos ó ninguno en la realidad. Ahora véte á encontrar á aquel medio amigo mio , y híz con él la misma prueba , y veas lo que te dirá. El hijo se fué á encontrarle , y le dijo lo mismo que habia dicho á sus fingidos amigos , diciendo que era un hombre que habia muerto , &c. El cual le dijo : entra , muchacho , porque no conviene manifestar este secreto á los vecinos ; y despues hizo que saliese de casa su muger y la familia , y quedando solos , empezó á cavar para enterrar el saco con el muerto sin que nadie lo supiese ; pero no fué menester , porque el hijo descubrió todo el hecho á aquel hombre , y dándole las debidas gracias se volvió á su padre , y le refirió lo que le habia pasado. Entónces dijo el padre : de semejantes amigos habla el filósofo , cuando dice : aquel es buen amigo , que te ayuda en la necesidad.

Viendo el hijo que un medio amigo hacia esto , preguntó al padre : ¿ viste jamas á algun amigo entero ? Respondio el padre : no lo he visto jamas ; pero lo he oido contar una vez. Pidióle el hijo entónces que se lo refiriese. Dijo el padre : lo que oí contar fué de dos mercaderes , de los cuales el uno vivia en Egipto y el otro en Beldach , y solo se conocian de oidas , y por cartas que se enviaban uno á otro por razon de comercio. Pasado algun tiempo el mercader de Beldach se fué á Egipto , salio su amigo á recibirle , y se lo llevo á su casa , sirviéndole y tratándole con la mayor

amistad. Estando allí muy regalado el mercader de Beldach, cayó gravemente enfermo. Su amigo llamó á los médicos de aquella ciudad, los cuales vinieron y tomaronle el pulso, dijeron que su enfermedad no era del cuerpo, sino del ánimo, ó bien que estaba enamorado, ó que tenia mucha codicia. Oida la relacion de los médicos el mercader de Egipto se fué al de Beldach, y le dijo: si habia en casa alguna muger, de la cual estuviere él enamorado, y fuese causa de su enfermedad. Respondió el enfermo: muéstrame todas las mugeres de la casa que te diré la verdad. El mercader de Egipto hizo poner delante de él todas las mugeres de su casa. Entre ellas habia una muchacha muy hermosa, á la cual amaba mucho el mercader de Egipto, y la tenia para casarse con ella. Viéndola el de Beldach, dijo: amigo, de esta depende mi vida ó mi muerte. Oidas estas palabras, y sin dilacion luego le entregó aquella muchacha por muger, y casándose con ella, cobró al instante la salud y se volvió á su tierra.

Despues de algun tiempo sucedió que aquel mercader de Egipto perdió todos sus bienes, y se vió reducido á la mayor miseria. Deliberó entonces ir á ampararse de aquel amigo que tenia en Beldach. Llegó allí una noche muy triste, y desconsolado se fué al templo. Cuando salió, vió que dos hombres reñian, y que el uno mató al otro, y se escapó: quedándose él allí aturdido. Los vecinos que oyeron el ruido, salieron á ver qué cosa era, y hallaron un hombre muerto. Buscaron luego quien habia sido el agresor, y hallando solo el mercader de Egipto, le prendieron, y preguntaron, si él habia muerto aquel hombre. El mercader, que cansado de su desgracia deseaba morir,

dijo: sí, yo le maté. Oído esto le llevaron á los jueces; los cuales le condenaron á la horca. Acudió mucho gentío á ver la sentencia, segun costumbre, y entre otros fué tambien su amigo, á quien habia hospedado en su casa, y viendo que el que llevaban á la horca era su amigo de Egipto, acordándose de los muchos beneficios que habia recibido de él, deliberó y determinó padecer la muerte por él, y dijo en voz alta: ¡ó jueces! ¿por qué condenasteis y quereis matar á quien no tiene culpa? Este que llevais al suplicio no merece la muerte; yo soy el que la merezco, pues yo fuí el que mató al hombre. Los jueces oyendo esto le prendieron, y condenaron á muerte, y dieron libertad al de Egipto. Pero el hombre que verdaderamente habia hecho la muerte, estuvo presente á todas estas cosas, y viendo la fidelidad grande de dichos dos amigos, y que el uno queria morir por el otro, no pudo disimular mas; é instigado de su propia conciencia, se fué á los jueces, y dijo: oid, señores. La justicia divina me castigaria gravemente, si yo no confesaba mi delito. Yo fuí quien mató aquel hombre, que hallasteis en la calle, no lo dudeis, esto es cierto, y no puedo sufrir que muera este inocente. Yo soy el culpado, condenadme á mí, que estoy pronto á padecer la pena. Los jueces, viendo un caso tan extraño, condujeron á los tres en presencia del rey, refiriéndole de qué manera y forma todo habia pasado. El rey, oyendo que el culpado habia confesado la culpa tan ingenuamente, solo con el fin de librar á un inocente, le perdonó la vida. El mercader de Beldach llevó á su casa al de Egipto, y consolándole en sus desgracias, le dijo: si quieres vivir en mi compañía todo cuanto yo tengo será

tuyo; pero si quieres volverte á tu tierra partamos todo cuanto yo tengo en partes iguales, y toma una parte, y yo me quedaré con la otra. Lo hicieron así: el mercader de Egipto tomó la mitad de los bienes que le dió su amigo, y se volvió á su tierra.

Acabada esta historia, dijo el hijo á su padre; un amigo como este jamas pienso, ni espero encontrarle.

Las desdichas de tu amigo, si fueres amigo fiel, las has de sentir como él.

Probarás á tus amigos; sabe lo que tienes en ellos, que no es malo conocerlos.

La sentencia de una Casa.

Un hombre estando cercano á la muerte dejó á su hijo en el testamento una sola casa que tenia. El hijo vivia de su trabajo, y algunas veces padecia hambre; pero nunca queria vender su casa por tener una memoria de su padre. Un vecino suyo, que era rico y codicioso, procuraba todos los medios para poseer dicha casa, pero conociendo el mozo sus astucias y engaños, huia de su compañía para que no lo engañase. Un dia el vecino llegóse al mozo, y le dijo: supuesto que tú no me quieres vender la casa, á lo ménos te pido que me alquiles una parte de ella, para tener allí diez toneles de aceite, y tú me los guardarás. El mozo no temiendo ningun engaño, alquilóle una cámara de su casa, y se fué á trabajar. Mientras él estaba fuera de su casa, entró el vecino en ella cinco toneles llenos de aceite, y otros

cinco medio llenos, y cuando el mozo llegó, le entregó las llaves de la cámara, y díjole: á tí te encomiendo estos diez toneles llenos de aceite, guárdalos bien, saludóle, y se fué. El mozo creyó que todos los diez toneles estaban llenos, porque no pensaba que un hombre le engañase. Pasado algun tiempo, cuando el aceite se vendia muy caro, dijo el vecino al mozo: saquemos el aceite que está en tu casa para venderlo, y te pagaré el alquiler. Fueron los dos á sacar el aceite, y hallando cinco toneles llenos y cinco medio llenos, dijo el vecino al mozo: tú me has robado el aceite que te encomendé. El mozo dijo entonces: señor, yo no he robado el aceite. Oyendo esto el vecino, le acusó ante el juez. El mozo respondió á la acusacion, y dijo: que no negaba haber recibido los diez toneles de aceite; pero que él era inocente, y que pedia tiempo para responder y probar su inocencia. El juez le concedió la dilacion precisa; y durante este tiempo fué á pedir consejo á un filósofo hombre de bien y abogado de los pobres, y declarándole toda la verdad del hecho, afirmóle con juramento que era injustamente acusado. El filósofo conociendo la sencillez y verdad del mozo, movido de compasion, díjole: hijo, confía, que yo te ayudaré; pues la verdad debe ser preferida al engaño, y se fué con él ante el rey, el cual habiendo oido una y otra parte, dijo el rey al filósofo: te cometo esta causa para que tú des una sentencia justa. El filósofo obedeciendo el mandamiento del rey, dijo de esta manera: el vecino es hombre rico y de buena fama, y no podemos pensar que pida una cosa injusta; pero tampoco podemos creer que este mozo de quien no hemos oido jamas co-

sa mala, haya robado el aceite. Así pues para que se evidencie la verdad, véase la cantidad de heces que hay en los cinco toneles llenos, y las que hay en los cinco medio llenos. Si las cantidades son iguales, seguramente el mozo habrá robado el aceite; si son desiguales no habrá nunca habido en los medios llenos tanto aceite como dice el vecino, y así habrá engaño sin duda de parte del vecino. Se hizo la prueba, y se hallaron dobladas heces en los toneles llenos que en los otros medio llenos. Entónces reprendieron al vecino y dando muchas gracias al filósofo dejaron en paz al mozo.

Cuando no tengas razon, no reine en tu pensamiento algun loco atrevimiento.

La Sentencia justa.

Un rico mercader perdió una bolsa con mil florines en una calle. Un hombre pobre la halló, la llevó á su casa, y la dió á su muger para que la guardase. La cual dijo con mucha alegría: no tengas miedo que los dé á nadie; si el Señor nos dió estos bienes, guardémoslos. Otro dia se pregonó por la ciudad, que un hombre habia perdido mil florines, y que prometia cien florines de hallazgo al que se los restituyese..

El hombre que los halló, dijo á su muger: volvamos estos mil florines, y tendrémos los cien que nos dan de hallazgo, los cuales nos aprovecharán mas que los mil, pues los retendríamos injustamente, y los dieron al que los habia perdido. El mercader asi que los vió, dijo al pobre: aun no

me has vuelto lo que hallaste, pues faltan aquí cuatrocientos. El pobre decia que no habia hallado mas de los mil. Estando en esta contienda se fueron ante el juez, en cuyo poder depositaron los mil florines. Mandó el juez que un filósofo decidiese la cuestion. El filósofo dijo al pobre: amigo, dime la verdad, ¿hallaste mas de los mil florines? Respondió el pobre: sabe Dios que restituí todo cuanto hallé. Entónces dijo el filósofo: este hombre es rico, de buen crédito, y muchos testigos trae, no es de creer que pida sino lo justo, y aquello que realmente perdió. Este pobre tambien tiene buena fama, al cual no ménos se debe creer, mayormente habiendo vuelto estos mil florines que habia hallado en la calle, los cuales pudiera retener, si quisiera, y dice haber vuelto todo lo que halló. Por tanto mi sentencia es que se den cien florines al pobre, porque ha entregado los mil, y que se pongan en depósito los restantes; porque segun parece no son los que perdió el mercader, pues dice que perdió mil cuatrocientos, y cuando parezcan se le darán. Esta sentencia gustó á todos los que estaban allí presentes. El mercader dijo entónces: señor, yo confieso mi culpa, y voy á decirlos la verdad. Estos mil florines son míos, pues yo queria defraudar á este pobre los cien florines que le habia prometido. El juez por un efecto de su clemencia, mandó que se volviesen los mil florines, descontando los cien que habian dado al pobre.

Cumple siempre la palabra, aunque la des á un moro, pues es un precioso tesoro. Guárdate de prometer; mas si prometer quisieres, cumple lo que prometieres.

Los tres Compañeros.

Tres compañeros, los dos ciudadanos y el otro del campo iban á la Meca, y les faltó la comida en el camino; de manera que no tenían otra cosa sino un poco de harina que solo bastaba para hacer un pequeño pan. Los ciudadanos dijeron entre sí: poco pan tenemos, y nuestro compañero es grande comilon, lo mejor será que nos lo comamos nosotros dos mientras él durmiere, y amasaron el pan, y le cocieron. Despues llamaron al otro compañero, y le dijeron: tú ya ves que tenemos poco pan: lo mejor será que se lo coma uno solo, y para saber cual de los tres ha de ser, hemos determinado hacerlo de esta manera: durmamos todos, y aquel que tuviese mas maravilloso sueño, se comerá el pan. Convinieron todos, y echáronse á dormir. El compañero del campo conoció el engaño, y cuando los dos dormian, sacó el pan y se lo comió, y volvióse á dormir. Poco despues el uno de los dos compañeros se levantó como espantado de un maravilloso sueño, al cual preguntó el otro compañero: amigo, qué es esto? Respondió él: parecíame, que dos ángeles abriendo las puertas del cielo, me llamaban delante del trono del Señor con mucho gozo. Grande sueño ha sido este; mas yo he tenido otro mas maravilloso: pues parecíame que dos ángeles malos por tierra firme me llevaban al infierno. El compañero del campo que oyó todo lo que ellos decian, hizo como que despertaba, y así que los vió, hoyó de ellos, fingiendo un grande espanto. Uno de los

otros dos le dijo; ¿de qué huyes? Respondió él: ¿no he de huir? ¿Quién sois vosotros? Ellos dijeron: tus compañeros somos. El les preguntó: ¿cómo os volvisteis? Respondieron: nunca nos partimos de aquí, ¿cómo hablas de nuestra vuelta? Dijo entónces el del campo: parecióme que dos ángeles abriendo las puertas del cielo, se llevaron el uno de vosotros delante del Señor, y que dos ángeles malos se llevaban el otro arrastrando al infieruo, y pensé que nunca volveriais; pues yo nunca he oido que nadie haya vuelto ni del cielo ni del infierno, por consiguiente me levanté y me comí el pan.

El desengaño que en el mundo mas asombra, es que un engaño se deshaga con otro engaño, y que un hombre engañe á otro hombre.

El Labrador y la Avecilla.

Un labrador iba todas las mañanas á una huerta que tenia para divertirse con el canto de las aves. Se sentaba debajo de un árbol, en el cual se ponía siempre una avecilla, cuyo canto le gustaba mas que el de las otras. No contento de esto determinó el buen hombre prenderla para llevarla á su casa, pensando que allí le divertiría mas. En efecto le armó un lazo, y la prendió. La avecilla viéndose presa dijo al hombre: ¿por qué me has prendido? Respondió el labrador: yo te he prendido por tu canto dulce y suave, que alegra mi corazon. Dijo la avecilla: en vano has trabajado, pues yo no cantaré. El labrador le dijo entónces: si no cantas, yo te mataré, y despues te comeré.

Preguntó la avecilla: ¿de qué manera me comerás: Si me cueces con agua, el bocado será pequeño: si me asas, será mucho menor; y así dame libertad, que yo te enseñaré tres cosas que te serán de mas provecho. Entónces el labrador creyéudose hacerse rico con lo que le enseñaría la avecilla, la soltó de sus manos, y ella puesta en libertad, díjole así: la primera cosa que te quiero enseñar, es esta: que no creas todas las palabras que oyeres, en especial aquellas que no parecen verdaderas. La segunda, que guardes lo que es ya tuyo, y que te contentes con ello. La tercera, que no te duelas de las cosas perdidas, las cuales no puedes cobrar.

Dichas estas palabras, cantó dulcemente el ave esta cancion: bendito sea el Señor, que ha permitido que este labrador me diese libertad. Pero si este hubiese sabido, que yo llevo en mis entrañas una piedra preciosa, llamada jacinto, ciertamente no me habria soltado, y me habria muerto, para poseer este tesoro. Al oír esto el labrador lleno de dolor y llorando dijo: ¡ó desventurado de mí! Por qué creí las palabrar de la la avecilla, diciéndome que la soltase; pues yo me habria enriquecido! Al cual respondió ella: ó loco! por qué te atormentas? Presto has olvidado la doctrina que te dí. ¿Tú crees que una ave tan pequeña como yo, puede traer en sus entrañas una piedra que pese una onza? No te acuerdas que te dije, que no creyeses todas las palabras? Ademas si era tuya, pues me prendiste, ¿porqué no me guardaste? Finalmente, si tú perdiste la tal piedra; supuesto que ahora no la puedes cobrar, ¿por qué te dueles de ella? Bien conozco que tú no te acuerdas de las tres doctrinas que te di: dicho

esto la avecilla se fué, quedando el hombre muy descontento.

Ninguna cosa hay mas rica en esta vida de viento, como el hombre estar contento.

El Filósofo y el Giboso.

Un filósofo tuvo el honor de presentar al rey unos versos que habia compuesto en elogio de su magestad. El rey quiso premiar al filósofo, y díjole: pide lo que quieras con arreglo, que te será concedido. El filósofo pidió al rey, que le hiciese portero de la ciudad por un mes, con esta condicion, que todos los que tuviesen algun defecto corporal y pasasen por aquella puerta, le pagasen por cada defecto un dinero. El rey se lo otorgó, y le mandó dar un privilegio sellado. Estando ya el filósofo en ejercicio, y sentado en la puerta de la ciudad, llegó un giboso cubierto con una capa, y al ir á entrar por la puerta, el filósofo le pidió un dinero, diciendo que era giboso. No queriendo él pagar el dinero, el filósofo le quitó y tomó la capa, y al descubrirle, vió que era tuerto, y le dijo, dos dineros has de pagar, pues eres giboso y tuerto. No queriendo él pagar los dineros, el filósofo le quitó el sombrero de la cabeza, y vió entónces, que tenia sarna, y así le dijo: tres dineros debes pagar, porque eres giboso, tuerto y tienes sarna. No queriendo él pagar los tres dineros, el filósofo le enseñó el privilegio, y entónces fué preciso que pagase tres por lo que al principio no le habria costado mas de uno.

*No busques dilaciones, híz de grado y placer,
lo que por fuerza ha de ser.*

Las Fábulas.

Un niño se deleitaba mucho en oír fábulas ó cuentos, y pedia muchas veces á su maestro que le refiriese algunas. Al cual dijo el maestro: hijo, cuidado no te acontezca lo que aconteció á un rey con un filósofo. El niño dijo entónces: maestro mio, decidme como fué esto. Dijo el maestro: un rey tenia un filósofo, que cada vez que el rey queria divertirse, le habia de contar cinco fábulas. Una noche no podia dormir el rey, y mandó al filósofo, que le contase muchas fábulas á mas de las cinco que acostumbraba. El filósofo algo cansado, se las referia muy breves. El rey le dijo entónces: muy breves son estas fábulas, cuéntame alguna que sea mas larga. El filósofo empezó de esta manera: cierta vez un labrador pudo juntar mas de mil libras, y se fué á una feria á comprar dos mil ovejas, y volviendo á su casa, crecieron tanto los rios, que no podian pasar las ovejas por el puente. Estaba el labrador con muchos cuidados por no saber como pasar las ovejas. En fin vió una barquilla, en que podian pasar una ó dos ovejas cada vez; y así comenzó á pasar las ovejas de dos en dos. Refiriendo esto se durmió el filósofo; pero el rey le despertó, y le dijo: acaba de referir la fábula. El filósofo respondió: señor, este rio es muy grande, la barca pequeña, y las ovejas muchas. Deja pasar el labrador con todas sus ovejas, y despues acabaré la fábula. Con estas pa-

labras se contentó el rey, y se durmió. Dijo entonces el maestro al niño: hijo, si de aquí en adelante me enfadas, diciéndome que te cuente fábulas, yo te referiré este ejemplo.

Muchos hombres hay pesados, no lo seas con ninguno, huye de ser uno de ellos, no seas nunca importuno.



El Labrador, el Lobo, la Raposa y el Queso.

Un labrador tenía unos bueyes, que no querían arar la tierra, y enfadado muchas veces decía: Ojalá os comiesen los lobos, porque no queréis arar bien. Un lobo oyendo esto estuvo todo un día esperando, cuando se los daría el labrador. Vino la noche, y el lobo viendo que en vano había esperado todo el día, pues el labrador se iba

con los bueyes á su casa, dijo al labrador: muchas veces me has prometido los bueyes, cumple hoy lo que prometiste, que yo estoy pronto para recibirlos. Respondió: es verdad, yo te los he prometido, pero sin intencion de cumplir la promesa. Dijo entónces el lobo: no te partirás de aquí, si no me cumples la palabra. Tuvieron esta contienda por largo rato y no pudiendo convenir entre sí, acordaron en que la raposa decidiese su cuestion. Fueron á encontrar la raposa, y le refirieron el caso. La raposa, habiendo oido la cuestion, dijo: para que yo pueda hacer justicia, quiero hablar á cada uno de vosotros separadamente. Convinieron en esto los dos. La raposa habló primero con el labrador, y le dijo: tú me darás un par de gallinas para mí y yo haré que tú quedes con los bueyes. El labrador dijo que sí. Despues dijo al lobo: amigo, yo he dicho al labrador que te dé un queso, y que tú desistirás de la pretension que tienes contra él. Convino el lobo en esto, agradeciéndosele mucho. Dijo entónces la raposa al labrador que se fuese con los bueyes, y despues al lobo díjole que la siguiese, que le daría el queso. Llevó la raposa al lobo de una parte á otra, esperando que saliese la luna. Salida ya la luna lo llevó á un pozo, donde mostrándole la sombra que hacia la luna en el agua, díjole: amigo, mira, aquí dentro tienes el queso, y muy grande, baja, sácalo contigo. El lobo respondió: Ó amiga, tú me debes entregar el queso, y por lo mismo baja tú, y si no pudieres subir con él, yo te ayundaré. La raposa consintió en esto, pero con astucia. Habia en el pozo dos cubos grandes atados en una sogá, con que se sacaba agua, de tal modo que cuando el uno subia el otro bajaba. La raposa en-

tró en un cubo, y con el peso bajó al pozo, y allí estuvo mucho tiempo. Viendo que nunca subia, le dijo el lobo desde arriba: amiga, dime, ¿por qué tardas tanto? ¿qué no saeas el queso? Ella respondió: amigo, tan grande es, que sola no lo puedo sacar, baja en el otro cubo para ayudarme. El lobo entrando en el otro cubo, comenzó de bajar, y como era mas pesado, hizo subir el otro cubo con la raposa. Cuando la raposa se vió á la boca del pozo, con mucho gozo saltó á fuera, dejando al lobo dentro del pozo. Desde arriba decia la raposa al lobo: dejaste el bien presente por lo venidero é incierto, ahora no tienes ni bueyes ni queso.

Las cosas que son inciertas, por ciertas no has de tener, pues no sabes si han de ser.

La Tempestad y la Olla.

Fabricó un alfarero una olla, y valióse de todo su arte para hacerla perfecta; y para que mejor se cociese y con brevedad se secase, la puso al aire. Vino despues una grande tempestad de viento y lluvia, la que acercándose á la olla, preguntóle: ¿qué cosa eres tú? ¿cómo te llamas? Ella olvidándose que era de lodo, dijo en tono de vanidad: tengo por nombre olla, formada por mano del alfarero con arte é ingenio; de suerte que quedé olla con perfeccion.

Le dijo entónces la tempestad de esta manera: aunque tengas por nombre olla, y estés bien trabajada segun presumes, de aquí á poco has de reducirte en aquello de que eres hecha, destru-

yéndote yo con agua; pues no eres otra cosa sino vil tierra. Dichas estas palabras llovió mucho; y la olla, que todavía no estaba cocida, se deshizo en tierra.

En el linage no encumbres tan altos los pensamientos, que desafies los vientos.

Acuérdate de quien eres, y de qué estás compuesto.

El Rey y el Sastre.

Un rey tenía un maestro sastre muy bueno, y mandóle que hiciese un vestido precioso para sí y otros para su familia, y que esto fuese con la mayor brevedad. Dispuso que su mayordomo diese todo lo necesario al sastre y abundante comida todos los días para él y para sus discípulos, entre los cuales había uno que se llamaba Nedio, que escedía á todos en coser. Un día les dió el mayordomo pan caliente con miel, y mandó que guardasen de aquella miel para Nedio, que estaba ausente, y dijo el maestro: no come Nedio miel, y se la comieron toda ellos. Después de comer, vino Nedio, y dijo: ¿por qué comiste sin mí, y aun me parece que no me guardaste mi parte. Respondió el mayordomo: tu maestro dijo que no comias miel, por esta razón no te hemos guardado la parte que te tocaba. El calló por entónces, esperando ocasión de hacer otra burla al maestro. Un día estando el sastre ausente, preguntó el mayordomo á Nedio, si en algún tiempo había visto mejor sastre que su maestro. Señor, respondió Nedio, muy buen sastre sería mi maestro, si no le atormentase cierta enfermedad. Dijo el ma-

yordomo: ¿qué enfermedad padece el sastre? Nedio respondió: mi amo es frenético en tanto grado, que cuando le da este mal quiere matar á todo el mundo. Dijo el mayordomo: si yo supiese cuando le viene este mal, yo le haria atar muy fuerte, porque no hiciese daño á nadie. Dijo Nedio: cuando tú vieres que él mira sobre la mesa á una y otra parte, dando golpes de mano en ella, sepas que entónces le viene su mal, y si no te apartas, te dará igualmente que á nosotros. El mayordomo dió las gracias á Nedio de haberle avisado, y se puso de prevencion. El dia siguiente Nedio escondió con prevencion las tijeras: buscándolas su maestro, miraba á una y otra parte, y no hallándolas, daba con la mano sobre la mesa. Luego que vió esto el mayordomo, que se hallaba allí presente, mandó que le atasen, porque no hiriese á alguno, y le heria á palos. El sastre que no sabia lo que era esto, daba muchas voces, diciendo: ¿por qué le herian sin razon y sin culpa? Cuando estuvieron ya cansados de darle de palos, le respondió el mayordomo: esto lo hemos hecho por tu mismo bien y provecho; pues Nedio nos ha dicho, que algunas veces te enfurecias de manera que si no te ataban y castigaban, herias á todos los que se hallaban presentes, por esta razon lo he yo mandado. Entónces dijo el sastre á Nedio: ó malvado y cruel, ¿cuándo me viste tú enfurecido? Respondió Nedio: entónces cuando digiste que yo no comia miel. El mayordomo y todos los que estaban allí presentes, que oyeron estas palabras, conocieron entónces que era una burla que hizo Nedio á su maestro, y le reprendieron.

En cuantas cosas trataras de cualquiera cali-

dad, habla siempre la verdad. A tu amo si fiel eres, en público has de alabarlo, y en secreto avisarlo.

La Mona y las Nueces.

Una mona estando debajo de un nogal, y habiendo oído que las nueces eran muy sabrosas, se subió al árbol, y tomando una nuez sin quitarle la cáscara verde, se la quería comer. Hallándola amarga la echó abajo. Probó otras, y hallándolas amargas como la primera, se enfadó y dijo: malditos sean los que me dijeron que las nueces eran muy sabrosas, ciertamente me han engañado, pues yo no he probado nunca cosa tan amarga. Y aborreció el nogal toda su vida.

Ten paciencia que hasta el fin nadie es dichoso.

Aquelóo transformado en Serpiente, en Toro y en Monstruo marino.

Cuenta la gentilidad que Aquelóo peleó una vez con el fuerte y valeroso Hércules su rival, pero quedó vencido. Inmediatamente tomó la figura de una serpiente, bajo la cual fué vencido también: después tomó la figura de un toro, con la que fué vencido tercera vez; porque Hércules le agarró por las hastas, le echó á tierra, le arrancó una de ellas; y convirtiéndole en monstruo marino le arrojó al río Toas.

No riñas con quien puede mas que tú. Los pequeños perecen, cuando quieren competir con los grandes; y así no se las apuestas á los mayores.



Los Gallos y la Perdiz.

Cierto hombre compró una perdiz, y la puso entre unos gallos, que tenía. Estos la mataban á picadas. La perdiz estaba muy afligida del mal tratamiento que le daban. Pero viendo otro día que los gallos reñían entre sí, y se picaban el uno al otro se consoló, y dijo: de aquí en adelante no me afligiré tanto, pues veo que los gallos hacen lo mismo consigo.

El hombre prudente debe con paciencia tolerar las injurias; porque todos tenemos que sufrir en esta vida.

El Loco y el Cazador.

En la ciudad de Milan habia un famoso médico, que curaba á los locos de esta manera: Tenia en casa un corral donde habia una laguna ó balsa de agua, y desnudando á los locos, los ponía dentro del agua, atados en una grande piedra para que no pudiesen salir, y permanecian allí hasta que estaban curados de la locura. Uno de los locos que allí habia, pidió un dia al médico que le sacase del agua, pues ya estaba sano. El médico le sacó luego, pero le dijo que de ninguna manera se moviese del corral, y que no saliese de la puerta. Estando un dia el loco á la puerta del corral, vió venir un hombre á caballo con unalcon en la mano y un perro que le seguía, y llegando allí le preguntó el loco: ¿Quién es V.? Soy cazador, respondió el otro. ¿Y esto en que vienes montado, qué cosa es? Es un caballo. ¿Y lo que traes en la mano? Es un halcon, y es muy bueno para cazar perdices. ¿Por qué traes el perro? Por que es necesario para la caza, pues con él encuentro las liebres, conejos y aves. Satisfecho ya el loco de las respuestas del cazador, preguntóle: ¿díme, qué puede valer cuanto cazas tú con el perro y halcon en un año? Respondió el cazador: no te puedo responder cosa cierta, pero pienso valdrá de cuatro á cinco libras de oro. Pidióle entónces el loco: cuánto puedes gastar para mantener tu caballo, perro y halcon cada año? Gasto mas de cincuenta libras de oro. Entónces dijo el loco maravillado de la locura del cazador: ruégote

que te vayas presto de aquí, para que no te vea el amo de esta casa, pues si él te halla aquí, y sabe esta tu locura, seguramente te pondrá en la balsa de agua con los otros locos, y aun puede ser que te ponga mas adentro, porque tu locura es mayor.

Todos somos locos; uno por la parte de adentro y otros por la parte de afuera; quien mas, quien ménos. No digas tú, yo no soy loco, pues es pasion que á todos toca; calla tú, y cierra la boca.

Arion y el Delfin.

Hubo en otro tiempo un caballero de adelantada edad, llamado Arion, famoso músico, y por su habilidad amigo y muy favorecido de Piriander rey de Corinto. Cierta vez se despidió Arion del rey, y se fué á ver la Italia y Sicilia, donde dejó admirados á todos con la suavidad de la música. Resolvió despues volverse á Corinto, y se embarcó. Los marineros teniendo á Arion en su nave, y estando en alta mar, resolvieron el matarle para robarle los dineros que tenia. Conociendo Arion la mala intencion de aquella gente les dió todo cuanto tenia, y les suplicó le salvarsen la vida. Los marineros no hicieron caso de sus súplicas, y le mandaron que él de su propia voluntad se arrojase al mar. Arion viendo que de todas maneras habia de morir, suplicó á los marineros que antes le dejasen cantar una cancion con que consolase su desgracia. Los marineros le otorgaron esta gracia. Se puso á cantar Arion en lo mas alto de la popa una can-

cion muy triste, y acabada se arrojó al mar con sus vestidos é instrumento. Un Delfin movido de piedad recibió á Arion, y llevó su persona á Laconia, desde donde Arion se fué á Corinto, y presentándose al rey le refirió lo que le habia sucedido. Los marineros creyendo que Arion habia muerto, prosiguieron su viage, y así que llegaron á su destino, el rey mandó que fuesen á la cárcel, y preguntándoles si habian visto á Arion, respondieron que le habiau visto en Italia muy rico. Entónces mandó el rey salir á Arion con el mismo vestido é instrumento con que se arrojó al mar, y aturdidos y pasmados los marineros, se vieron precisados á confesar su culpa.

Mejor piedad se halla á veces en los animales que en algunos hombres; pues hombres hay que lo parecen y no lo son.

Vénus y la Gallina.

Preguntó la diosa Vénus á la Gallina: ¿cuál es la causa porque quince gallinas estais contentas con un gallo, y una muger no está contenta con un marido? Díjole la gallina: *porque la muger tiene muy desarreglado el apetito, y jamas se contenta con lo que tiene.*

La Liebre y la Tortuga.

La liebre burlábase de la tortuga, y le decia que tenia muy cortos los pies. La tortuga se puso

á reir, y dijo á la liebre: quieres que apostemos quien correrá mas? Tú te burlas de mis pies, y verás que soy mas veloz que tú. La liebre respondió: tú sabes lo que pueden hacer mis pies; pero una vez que tú lo quieres, elijamos un juez que determine lo que hemos de correr, y eligieron á la raposa, como la mas astuta de todos los animales; la cual determinó el lugar y la carrera.

La tortuga hizo el camino sin descansar hasta llegar al término. La liebre, fiándose de sus pies y descansando un poco, se durmió. Cuando despertó, corrió muy aprisa para llegar al puesto; pero fué en vano su diligencia, porque así que llegó, vió la tortuga que reposaba, y avergonzada entonces confesó que la tortuga la habia ganado.

El que es negligente y descuidado no gana nada. Paso que dure. A mas prisa mas vogar.



El Viejo y la Muerte.

Un viejo venia del bosque con un haz de leña, y hallándose cansado del largo camino que habia hecho, puso el haz en tierra para descansar un rato. Molestábale la consideracion de los trabajos y penas que pasaba, y desesperado llamó á la muerte: ¡ó muerte! decia, vén á dar fin á mis dias, acaba mis trabajos. Vén, no tardes, yo te quiero, yo te deseo. Se le apareció luego la muerte, y le dijo: hombre, ¿qué quieres de mí? Ay! dijo el hombre espantado de verla, no quiero nada, véte, que solo tu figura me espanta y me atemoriza; huye de mi presencia, que yo me voy á mi casa á alargar la vida si puedo.

Las preocupaciones pervierten el juicio, y hacen apetecer á veces lo que aborrecemos mas.

El Castor y el Cazador.

Un cazador perseguía á un castor con el designio de aprovecharse de cierta parte de su cuerpo para la medicina. El castor que conoció su intencion, y que no podia escapar, arrancó con los dientes aquella parte, y la arrojó al cazador, y de esta manera pudo escapar de sus manos.

Debe á veces el hombre abandonar algo para salvar el todo. Del mal el ménos.

*El Javali y el Asno.*

Un asno se burlaba de un javali. Este enfurecido, mostrándole los colmillos, le dijo: anda que

no hago caso de tus burlas; fácil cosa me sería el vengarme de tí; pero no quiero ensuciar me en tan poca cosa, ya es bastante castigo el menosprecio.

Es de un corazón noble el no hacer caso de las injurias.

El Cuervo y su Madre.

Un cuervo hallándose enfermo, decía á su madre: madre mia, no llores; ántes suplica á los dioses que me vuelvan la salud. Hijo, dijo la madre, está bien; pero ¿de quién de los dioses esperas alcanzar esta gracia, pues no hay alguno á quien no hayas ofendido en sus altares, hurtando la carne de los sacrificios?

Nada puedes merecer del que hayas ofendido.



La Ama y las Criadas.

Una ama de una casa era muy laboriosa, y al cantar el gallo despertaba todos los días las criadas. Estas determinaron matar al gallo, pensando que de esta manera podrían dormir un poco más; pero les sucedió todo al contrario, porque la ama ignorando la hora en que el gallo cantaba, se levantaba más temprano, y despertaba las criadas antes de tiempo.

Es muy falible la opinion del vulgo. Muchas veces es lo mas útil lo que él tiene por dañoso y malo.



Una olla de cobre y otra de barro.

U n rio salió de madre, y se llevó dos ollas, la una de cobre y la otra de barro. El movimiento de las dos no era igual, porque la de barro como mas ligera iba delante, y la de cobre mas atras, pues era mas pesada. La de cobre pedia á la de barro, que la esperase un poco para ir en su compañía, que no temiese que no la haria daño ni mal alguno. Respondió la de barro: aunque yo creo tus palabras, no quiero esperarte; porque temo que la corriente y movimiento del agua no nos hiciese dar golpes, y todo el daño vendria sobre mí, y así no conviene estar demasiado cerca de tí.

Toma siempre compañero de tu estado y condicion.

El Padre, el Hijo y el Asno.

Un padre y un hijo iban á una feria á vender un asno, y le llevaban delante solo y sin carga alguna. Encontraron en el camino á unos hombres que les dijeron: ¡ó tontos é insensatos! ¿de qué os sirve el dar de comer al asno? ¿Por qué no montais en él, y no os cansaréis tanto, ni romperéis tanto los zapatos? No se cansará el asno por esto, pues el llevar carga es su oficio, y ha nacido para el trabajo. Además está bastante gordo y fuerte para sufrir la carga. El padre oídas estas palabras, hizo montar al hijo en el asno, caminando él á pié. A poco rato encontraron á otros que venian de la ciudad, y les dijeron: ¡ó qué grande locura es esta! El hijo que es jóven, fuerte y robusto, va descansado en el asno, y el padre viejo y flaco, que casi no puede mover los pies, va á pié. ¡Qué mala crianza da el padre al hijo! Esto le hará perezoso y holgazan. El padre conociendo que tenian razon, mandó bajar al hijo, y subió él en el asno, siguiendo el hijo atras á pié. Luego que los vieron otros caminantes, les reprehendieron de esta manera: ¡ó qué cruel y duro de corazon es este padre! Parece que tiene mas lástima del asno que de su hijo; pues permite que el hijo ande á pié con estos calores, pudiendo el asno, que es bastante fuerte, llevar á los dos á un tiempo. Oyendo el padre estas razones hizo subir al hijo llevando el asno á los dos á un tiempo. Encontraron á otros caminantes que dijeron: mirad aquí á dos hombres sobre un pobre

jumento; bien podemos decir, que esta es carga de Portugal, dos bestias sobre un animal. El pobre asno no se puede tener sobre sus piernas, y se caerá muerto del peso; por cierto mejor sería que ellos llevasen el asno en hombros, si no quieren verle muerto luego. El padre al oír estas palabras, dijo: bien me parece lo que han dicho estos hombres. Sigamos pues su consejo para que no se nos muera el asno. Atémosle de pies y manos con una soga, y atravesando un palo le llevaremos en hombros hasta la ciudad. Llevando ellos el asno de esta manera atado de pies y manos en hombros, encontraron á unos que riéndose, dijeron: ¡qué necedad! ¡qué tontería! ¿quién ha visto jamas tal disparate? Dos hombres llevan á un asno á cuestas; pudiendo el asno llevar á los dos á un tiempo, pues tiene fuerzas bastantes para todo. ¿Quién lo ha visto jamas? Mejor sería que pues no se sirven de él conforme deben, que le matasen, y quitándole el pellejo se aprovechasen de él, y no ir cargados con todo un asno á cuestas; pues al entrar en la ciudad todos se han de burlar de ellos. Entonces el padre enfadado tomó el palo con que llevaban el asno, y dióle un gran golpe en la cabeza, de manera que el asno cayó muerto, y empezando á desollarlo decía: ¡ó cuántas injurias hemos hoy sufrido por este asno! Ahora creo que tendrán fin nuestras reprehensiones. Acabado de desollarlo, tomó el pellejo y se lo puso al hombro, para llevarlo á la ciudad para venderlo. Luego que llegó, se fué á la plaza donde habia la feria. Los muchachos viendo aquel hombre ensangrentado y puerco con el pellejo del asno en los hombros, empezaron á burlarse de él, y tomándole el pellejo unos por una parte, y otros

por otra, se vió el buen viejo en muchos apuros; y al último tuvo que soltar el pellejo, y así llegó á perder la hacienda por dar crédito á las palabras del vulgo.

Muéstranos esta fábula, que no hay hombre en el mundo, grande ni pequeño, de cualquier estado ó condicion, que no sea por otro reprehendido, infamado é injuriado en sus hechos y acciones, pues lo que unos alaban, otros vituperan en una misma persona: pero por eso no debe el hombre dejar de seguir la razon por complacer á todos; pues debe considerar cual sea la reprehension ó murmuracion, si justa ó injusta; y si es injusta, no hacer caso de ella; porque como todos seamos diferentes en las voluntades é inclinacion, á unos agrada una cosa, y á otros desagrada. Tambien disgustarán á algunos estas fábulas; pero serán no obstante del agrado de otros. Si el docto encuentra en su narracion un estilo pueril y algunas alusiones necias, afectadas ó escesivas, ú otros defectos en el estilo, es preciso advertir que están escritas mayormente para la gente sencilla, para que con estos ejemplos aborrezca el vicio y ame la virtud, y así es preciso hablarles en este language, siguiendo en esto el consejo de Lope de Vega, que dice:

*El vulgo es necio, y por aquesto es justo
Hablarle en necio para darle gusto.*

FIN.

TABLA

DE LO CONTENIDO EN ESTE LIBRO.

<p>Prólogo. Pág. 3.</p> <p>Cap. 1. Patria y disposición de Esopo. . . 5.</p> <p>Cap. 2. Se verifica la inocencia de Esopo. 6.</p> <p>Cap. 3. De que manera Esopo cobró el habla distintamente. . . . 9.</p> <p>Cap. 4. Esopo es entregado á Zenéas y vendido por él. . . . 11.</p> <p>Cap. 5. De la astucia de Esopo en elegir su carga. 15.</p> <p>Cap. 6. Esopo es vendido otra vez. . . 17.</p> <p>Cap. 7. Comprado que hubo Xanto á Esopo, se fué á casa á entregarlo á la muger. 21.</p> <p>Cap. 8. Como Esopo soltó la cuestion de un hortelano. . . 25.</p> <p>Cap. 9. De como Esopo coció una sola lenteja. 27.</p> <p>Cap. 10. Xanto queriendo engañar á Esopo, se engañó á sí mismo. 30.</p>	<p>Cap. 11. Xanto de las viandas que tenia en la mesa, envió por Esopo á su querida. 31.</p> <p>Cap. 12. Esopo hace volver la muger de Xanto á casa de su marido. 35.</p> <p>Cap. 13. Del convite que hizo Xanto á sus discipulos. . . . 36.</p> <p>Cap. 14. Otro convite de lenguas. . . . 38.</p> <p>Cap. 15. Esopo lleva á Xanto un hombre sin pensamiento. . . . 40.</p> <p>Cap. 16. Respuesta que dió Esopo á la justicia. 42.</p> <p>Cap. 17. Porque los hombres despues de haber evacuado el vientre, miran la inmundicia. . . . 44.</p> <p>Cap. 18. Ingratitud de Xanto con Esopo. 46.</p> <p>Cap. 19. Esopo hace solamente entrar á uno de los convidados. 48.</p>
---	---

- Cap. 20. Del tesoro que Esopo hizo hallar á Xanto. 50.
- Cap. 21. Como los de la ciudad de Samos hacen dar libertad á Esopo, porque les descubrió la verdad de un prodigio. . . . 52
- Cap. 22. Esopo parte para el rey Cresos. 57.
- Cap. 23. Cuando Esopo comenzó á componer sus fábulas. . . . 59.
- Cap. 24. Esopo adoptó á Eno, y Eno hizo traicion á Esopo. 60.
- Cap. 25. Esopo perdona á su hijo, y le da buenos documentos. . 65.
- Cap. 26. Como Esopo enseña á los hijos de las águilas. . . . 66.
- Cap. 27. Como Esopo fué á Grecia. . . 70.
- Cap. 28. Como Esopo fué condenado á muerte. 73.
- El oso y las abejas. 78.
- El topo y su hijo. . 79.
- Los pasajeros y el piloto. 80.
- La mala vecina. . . 81.
- El asno, su hijo, los lobos y los perros. 82.
- El erizo y la serpiente. 83.
- El hombre y la fortuna. 84.
- La mula. id.
- La mosca. 85.
- El milano y el ruiseñor. 86.
- El águila y la corneja. 87.
- La liebre y la perdiz. 88.
- El perro inquieto. . 89.
- El milano. 90.
- El lobo y el cordero. 91.
- El perro y la oveja. 92.
- El leon, la vaca, la cabra y la oveja. . 93.
- El raton, la rana y el milano. 94.
- El sol y el ladron. . 95.
- El perro y el pedazo de carne. 96.
- Las dos perras. . . . 97.
- El lobo y la grulla. 98.
- El leon y el asno. . 99.
- El águila, el caracol y la corneja. id.

FÁBULAS.

- El gallo y la margarita. 76.
- El cocinero y el perro. 77.

El hombre y la culebra.	100.	El ciervo, la oveja y el lobo.	125.
Los ratones.	101.	Una mosca y una mula.	126.
El águila y la raposa.	103.	La zorra y la cigüeña.	127.
El cuervo y la raposa.	104.	El lobo y la imagen.	128.
El leon, el puerco, el toro y el asno.	106.	El grajo soberbio y los pavos reales.	129.
El asno y la perrilla	107.	La mosca y la hormiga.	130.
El leon y el raton.	109.	La comadreja y el hombre.	131.
El milano y la madre.	111.	La rana y el buey.	132.
El astuto cazador y el incauto gilguero.	112.	El leon y el pastor.	133.
El cordero y el lobo. id.		El caballo y el leon.	134.
La golondrina y las otras aves.	113.	El halcon y el ruiseñor.	135.
Júpiter y las ranas.	115.	El caballo y el asno.	136.
El perro y su señor.	116.	Los cuadrúpedos y las aves.	138.
Las palomas, el milano y el halcon.	117.	La zorra y el lobo.	139.
El hombre y la culebra.	118.	La zorra, el gallo y los perros.	140.
El ladron y el perro.	119.	La muger y el marido difunto.	141.
De la puerca y del lobo.	120.	El ciervo y el cazador.	143.
La tierra que quiere parir.	121.	El hombre jóven y la mala muger.	144.
Las liebres y las ranas.	122.	El padre y el hijo mal criado.	145.
El calvo y la mosca.	123.	La vívora y la lima.	146.
La cabra, el cabrito y el lobo.	124.	Los lobos y ovejas.	147.

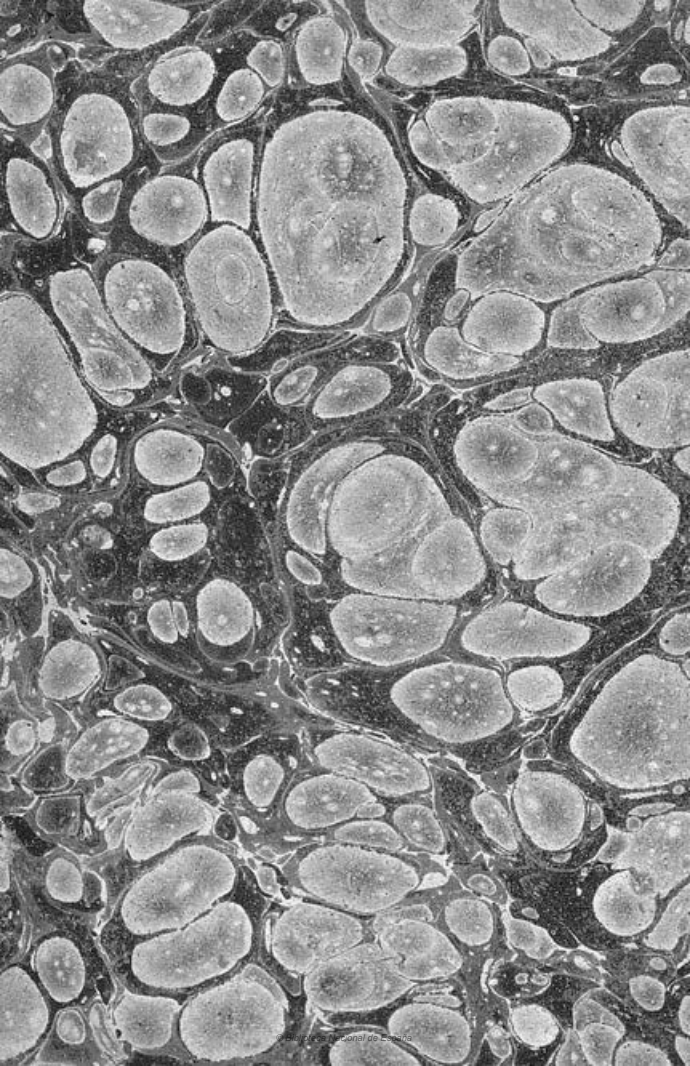
La hacha y el mango.	148.	La encina y la caña.	166.
El perro y el lobo.	149.	La hormiga y la chicharra.	167.
Las manos, los pies y el vientre.	150.	La corneja y la oveja. id.	
La mona y la zorra.	151.	El mulo, la raposa y el lobo.	168.
El mercader y el asno.	152.	La espada y el caminante.	169.
El ciervo y el buey.	153.	El berraco, los corderos y el lobo.	170.
El leon reinante.	154.	La raposa y el gallo.	171.
Una zorra á unas ubas.	155.	El hombre y el dragon.	172.
La comadreja y los ratones.	156.	El borrico enfermo y el lobo.	174.
El baquero y el lobo.	id.	La raposa y el gato. id.	
El pavo real á Juno.	157.	El lobo y el chivo.	175.
El lobo y los labradores.	158.	El lobo y el asno.	176.
El carnicero y los carneros.	159.	Los tres corderos y un carnero.	178.
El caballo, el ciervo y el cazador.	160.	La culebra y el labrador.	id.
El pajarero y las aves.	161.	El asno doctor.	180.
El hombre bueno, el hombre falso y las monas.	162.	La raposa y el lobo pescador.	181.
El hombre y el leon.	163.	El lobo echando un pedo.	184.
El borrico y un leon.	164.	El lobo y el perro flaco.	188.
El buitre y las otras aves.	id.	El perro envidioso.	191.
La pulga y el camello.	165.	La raposa y el lobo.	195.
		El leon y la raposa.	199.
		El lobo y el carnero.	200.
		El leon y su hijo.	201.

El águila y el escarabajo.	203.	La tortuga y el águila.	226.
El caballero, la raposa y el escudero.	204.	El camello y Júpiter.	227.
El gallo y el gato.	206.	El horrico vestido con la piel de leon.	228.
El águila y el cuervo.	207.	Los cuatro bueyes y el lobo.	229.
El hombre y el dios de madera.	209.	Los compañeros.	231.
La zorra y el chivo.	210.	Júpiter y la mona.	232.
El cazador y la abutarda.	211.	El sol, el avariento y el envidioso.	233.
El pescador y los peces.	212.	El leon, el toro y el chivo.	234.
La raposa y la zarza.	213.	El pavo y la grulla.	235.
Al gato y los ratones.	214.	El pino y la mata.	236.
El pastor mentiroso.	215.	El tigre y el cazador.	237.
La madre y el hijo ladrón.	216.	El pescador y el pez.	238.
La abeja y Júpiter.	217.	El jóven y el ladrón.	239.
El dios Mercurio y un carpintero.	218.	La corneja sedienta.	240.
El hombre y la pulga.	219.	El labrador y el toro.	241.
La hormiga, la paloma y el cazador.	220.	La mona y sus hijos.	242.
El labrador y sus hijos.	221.	El leon y la cabra.	244.
El hombre y las dos mugeres.	222.	El caminante y el sátiro.	245.
Las dos langostas.	223.	El toro y el ratón.	id.
El lobo, la muger y el hijo.	227.	El ánade y su dueño.	246.
La rana médico y la raposa.	225.	La moneda encomendada.	247.
		El lobo y el cabrito.	252.
		El ratón y el gato.	250.
		La prueba de la amistad.	251.

La sentencia de una casa.	255.	rino.	id.
La sentencia justa.	257.	Los gallos y la perdiz.	270.
Los tres compañeros.	259.	El loco y el cazador.	271.
El labrador y la ave-cilla.	260.	Arion y el de fin.	272.
El filósofo y el gibuso.	262.	Venus y la gallina.	273.
Las fábulas.	263.	La liebre y la tortuga.	id.
El labrador, el lobo, la raposa y el queso.	264.	El viejo y la muerte.	275.
La tempestad y la olla.	266.	El castor y el cazador.	276.
El rey y el sastre.	267.	El javalí y el asno.	id.
La mona y las nueces.	269.	El cuervo y su madre.	277.
Aquelóo transformado en serpiente, en toro y en monstruo ma-		La ama y las criadas.	278.
		Una olla de cobre y otra de barro. .	279.
		El padre, el hijo y el asno.	280.

FIN DEL INDICE.





BIBLIOTECA
NACIONAL



BN



1002223167